

Instituto Universitario “General Gutiérrez Mellado”

Máster en Paz, Seguridad y Defensa

Trabajo fin de máster

Tutor: Dr. Carlos Malamud R.

La Insurgencia en Venezuela (1960-1969): Roles e implicancias del apoyo de Cuba y del Partido Comunista de Venezuela.

Leopoldo Colmenares Gutiérrez.

Urb. San Bernardino Avenida Ávila.

Residencias “Ávila” II. Apartamento 4-A.

Caracas, Venezuela.

Tel. +58 414 2910592

lcolmen@usb.ve

28 de agosto del 2014

Resumen.

El objetivo general de este trabajo consistió en analizar los roles y las implicaciones del apoyo de Cuba y del Partido Comunista de Venezuela a la insurgencia venezolana durante el período comprendido entre los años de 1960 y 1969. Haciendo uso de herramientas de investigación histórica, en el trabajo se detalló ampliamente la actuación del PCV durante el proceso subversivo, incluyendo su incorporación y el desarrollo de las principales actividades realizadas dentro de la insurgencia en el período en estudio, identificando sus contradicciones a lo largo de la evolución de la subversión. También, se analizó la interrelación del PCV, tanto con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido que actuó como su principal socio en el proyecto insurgente, así como con el gobierno cubano, quien fungió como su patrocinante externo, entrometiéndose en los asuntos internos del país. Durante el desarrollo de la investigación, se intentó de manera transversal, identificar aquellos elementos que contribuyeron con la derrota de los insurgentes en el país. Entre los más relevantes se tienen la ausencia de una causa por la cual pelear y la tremenda falta de cohesión interna entre los grupos insurgentes y dentro del propio PCV. También se concluye que el apoyo externo de Cuba, paradójicamente, más bien erosionó la unidad interna del movimiento subversivo, contribuyendo con su derrota. Los hallazgos de esta investigación pueden ser de interés para analistas políticos y académicos que buscan comprender cabalmente tanto el proceso como el resultado de la insurgencia en Venezuela en particular y en América Latina en general.

Palabras clave: Insurgencia, Partido Comunista de Venezuela, Movimiento de Izquierda Revolucionario, Guerrillas, Fidel Castro.

Índice

1. Introducción	3
2. Insurgencia: Revisión de la literatura	5
3. Antecedentes históricos: Los años previos (1945-1959) a la insurgencia en Venezuela	11
4. El Partido Comunista de Venezuela y los inicios de la Insurgencia: la aparición en escena de Fidel Castro y la escisión de Acción Democrática	16
5. La “cubanización” de la política venezolana. Las estrategias de insurgencia urbana y de penetración de las Fuerzas Armadas Nacionales. Los primeros focos guerrilleros	27
6. Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y el Frente de Liberación Nacional. La estrategia de boicotear las elecciones de 1963	41
7. La Estrategia de la lucha prolongada: Las contradicciones del PCV. La injerencia cubana en la lucha armada venezolana	51
8. El fin de la Insurgencia: El VII y el VIII Plenos del PCV y las divergencias con Fidel Castro	62
9. Conclusiones	78

1. Introducción.

El tema de la insurgencia ha tomado un auge en los últimos años. En ese sentido, autores como González-Pérez (2006) señalan que los ataques al World Trade Center y el Pentágono el 11 de septiembre del año 2001 motivaron un resurgimiento en el interés de los estudios sobre la guerra de guerrillas y las insurgencias y el terrorismo a través del mundo. No obstante, tal como lo plantea Zimmerman (2007), la mayoría de los estudios de las insurgencias se han centrado fundamentalmente en los esfuerzos de la contrainsurgencia más que en las propias características de la insurgencia misma. Además, según el citado autor, esos análisis han enfocado su atención en por qué las insurgencias han sido exitosas, por lo tanto ha habido una limitada investigación en por qué otras fallan.

Este trabajo tiene por finalidad contribuir al campo de la literatura académica sobre el tema de las insurgencias y en particular analizar la fallida experiencia de la guerrilla comunista en Venezuela durante la década de los sesenta. Se pretenden estudiar aspectos dentro de la insurgencia venezolana y en particular contrastar los roles que jugaron tanto el Partido Comunista de Venezuela (PCV) como el gobierno de Cuba, quien fungió como apoyo externo a los subversivos criollos, y sus implicaciones en el fracaso del proyecto revolucionario.

El trabajo, además de esta primera sección introductoria, está estructurado en ocho epígrafes adicionales. En la segunda parte se realiza una revisión de la literatura sobre el tema de la insurgencia. Aquí se plantean varias definiciones de este término, así como también se presentan sus objetivos y tácticas como la guerrilla y el terrorismo. Se estudian los factores que según Galula (1964) y O'Neill (1980), son los prerequisites o variables necesarias para el éxito de una empresa subversiva. También se discuten dos estudios que analizaron muy sucintamente las causas del fracaso de la insurgencia en el país. Seguidamente, en la tercera sección, se realiza un recorrido por el período comprendido entre los años 1945 y 1959, donde se analizan aquellos hechos, principalmente políticos y sociales, relevantes al proceso insurgente que comenzaría un año después.

En el cuarto epígrafe, se analiza la aparición en escena de Fidel Castro, que se convirtió en la fuente de inspiración de los radicales venezolanos, y que también generó la escisión del partido Acción Democrática, de la cual nació el Movimiento de Izquierda Revolucionario

(MIR), quienes junto al PCV se convirtieron en los principales actores de la subversión durante la década de los sesenta. Se explorará el involucramiento del Partido Comunista Venezolano en la insurgencia, con sus primeros intentos de la búsqueda de una “victoria rápida” sobre el gobierno de Rómulo Betancourt. Seguidamente, en la quinta sección, se describe la “cubanización” de la política venezolana, como una forma de explicar la influencia de la revolución cubana en el país. Se continúa con el estudio de las estrategias de insurgencia urbana y de penetración de las Fuerzas Armadas Nacionales realizadas por el PCV y se discute la aparición y fracaso de los primeros focos guerrilleros. También se examina la concepción de Fidel Castro del proceso revolucionario en Venezuela y se analizan las primeras contradicciones internas del PCV con respecto a este proceso.

En sexta parte del trabajo, se estudia la creación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y del Frente de Liberación Nacional, como mecanismo de coordinación político-militar de los insurgentes. Se presenta la estrategia de boicotear con actos terroristas las elecciones de 1963, que finalmente derivaron en la ilegalización del PCV. En la siguiente parte del trabajo, la séptima, se describe como los insurgentes plantean la estrategia de la lucha prolongada y se profundiza el análisis de las contradicciones del PCV con respecto al proceso insurgente. De igual manera se describe en mayor detalle la injerencia cubana en la lucha armada venezolana.

En el octavo epígrafe de este trabajo, se analizan las resoluciones tanto del VII como del VIII Plenos del PCV, que marcan el retiro de la lucha armada de este partido. Se estudian en profundidad las divergencias de los comunistas con Fidel Castro y se insiste en la visión del líder cubano del proceso insurgente en Venezuela. La novena y última sección entrega las conclusiones del trabajo. Durante el desarrollo de la investigación, se intentó de manera transversal, identificar aquellos elementos que contribuyeron con la derrota de los insurgentes en el país. Entre los más relevantes, se tienen la ausencia de una causa por la cual pelear, la tremenda falta de unidad interna entre los grupos insurgentes y dentro del propio PCV. También se concluye que el apoyo externo de Cuba, paradójicamente, más bien erosionó la cohesión interna del movimiento subversivo, contribuyendo con su derrota.

2. Insurgencia: Revisión de la literatura.

En la “Guía para el Análisis de la Insurgencia” (2012), preparada por analistas de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América,¹ se define la insurgencia como “una lucha político-militar prolongada dirigida a subvertir o desplazar la legitimidad de un gobierno constituido u ocupar el poder y controlar parcial o totalmente los recursos de un territorio a través de la utilización de las fuerzas militares irregulares y organizaciones políticas ilegales.” Este documento, incluye entre las tácticas que utilizan los insurgentes a la guerrilla, que definen como una forma de guerra, en el que pequeños grupos utilizando armas ligeras, emplean tácticas móviles contra un oponente más fuerte. Las guerrillas realizan ataques a pequeña escala, tales como emboscadas e incursiones, para acosar a su enemigo en vez de intentar obtener una victoria decisiva en la batalla. De igual manera, otro concepto relevante asociado con las actividades insurgentes, es el de terrorismo. Esta guía lo define como una acción violenta, políticamente premeditada perpetrada contra objetivos no combatientes por grupos subnacionales o agentes clandestinos.

En la misma línea de lo antes expuesto, otros autores, como por ejemplo Taber (2002) explican que la insurgencia “es un concepto general que se refiere a un conflicto entre el gobierno y un grupo oponente, en el que los últimos usan tanto los recursos políticos y la violencia para cambiar, reformular o defender la legitimidad de uno o más de los cuatro aspectos clave de la política.” (Taber, 2002, 3). Para este autor, tales aspectos clave son: “la integridad de las fronteras y composición del estado-nación, el sistema político, las autoridades que detentan el poder y las políticas que determinan que se obtiene y quienes lo obtienen en la sociedad. (Taber, 2002, 3). Por tal razón, siguiendo con Taber (2002), el objetivo u objetivos finales o los estados deseados por los insurgentes varían significativamente, e incluyen la creación de un nuevo país independiente, la implantación de órdenes socio-políticos más igualitarios, teocracias basadas en leyes religiosas o democracias pluralistas.

En la obra de David Galula, militar francés, cuyo trabajo ha influenciado notablemente los estudios y la praxis sobre el tema, se define a la insurgencia como “la persecución de la política de un partido por todos los medios.” (Galula, 1964, 1). Si bien esta definición es

¹ Esta guía se puede obtener en la “Homeland Security Digital Library”, con el título “Guide to the Analysis of Insurgency: 2012”.

bastante amplia, su obra señala que la insurgencia siempre utiliza métodos violentos, pero sucede que “la insurgencia puede comenzar mucho antes de que los insurgentes se vean obligados a emplear la fuerza.” (Galula, 1964, 1). Este autor explica que la insurgencia es una lucha prolongada, conducida metódicamente para lograr objetivos intermedios que conducen finalmente al derrocamiento del orden existente; incluye a la guerra de guerrillas y al terrorismo como tácticas utilizadas por la insurgencia. Es conveniente aclarar que por prolongado, el militar francés entiende un periodo que puede ir desde los dos años, como sucedió en el caso de la revolución cubana, hasta veintidós años como fue el caso de la revolución china.

En el trabajo de Galula (1964) se exponen los denominados prerequisites para que una insurgencia sea exitosa. Es decir aquellas condiciones previas que debería analizar el liderazgo político de los futuros insurgentes antes de emprender una campaña de subversión. Para Galula (1964) los prerequisites son cuatro, a saber: una causa, o la necesidad de una causa por la cual pelear, la debilidad del gobierno, las condiciones geográficas del país y el apoyo externo. En principio, este autor señala que objetivo de los insurgentes es la población, en el sentido que estos operan para separar a las colectividades del gobierno, es decir, de los contrainsurgentes. Así, la insurgencia intenta controlar físicamente a la población para tener su apoyo, ya que si hacen eso ganarán la guerra. El apoyo de la población, continúa Galula (1964) nace de la causa que defiendan los insurgentes. Así, los rebeldes necesitan una causa atractiva que defender o por la cual pelear y que sea lo suficientemente sólida para obtener el apoyo tanto activo como pasivo de la población. Este entonces es el primer prerequisite.

El segundo prerequisite es la debilidad de los contrainsurgentes, es decir del gobierno. Un régimen con una gran fortaleza política es muy difícil de derrotar. Si en un país existe consenso nacional en cuanto el apoyo a los gobernantes, hay resolución en el liderazgo en su batalla contra los insurgentes y el poder ejecutivo cuenta con una aceptable maquinaria política, policial y militar para ello, las oportunidades de los subversivos decaen sustancialmente. Si bien Galula (1964) no le otorga igual importancia que a los dos prerequisites previos, explica que el tercer factor se relaciona con las condiciones geográficas de un país, ya que las mismas pueden condenar al fracaso a una insurgencia. Por ejemplo, una nación con un clima inhóspito, con una población muy grande y que esté

aislado por barreras naturales como montañas, desiertos, mares, o situado entre países que apoyan a la contrainsurgencia, no son los mejores escenarios para los insurrectos. A la inversa, un país que físicamente pueda ser fácilmente dividido, que sus condiciones geográficas hagan muy complicado al gobierno el apoyo logístico para las fuerzas militares contrainsurgentes y con vecinos que apoyen a los levantados, es favorable para la insurgencia. Finalmente, contar con apoyo externo, es el último prerrequisito que deben evaluar los insurgentes para intentar hacerse con el poder. Este apoyo puede ser moral, técnico, financiero y militar. Si bien al principio de la insurgencia el soporte externo no es vital, el apoyo en cuanto en lo militar es muy importante en la medida que los insurgentes crecen y pasan de una guerra de guerrillas a formas más elaboradas de operación, como por ejemplo la creación de un ejército popular.

Por otra parte, en el mismo orden de ideas O'Neill (1980), explica que existen seis factores que tienen un gran impacto en el resultado de las insurgencias. Esos factores son el apoyo popular, el medio ambiente, el soporte externo, la efectividad del gobierno, la organización de los insurgentes y la cohesión de los mismos. Como puede apreciarse los cuatros primeros factores, están directamente tratados en el trabajo de Galula. Por otro lado, O'Neill (1980), explica que realmente la cohesión puede considerarse como un elemento constituyente de la organización de los subversivos, pero que puede tratarse como una variable diferente.

Por organización este autor entiende la cantidad de personas que juegan un rol clave en la estructura de los sublevados y la manera como estos controlan al movimiento. Refiere a como los líderes ordenan las redes de miembros, por ejemplo, unidades logísticas, grupos de terroristas, fuerzas guerrilleras, etc., así como intentan incrementar la complejidad de su estructura, de forma tal de lograr objetivos más importantes y atraer más adherentes a la causa. En términos generales, este autor habla de la necesidad de un liderazgo efectivo para el éxito de los insurgentes. En cuanto a la cohesión, O'Neill (1980) anota que la unidad de los insurgentes es un aspecto clave en la suerte de su empresa y que es un principio básico para una efectiva estrategia revolucionaria. Explica además que es necesaria la existencia de un cuartel general para suministrar un sentido de dirección política común. Por último argumenta que para lograr la unidad, los movimientos insurgentes deben enfatizar en tener tanto esquemas organizacionales, posturas y sanciones comunes en los grupos que lo conforman.

En cuanto a los trabajos empíricos que abordan el tema de la insurgencia, algunos autores han realizado análisis que tienen por objetivo explicar los resultados de los procesos insurreccionales, bien en uno o varios países. Con relación a este aspecto el “National Defense Research Institute” de la Corporación RAND, en los Estados Unidos, es prolijo en el tema. Así, por ejemplo, entre los trabajos más recientes de este centro, tenemos al de Connable, y Libicki (2010), quienes realizaron un estudio estadístico con datos de 89 procesos insurgentes. Entre los hallazgos más importantes que se reportan se encuentran que el promedio de duración de estos episodios es de diez años y que mientras mayor sea su longevidad, menores probabilidades tienen los subversivos de imponerse. También encontraron que el soporte externo de una nación es un factor determinante, al menos cuando tal apoyo se les retira a los irregulares, ya que irremediablemente pierden la batalla contra el gobierno. Finalmente, reportan que mientras mayor sea el grado de democracia, menores son las posibilidades de éxito de los alzados en armas.

De ese mismo centro, se tienen otros trabajos como el de Paul, Clarke y Grill (2010), quienes efectúan una investigación cuantitativa donde evalúan el rendimiento de veinte distintas estrategias de contrainsurgencia, utilizando treinta estudios de caso de procesos subversivos. Una de las principales conclusiones del estudio es que la capacidad de los insurgentes para reponer y obtener personal, financiamiento, inteligencia y un santuario, predicen perfectamente el éxito o el fracaso en los casos evaluados. Por último de RAND, se tiene un estudio cualitativo de Byman et al (2001) donde analiza el tema del soporte externo a las insurgencias, como un instrumento de la política exterior de una nación y en particular los cambios en la naturaleza de la ayuda exterior para las insurgencias que empezaron después de finalizada la Guerra Fría.

Otros trabajos académicos, como por ejemplo, una investigación reciente elaborada por Zimmerman (2007), planteó como su objetivo determinar las causas que derivaron en el fracaso de los insurgentes en seis países después de la II Guerra Mundial. Su trabajo, por cierto, en línea con lo expuesto por Galula (1964) y O’Neill (1980), primero identificó cinco características comunes para el éxito de una insurgencia, a saber: una causa por la cual luchar, soporte de la población local, la debilidad de la autoridad, condiciones geográficas favorables y ayuda externa desde la mitad hasta las etapas posteriores de la insurgencia. Como Zimmerman (2007) considera que esa lista de características “está incompleta para la

actuales y futuras insurgencias, una sexta característica, la ventaja en la información, es necesaria para este estudio.” (Zimmerman, 2007, i). El estudio concluye que “ninguno de estos factores se destaca como la clave para derrotar a la insurgencia, sino que las fuerzas contrainsurgentes deben considerar y tener en cuenta todas las características y planificar en consecuencia.” (Zimmerman, 2007, 141).

En relación con la insurgencia en Venezuela, son pocos los trabajos que tienen por objetivo determinar las causas que conllevaron a su fracaso, además de que son de vieja data, por lo que obviamente no pueden tomar en cuenta nuevos datos e informaciones que han aparecido en los últimos años sobre el tema. Aún más, hasta donde se conoce, ninguna investigación se ha ocupado de estudiar el rol de uno de los principales actores del lado insurgente, como lo fue el PCV, su relación con su principal patrocinante externo, es decir el gobierno de Cuba y las implicaciones que se derivaron para la derrota del proyecto subversivo.

Es importante señalar que el presente trabajo utiliza varias obras de reciente aparición, elaboradas por los participantes de la subversión, quienes ahora estando fuera de la lucha política se decidieron a publicar sus experiencias en la insurgencia. De igual manera, en la investigación se emplean una serie de reportes de inteligencia desclasificados por el gobierno de los Estados Unidos, así como información oficial del gobierno venezolano, que si bien siempre ha estado disponible, hasta la fecha no se había considerado. Esto es importante, si tomamos en consideración lo señalado por el Maestro de historiadores venezolanos Domingo Irwin, quien explica que pareciera que hay una tendencia en algunos de los protagonistas derrotados en esos sucesos de “minimizar la intensidad e importancia de la guerra de baja intensidad venezolana de 1960-1970.” (Irwin y Micett, 2008, 217). Tal afirmación de Irwin es relevante, ya que hay un conjunto de trabajos realizados, entre los años 1980 y 1982, por el también historiador Agustín Blanco Muñoz, que recogen la narrativa de estos protagonistas y que en algunos casos presentan ese sesgo, pero que como lo reconoce el propio Irwin (2008) constituyen un importante aporte al estudio del tema.

Entrando entonces a considerar los dos estudios que se conocen sobre el tema en relación con Venezuela. Se tiene que en un trabajo elaborado por la Corporación BMD para el gobierno de los Estados Unidos de América en el año de 1980, se realizó un análisis de diez procesos insurgentes en el mundo, con la finalidad de proporcionar un marco de teórico para ayudar a

los analistas a realizar un pronóstico válido sobre si un gobierno amenazado por la insurgencia podría manejarla adecuadamente y triunfar sobre la misma. Con relación a Venezuela, se concluye que la victoria del gobierno se basó en la capacidad del presidente Betancourt y sus sucesores para apelar y explotar eficazmente el apoyo público al recién creado sistema democrático. De igual manera señala como factores que contribuyeron al éxito del gobierno, las actividades pro-gubernamentales de Acción Democrática sobre los campesinos, así como los errores de los grupos de izquierda que patrocinaron la violencia, la decisión de la cúpula militar de aceptar la Constitución y renunciar a implantar un régimen militar y finalmente en el mejoramiento paulatino del desempeño de la policía y el ejército en la represión de la insurgencia.²

En el otro trabajo que se referencia el caso venezolano, Weitz (1986) ejecuta un análisis sobre los resultados de los procesos de insurgencia en Cuba, Bolivia, Nicaragua y nuestro país. En este estudio, Weitz (1986) analizó cuatro variables que tienen influencia en como concluyen tales procesos, a saber, el comportamiento de la economía en el momento de la insurgencia, la existencia de divisiones étnicas en estas naciones, la ubicación geográfica de la base principal de la guerrilla y la calidad del liderazgo de los insurgentes. Este autor concluye que: “las cuatro variables parecen haber tenido alguna influencia, pero ningún impacto consistente en el éxito o el fracaso de las insurrecciones en los cuatro países estudiados.” (Weitz, 1986, 398).

Como puede observarse en las dos obras referenciadas, ninguna estudia la interrelación entre el PCV y el gobierno cubano y aún menos analiza tal compinchado en el marco del fracaso de la subversión en Venezuela. Luego de realizar este análisis de la literatura, se presentan a continuación los acontecimientos del período histórico entre 1945 y 1959, que se entiende, impactaron el desarrollo de la insurgencia venezolana y como una forma de comprender enteramente el devenir de tales acontecimientos.

² Si bien el estudio habla sobre los “errores de los insurgentes”, en el mismo no se especifican cuales fueron tales errores.

3. Antecedentes históricos: Los años previos (1945-1959) a la insurgencia en Venezuela.

Para comprender de manera cabal el desarrollo de los acontecimientos atinentes a la lucha insurgente en Venezuela durante la década del 1960, se considera necesario, como mínimo, retroceder en la historia nacional hasta el año 1945 en donde comienza lo que puede denominarse “la política moderna de Venezuela” (Tarver y Frederick, 2005, 90). Ese año el partido Acción Democrática (AD), junto con miembros de las Fuerzas Armadas Nacionales agrupados en lo que se llamó la “Unión Patriótica Nacional” dio un golpe de Estado el 18 de octubre de 1945 al Presidente General Isaías Medina Angarita, en lo que se conoce como la “Revolución de Octubre”.

Así una auto-denominada “Junta Revolucionaria”, presidida por el líder de AD, Rómulo Betancourt, junto con otros personajes civiles y militares asumió el poder. Subraya Consalvi (2010) que durante los años comprendidos entre 1945 y 1948, período que se conoce como el Trienio, Venezuela transitó por un proceso de profunda democratización, en donde se desarrolló una Asamblea Nacional Constituyente la cual elaboró la Constitución de 1947, realizándose por primera vez en el país -ese mismo año- elecciones presidenciales universales, secretas y directas, donde resultó ganador el candidato de AD, Rómulo Gallegos. Uno de los elementos más importantes de la nueva Carta Magna, explican Velásquez et al (1976) es que asignaba al Estado un rol de mayor importancia para la solución de los problemas socio-económicos de la nación.

En el Trienio, adicionalmente, se formaron importantes partidos políticos como el Comité Político Electoral Independiente (COPEI) y Unión Republicana Democrática (URD).³ Igualmente, informa Consalvi (2010), se promulgaron un conjunto de leyes que tenían por objetivo lograr la modernización económica de la nación a través de la industrialización. De igual forma, se realizaron esfuerzos para reformar a las Fuerzas Armadas Nacionales. Según otros autores, como Alexander (1965) y Tarver y Frederick (2005), uno de los aspectos más notables de ese período consistió en la puesta en marcha de una reforma agraria que incluyó un amplio programa de distribución de tierras. Para 1945, explican Tarver y Frederick (2005), en Venezuela aproximadamente el 50% de las familias residían en el campo,

³ Se considera conveniente acotar que previo al golpe de Estado, el 9 de octubre de 1945, se había realizado una reforma a la Constitución venezolana, en donde se levantaba la ilegalización y persecución del comunismo, por lo que nuevamente y de manera formal, se permitía la reaparición en la escena política del Partido Comunista de Venezuela, el cual había sido fundado en el año de 1931.

dedicadas a labores de cultivo y la mayoría de ellas se vio beneficiada por los programas que hacia ese sector implementó el gobierno durante el trienio.

En el mismo contexto y bajó el manto de AD, se constituyó la “Federación Campesina de Venezuela” (FCV), la cual luego se convirtió en una aceptada maquinaria política para su apoyo, con presencia en los más apartados rincones de la nación, y que además tenía un poder real en todos los ámbitos de decisión en lo que se refería a las políticas agrícolas. De manera similar, AD asignó una especial importancia al movimiento de trabajadores, mediante el fortalecimiento de la “Confederación de Trabajadores de Venezuela” (CTV), la cual tuvo sus orígenes en 1936. De esta forma, el partido Acción Democrática consiguió atraer el respaldo popular al conformar una sólida alianza tanto con campesinos como con obreros (Velásquez et al, 1976).

Tal como se anotó anteriormente, en diciembre de 1947 se realizaron elecciones presidenciales y el candidato de AD, Rómulo Gallegos, obtuvo una contundente victoria con casi el 75% de los votos (Levine, 1974, 461). Argumentan Tarver y Frederick (2005), que estos resultados obedecieron a la esperanza de muchos venezolanos en que el proceso iniciado en octubre de 1945 se consolidara y sobre todo aquellas reformas relacionadas con la educación pública y la reforma agraria. No obstante, tan solo ocho meses después de su llegada al poder, el 24 de noviembre de 1948, Gallegos fue derrocado por un golpe militar.

Apunta Tarver (2001) que durante los próximos diez años el general Marcos Pérez Jiménez, quien fue la cabeza del exitoso golpe de Estado a Gallegos, echó por la borda todo el proceso de democratización que había llevado adelante AD. El golpe militar de 1948 no sólo canceló, sino que reversó la mayoría de las reformas desarrolladas por el gobierno, incluyendo la reforma agraria. Se puede poner como ejemplo, que “la mayoría de los campesinos que habían recibido tierras fueron desalojados de las mismas” (Tarver, 2001, 96). Explica Pérez (1976), que a través de elecciones y plebiscitos amañados, Pérez Jiménez se nombró y mantuvo como Presidente Constitucional y promulgó una nueva Constitución. La mayoría de los partidos políticos, incluyendo AD y el Partido Comunista de Venezuela (PCV), fueron ilegalizados y sus principales líderes encarcelados o enviados al exilio.

En 1957 miembros de los opositores partidos AD, COPEI, URD y el PCV conformaron la

“Junta Patriótica” que junto con miembros de los movimientos estudiantiles universitarios comenzaron a llamar a huelgas populares contra Pérez Jiménez.⁴ El primero de enero del año 1958 el Coronel Hugo Trejo lideró una asonada de la Fuerza Aérea contra el dictador venezolano, la cual no logró su objetivo. No obstante, explican Velásquez et al (1976), con la participación de la “Junta Patriótica” el 23 de enero del mismo año otro golpe militar sí logra que Pérez Jiménez abandone el poder y huya de Venezuela

Es así como se forma una junta de gobierno civil-militar que convocó a elecciones presidenciales y parlamentarias para diciembre de ese mismo año, resultando electo Presidente de la República el fundador de AD, Rómulo Betancourt.⁵ La junta de gobierno no estuvo exenta de serios problemas que amenazaron su estabilidad. En este período de transición, explica Moreno (2009), se dieron dos intentos de golpes de Estado promovidos por sectores de derecha y dirigido el primero por el General Castro León y el segundo por el Teniente Coronel Juan de Dios Moncada Vidal respectivamente; los mismos ocurrieron el 23 de julio de 1958 y el 7 de septiembre de ese mismo año y ambos fueron contenidos por las fuerzas gubernamentales.

Si bien existe un amplio consenso en la literatura en cuanto a que tales intentos de golpe provenían de elementos de la derecha, es conveniente indicar lo expresado por un historiador venezolano con respecto al último de ellos quien acota: “Aunque éste fue calificado como un golpe de derecha, al que incluso se opuso el PCV, Moncada Vidal, Manuel Azuaje y Hurtado Barrios se incorporan después a las fuerzas de izquierda.” Linárez (2006, 24). En otro orden de ideas, continúa Oliveros (2012), el 13 de mayo de 1958, el vicepresidente de los Estados Unidos, Richard Nixon, realizó una visita a Caracas, lo que ocasionó un conjunto de protestas por parte de grupos de izquierda que impidió su llegada al Panteón Nacional, causando la modificación de la agenda prevista, creando serias preocupaciones por su seguridad en el gobierno norteamericano. Tal reacción estuvo motivada por el amplio sentimiento anti-estadounidense presente en parte de la sociedad

⁴ La Junta Patriótica estaba presidida por Fabricio Ojeda, quien era militante clandestino de URD, además, entre otros, la conformaron Guillermo García Ponce del PCV, Silvestre Ortiz Bucarán de AD y por COPEI Enrique Aristeguieta Gramcko.

⁵ En las elecciones parlamentarias, la composición del Congreso Nacional resultó la siguiente: AD: 32 senadores y 73 diputados; URD: 11 senadores y 34 diputados; COPEI: 6 senadores y 19 diputados y PCV: 2 senadores y 7 diputados.

venezolana, dado que ese gobierno apoyó al dictador Pérez Jiménez.

Es preciso acotar, tal como lo indican López y Lander (2008), que en octubre, antes de las elecciones, los principales líderes de AD, COPEI y URD, habían acordado el denominado “Pacto de Punto Fijo”, cuyo objetivo era conseguir la sostenibilidad del gobierno naciente, mediante la participación equitativa de todos los partidos en el gabinete ejecutivo, independientemente de quien resultara triunfador. Del “Pacto de Punto Fijo”, por lo tanto, se excluyó al Partido Comunista de Venezuela, a pesar de que este último desarrolló un significativo rol en la lucha contra la dictadura de Pérez Jiménez y “había tenido un papel importante en el derrocamiento de la dictadura militar” (Pérez, 2003, 642).

Explica Cortina (2010) que este pacto fue concebido para dotar al país de una gobernabilidad de la cual había carecido y que a este acuerdo político, además, se sumaron otros pactos en el campo económico y relativo a las Fuerzas Armadas, de forma tal que a AD, COPEI y URD, se unieron los sindicatos afines organizados dentro de la CTV, el sector empresarial, representado por Fedecámaras, la jerarquía de la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas.

En función de los acuerdos políticos del “Pacto de Punto Fijo”, el presidente Betancourt concedió tres carteras ministeriales a URD, mientras que AD y COPEI quedaron cada uno con dos de ellas y se nombraron cinco ministros denominados técnicos, quienes no contaban con afiliación partidista. En forma similar, comentan Velásquez et al (1976), y de acuerdo a la votación obtenida por los partidos en los distintos estados, se asignaron la mayoría de los gobernadores entre esos tres partidos. En otras palabras, el primer gobierno de la naciente democracia venezolana resultaba ser un gobierno de coalición entre los tres principales partidos políticos del momento, AD, COPEI y URD, quedando completamente excluido el PCV.

A pesar de tal situación el Partido Comunista de Venezuela, en un principio, no atacó a este gobierno de coalición, al contrario, lo defendió y sus líderes señalaban: “Creemos que este gobierno de coalición debe mantenerse... sería suicida cualquiera ruptura en su seno” y más adelante expresaban que “... el enemigo no es el gobierno de coalición, el enemigo está ubicado en esos sectores que están conspirando para derrocar el gobierno.” Oliveros (2012, 29).

En otro orden de ideas, la situación económica del país que tuvo que afrontar el gobierno del recién electo Presidente Rómulo Betancourt fue una que estuvo marcado por los problemas, los cuales tuvieron un impacto directo sobre la calidad de vida de buena parte de la población, dándole la oportunidad a los factores opuestos a su régimen para que convocarán frecuentemente protestas y manifestaciones en su contra. El crecimiento económico del país venía decreciendo en los últimos años y las reservas de divisas de Venezuela montaban a tan solo 383 millones de dólares, presentándose una severa crisis en la balanza de pagos (Woodley, 1964).

Explica el economista Domingo Maza, que durante el lapso 1954-57, el gasto público se orientó hacia la construcción de obras públicas y, en consecuencia, funcionó como una actividad amortiguadora del desempleo, pero éste sufrió en 1958 prácticamente un colapso que se extendió hasta 1962 (Maza, 1967). Tal situación generó un gran desocupación, sobre todo en las zonas urbanas del país, de hecho, resalta Kantor (1959), el Presidente Betancourt, catalogó al desempleo como el problema número uno en este momento. Explican Zucha (2007) y Kantor (1959) que el gobierno implementó una serie de medidas económicas para revertir tal situación, las cuales fueron, poco a poco, dando resultados positivos, generando empleos y fortaleciendo al Estado venezolano.

En conclusión, el recién electo Presidente Betancourt se encontró con una severa crisis económica la cual fue solventando, si bien muy lentamente, pero que sirvió como caldo de cultivo para el llamado y desarrollo de protestas callejeras por parte de sus adversarios políticos y en particular del Partido Comunista. Muchas de estas convocatorias se tornaban violentas, con ataques a la propiedad privada y con fuertes enfrentamientos con los cuerpos de seguridad del Estado y generaron decenas de detenciones y en ocasiones resultaron algunos manifestantes fallecidos. Por ejemplo, comentan Velázquez et al, (1976), el 4 de agosto de 1959 se realizaron protestas callejeras en Caracas, con un saldo de tres muertos y setenta heridos, lo que llevó al gobierno a suspender por treinta días las garantías del derecho de reunión y libertad personal en la jurisdicción del Distrito Capital y Estado Miranda, responsabilizando al PCV de tales disturbios. En el siguiente epígrafe se ampliarán estos acontecimientos, ya que realmente tales protestas se convirtieron en la principal herramienta de la izquierda venezolana para intentar derrocar a Rómulo Betancourt.

4. El Partido Comunista de Venezuela y los inicios de la Insurgencia: la aparición en escena de Fidel Castro y la escisión de Acción Democrática.

En contraste con los últimos planteamientos expuestos en la sección anterior, cuando Rómulo Betancourt fue elegido presidente de Venezuela, comentan Tarver y Frederick (2005), algunos dirigentes del PCV y otras personalidades ligadas a la izquierda tenían expectativas positivas sobre lo que sería su acción gubernamental.

Es así como puede señalarse que el PCV, anticipadamente a la elección de Betancourt, colaboró decididamente con la Junta de Gobierno en la estabilización política del país. Por ejemplo, Elia Oliveros explica que “la lucha del PCV se centró en garantizar la estabilidad del gobierno y buscar de una manera ingenua la alianza en un frente unido para las elecciones de diciembre que permitiera la integración de los partidos en función de una candidatura presidencial.” (Oliveros, 2012, 23). Esta autora además anota que los principales factores económicos propusieron una tregua sindical para evitar los conflictos laborales, con la finalidad de fortalecer el sistema democrático cuya estabilidad podría ser amenazada por cualquiera de tales pugnas. En este sentido, continúa Oliveros (2012), el Comité Sindical Unificado, que estaba conformado por miembros de AD, PCV y URD, convino una tregua sindical.

Pero tales buenas relaciones con el PCV así como con otros factores de izquierda, que básicamente tuvieron sus raíces en la lucha común contra el régimen de Pérez Jiménez, y en particular por los vínculos creados por las juventudes de AD y el PCV, se desvanecieron rápidamente como consecuencia tanto de factores endógenos como exógenos.

El primero de enero del año 1959, en Cuba, bajo el comando de Fidel Castro las fuerzas insurgentes que batallaban por derrocar a la dictadura de Fulgencio Batista entraron a La Habana y tomaron el poder, y por primera vez desde la Revolución Mexicana de 1910, “una banda de civiles derrotaba a un ejército permanente profesional...y de repente parecía que todos los gobiernos de América Latina eran vulnerables a las revueltas guerrilleras” (De la Pedraja, 2013, 131).

En Venezuela existía mucha simpatía por la lucha de los guerrilleros cubanos y de distintas

maneras se había contribuido con tal causa.⁶ De hecho, apunta Peñaloza (2012), el líder cubano viajó a Caracas, invitado por la Federación de Centros Universitarios de la Universidad Central de Venezuela, al cumplirse un año de la caída de Pérez Jiménez, el 23 de enero del año 1959, y realizó una visita de cinco días. Era el primer viaje de Castro al exterior apenas tres semanas después del triunfo de la Revolución Cubana y durante su estancia fue aclamado como un héroe.

Ahora bien, Betancourt, en su discurso de toma de posesión como presidente de la República, el 13 febrero de 1959, expresó que: “En el transcurso de mi campaña fui muy explícito en el sentido de que no consultaría al Partido Comunista para la integración del gobierno... es el hecho que la filosofía política comunista no se compagina con la estructura democrática del Estado venezolano, ni el enjuiciamiento por ese partido de la política internacional que deba seguir Venezuela con acuerdo con los mejores intereses del país.” (Velázquez et al, 1976, 191). Con esta acción, y en un contexto marcado por la “Guerra Fría”, Betancourt, además de ser consistente con la decisión de dejar a los comunistas fuera del “Pacto de Punto Fijo”, también daba inicio a las fuertes tensiones con la izquierda venezolana que finalizaron por llevar al PCV a la lucha armada contra su gobierno.

Adicionalmente a lo antes planteado, explica Cortina (2010), la disidencia política en el seno de los partidos firmantes del “Pacto de Punto Fijo” no encontraba espacios para desenvolverse, y con mayor fuerza en AD, en donde algunos de sus miembros y en particular los de la instancia interna conocida como el “Buró Juvenil”, comenzaron a tener serias desavenencias con la dirección del partido, las cuales finalmente condujeron a la división del partido. A pesar que según Wickham-Crowley (1992) el gobierno de Betancourt había iniciado la más amplia reforma agraria vista en un país en un entorno no revolucionario, así como también implementaba otras políticas públicas dirigidas a los sectores más necesitados del país, los integrantes del nombrado “Buró Juvenil”, consideraban insuficientes tales políticas, demandando actuaciones más radicales del gobierno.

⁶ Por ejemplo, se desarrolló una campaña denominada “Un Bolívar para la Sierra Maestra”, organizada en distintas ciudades de Venezuela, obteniendo exitosos resultados propagandísticos y financieros. También tuvo lugar la “Cadena Radiodifusora Libertad” en la que participará Radio Continente como emisora matriz, que retransmitía al sur del continente los boletines de guerra y la propaganda política de los guerrilleros cubanos.

Sucede que la juventud de AD, cada vez más abrazaba los postulados ideológicos de la izquierda, en un ambiente de fervor revolucionario generado desde Cuba y potenciado por la victoria sobre la dictadura de Pérez Jiménez. Pero tal cuestión, también se desarrolló a su vez tanto en el propio PCV y en URD, en donde, según Wickham-Crowley (1992) sus juventudes se movían cada vez más a la izquierda.

A modo de síntesis, con la finalidad de suministrar una visión general de la postura ideológica de las juventudes de izquierda, así como de otros factores del partido quienes se decantaban hacia ese ideario político, incluyendo los de AD, puede mencionarse lo escrito por Carlos Marín quien expresa que el conflicto que tenía el gobierno de Betancourt consistía en elegir entre dos opciones: “la primera, asumir la transformación radical de la estructura económica nacional, aprovechando el auge de las masas populares desatado el 23 de enero de 1958; y la segunda, aliarse con la burguesía nacional y el capital norteamericano para afianzar el régimen democrático, pasándole por encima al efervescente movimiento popular.” (Marín, 2013, 94). Tales grupos disidentes consideraron que el presidente venezolano había optado por la segunda de las alternativas.

En sintonía con lo antes expuesto, puede mencionarse lo revelado por Héctor Pérez Marcano, miembro directivo de la juventud de AD para esa época, quien expresa: “Dentro del ala izquierda había un pequeño subgrupo, que llamábamos ‘la izquierdita’, constituido por algunos compañeros que ya habíamos decidido separarnos del partido. Allí estábamos Américo Martín, Moisés Moleiro, Julio Escalona, Carlos Betancourt... y yo. Ya teníamos claro que debíamos irnos de AD y fundar otro partido.” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 29). Es así como después de múltiples desencuentros, entre la juventud de AD y los que ellos denominaban “La Vieja Guardia” (Martín, 2013, 47), es decir, los líderes fundamentales del partido, dos miembros de esa facción, Domingo Alberto Rangel y Américo Martín, fueron suspendidos de su militancia y pasados al tribunal disciplinario de AD, motivado a sendos escritos en la prensa. En respuesta a tal acción el Buró Juvenil se solidarizó con ambos, resultando, también, en el pase de todos ellos al tribunal disciplinario.

Este grupo decidió realizar una convención en la ciudad de Maracaibo, en abril de 1960, el resultado final fue la expulsión de todos los miembros directivos del Buro Juvenil de AD, así

como de otros de sus integrantes y directivos de la organización.⁷ Es así como este grupo de expulsados de AD deciden en julio de ese año conformar un nuevo partido de ideología marxista y llamarlo “Movimiento de Izquierda Revolucionario”, (MIR) (Marín, 2013).

Precisamente en abril de ese año, el gobierno sofocó un alzamiento militar de derecha dirigido por el general (r) Jesús María Castro León quien se apoderó del cuartel “Simón Bolívar” en el estado Táchira. A la par y a modo de ilustrar la difícil situación política y social que afrontó Betancourt durante la mayor parte de su mandato, puede mencionarse que el mismo día, 21 de abril, que el gobierno controlaba la situación en San Cristóbal, se hacía un llamado a una huelga de trabajadores en Caracas, mientras que menos de un mes después fueron expulsados de AD once diputados, quienes a la postre se convirtieron en la fracción parlamentaria del MIR en la cámara baja del Congreso venezolano, liderada por Domingo Alberto Rangel.

Motivado a la severa crisis económica, el gobierno de Betancourt tuvo la necesidad de aplicar un conjunto de medidas en ese campo, algunas de las cuales resultaron profundamente anti-populares, generando manifestaciones callejeras en su contra. Por ejemplo, en agosto de 1959, canceló el denominado “Plan de Emergencia”, mecanismo que había sido creado por la Junta Provisional de Gobierno, para intentar mitigar el desempleo, mientras que en mayo de 1960 promulgó un decreto que rebajó en un 10% el sueldo de los empleados públicos y también paralizó la discusión de sus contratos colectivos.

En paralelo, explica Oliveros (2012) en el sector privado, y principalmente en las industrias petroleras y del hierro, se desarrollaron huelgas solicitando la discusión de la contratación colectiva y en contra de los despidos que habían ocurrido en algunas empresas. De igual forma, en el sector público se daban las importantes huelgas, como las de los trabajadores de

⁷ Los principales personajes expulsados, más allá de los del mencionado Buró Juvenil, y algunos de los cuales posteriormente tendrían participación en la lucha armada contra el gobierno de Betancourt fueron: Domingo Alberto Rangel, que antes había pertenecido al Buró Político de Acción Democrática; Simón Sáez Mérida, Secretario de Asuntos Parlamentarios y Municipales; Lino Martínez, Secretario Juvenil Nacional; Rómulo Henríquez, Presidente de la Federación de Centros Universitarios; Américo Chacón, miembro del Buró Sindical Nacional y para ese momento también Presidente del Sindicato Unido de Trabajadores Bancarios; Julio Casique, miembro del Buró Nacional Sindical y todavía secretario del Sindicato Metalúrgico; José Marcano, también miembro del Buró Nacional Sindical, directivo de la Confederación de Trabajadores de Venezuela y Presidente de la Federación Nacional de Empleados; Alí Muñoz, miembro del Buró Agrario Nacional y Secretario de Organización de la Federación Campesina de Venezuela y Rafael José Muñoz, miembro de la Liga Juvenil Nacional.

los sectores telefónicos y de telégrafos. Sintetizando, pueden utilizarse las palabras de Oliveros quien escribe: “El deterioro del nivel de vida de las masas, el desempleo, la recesión económica, la rebaja de sueldos y salarios y el deterioro de los servicios públicos inducían a la protesta de los diversos sectores del pueblo.” (Oliveros, 2012, 29).

Las diversas manifestaciones que se sucedieron en el país, y en particular las de octubre y noviembre de ese año, fueron convocadas por los sindicatos que contaban en su directiva con elementos de la izquierda venezolana, tanto del PCV como del MIR. Como una respuesta a la constante agitación, el gobierno, se entiende, cometió el error de crear grupos de choque civiles, “a través de las llamadas bandas armadas adecas” (Linárez, 2006, 23) quienes tenían la tarea de atacar a los participantes de las manifestaciones por lo que normalmente estas terminaban con un buen número de personas heridas.

Motivado a lo antes expuesto, los izquierdistas también conformaron bandas para defenderse de las agresiones de los grupos enviados por el gobierno, a las cuales denominaron “autodefensas armadas” (García, 1977, 46), por lo que la violencia callejera en varias ocasiones fue de verdadera importancia con saldos de decenas de heridos y algunos manifestantes fallecidos. Es importante señalar, según los trabajos de Ríos (2013) y Peñaloza (2012), que los grupos integrados por la izquierda, cuyos principales líderes eran Guillermo García Ponce y Douglas Bravo, serían los predecesores de los grupos guerrilleros que posteriormente se formaron en el país.

Ahora si bien la situación en el ámbito económico era muy delicada, el gobierno de Betancourt ejecutó un conjunto de medidas para impulsar el desarrollo nacional, lo cual significó tanto la creación de empleos como una mejora en el nivel de vida para amplios sectores de la población. Es así como, por ejemplo, se implementó una reforma agraria, en donde más de 60.000 familias recibieron tierras en un período de cinco años. También se desarrolló un programa de mejoramiento de la infraestructura nacional en donde según Alexander (1965), prácticamente se dotó a todos los pueblos con escuelas para el programa de educación masiva, así como con servicios de electricidad, alcantarillado y agua potable.

De igual manera, continúa Alexander (1965), entre otras medidas, se llevó adelante una política de industrialización y de sustitución de importaciones; es así como el gobierno fundó

la Corporación Venezolana de Desarrollo y el Banco Industrial de Venezuela, los cuales suministraron cantidades sin precedentes de préstamos a empresarios privados, bien para ampliar sus industrias o establecer otras nuevas, lo que contribuyó con la creación de empleos. En ese mismo orden de ideas se comenzó con la construcción de los sistemas de riego, autopistas, centrales eléctricas y se coordinaron los programas de apoyo a la agricultura con otros en los campos de la salud y la educación.

Lo antes planteado es relevante para el análisis de las decisiones tomadas por los partidos de izquierda venezolana en cuanto a su determinación de iniciar acciones subversivas para defenestrar al gobierno de Betancourt. Si bien en el país se desarrollaron múltiples protestas porque la situación económica no resultaba satisfactoria para muchos venezolanos, el Presidente y su equipo de gobierno tomaron importantes medidas en ese campo, así como en el ámbito social, con los objetivos de mejorar la calidad de vida de la población y de impulsar al país por la senda del desarrollo.

La mayoría de estas acciones del gobierno en los campos social y económico, en principio tuvieron sus frutos en el interior del país, más no así en la ciudad capital, donde se desarrollaron tanto la mayor cantidad de protestas, así como las más grandes y violentas. Este precisamente no era el caso de la provincia venezolana, donde las manifestaciones que ocurrieron no tuvieron la envergadura y la violencia de las capitalinas y en las cuales, salvo una ocasión, no resultaron personas fallecidas. Pareciera que buena parte de los dirigentes de la izquierda no comprendieron que existían lo que puede catalogarse como dos “realidades distintas”, una en Caracas y otra muy diferente en el interior del país, así como que tampoco evaluaron el impacto positivo que las políticas públicas tenían a lo adentro de la nación. De igual forma se estima que las protestas que protagonizaron los trabajadores no necesariamente tuvieron como objetivo la salida del gobierno democrático, sino que realmente buscaron reivindicaciones socio-económicas.

No obstante, es conveniente acotar que por otro lado el gobierno había perdido parte de su piso político, cuando a finales de agosto URD comenzó el proceso para retirarse de la coalición gubernamental, presionado fundamentalmente por su ala izquierdista, con lo que además se debilitaba el control que poseía el gobierno en el Congreso Nacional.

A manera de conclusión, puede decirse que en función de la situación económica que presentaba el país, la cual facilitaba la convocatoria de protestas antigubernamentales, la euforia revolucionaria derivada de la llegada al poder de Fidel Castro, así como por el marcado sentimiento anti-estadounidense presente en parte de la sociedad venezolana, la izquierda calculó que el gobierno de Betancourt no era lo suficientemente fuerte como para resistir un fuerte embate de protestas callejeras y que con tales acciones sería fácilmente derrocado. Es así como en un estudio elaborado en 1970 por Atlantic Research Corporation, denominado “Castro-Communist Insurgency in Venezuela. A Study of Insurgency and Counterinsurgency Operations and Techniques in Venezuela, 1960 – 1964” (en adelante ARC), se expone tal deducción y se explica que el PCV y el MIR “llegaron a la conclusión que con más demostraciones y disturbios en Caracas y otras ciudades sería suficiente para forzar a Betancourt a dejar el poder.” (ARC, 1970, 26)

En paralelo a estos acontecimientos, Fidel Castro profundizaba la revolución en Cuba y tal cuestión daba ánimos a los izquierdistas venezolanos, a pesar de que empezaban a notarse serios vestigios de autoritarismo. Si bien el líder cubano todavía no se había declarado como marxista, mantenía una constante diatriba con los Estados Unidos y una profunda postura anti-imperialista por lo que día a día afianzaba su liderazgo y se constituía como el modelo a seguir de los revolucionarios latinoamericanos y en particular de la izquierda venezolana. En otras palabras, la juventud de izquierda del PCV así como todo el MIR y algunas figuras individuales de URD, tendieron cada vez más a decantarse por la estrategia de la lucha violenta contra el gobierno de Betancourt para acceder al poder, ya que ésta fue la utilizada por Castro para tal fin. Si es conveniente indicar que tal posición encontró una profunda reticencia en algunos directivos del PCV, y en particular de sus líderes más añejos, quienes más bien abogaban por el desarrollo de la “vía pacífica” en concordancia con los postulados emanados desde Moscú.

A modo de intentar entender la situación de fascinación por Fidel Castro y la Revolución Cubana, pueden citarse las palabras de algunos de los protagonistas de la insurgencia venezolana con respecto al líder cubano. Así se tiene que la idealización hacia Castro y el proceso cubano, generaba posturas como las siguientes: “desde el primero de enero de 1959 Cuba es una fuerza moral determinante en nuestro escenario” (Rangel, 2003, 200); Anselmo Natale, recuerda que “el faro cubano inflamó pasión, de heroísmo, de mística a las juventudes

del mundo, pero precisamente a las de América Latina y en particular tuvo una incidencia muy destacada acá.” (Blanco, 1981, 187) y finalmente, lo expuesto por Américo Martín quien anota que: “Fidel deslumbraba a todos proponiendo un camino nuevo y mejor... Ver a Fidel triunfante, gesticulando en la cima de un volcán, hablando retadoramente el imperio más grande del mundo en nombre de más de 400 millones de latinoamericanos, dibujaba un horizonte demasiado atractivo para gente joven todavía sin mayor experiencia ni demasiado control sobre sus emociones.” (Martin, 2013, 55-56)

El gobierno de Betancourt, no obstante, evaluó con cuidado la situación política de país y en un momento determinado, aprovechando hechos circunstanciales, procuró un acercamiento con la izquierda venezolana. El 24 de junio de ese año, Betancourt resultó víctima de un intento de magnicidio, el cual tuvo la autoría intelectual del dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo (Conde, 2012). Explican Velázquez et al (1979) que ese atentado activó el mecanismo institucional del Pacto de Punto Fijo, con la particularidad que en esta oportunidad tanto el MIR como el PCV se unieron al resto de las organizaciones políticas para respaldar a Betancourt rechazando el atentado en su contra. En ese sentido comenta Martín (2013) que el amplio respaldo probablemente movió al presidente venezolano a responder con un mensaje de reconciliación, pidiendo restablecer el espíritu del 23 de enero. Rómulo Betancourt por lo tanto había extendido una mano a la oposición de todas las tendencias, pero Heydra (2013) explica que la izquierda vio tal accionar como un síntoma de debilidad, por lo que descartó el llamado del Presidente.

En tal contexto, la izquierda venezolana emprendió en Caracas una ola de manifestaciones, que se extendieron desde octubre hasta diciembre de 1960 y que se conocieron como “El Popularazo” (Velásquez et al, 1976). Estos disturbios tuvieron un saldo de 200 personas heridas y ocho fallecidas, pero fueron controlados por la policía y la Guardia Nacional. Betancourt convocó a sus fuerzas de seguridad a “aplantar un levantamiento diseñado para establecer un régimen similar al existente en Cuba” acusando al MIR y al PCV de su organización (Gott, 1970, 108). El gobierno de Betancourt procedió a suspender algunas garantías constitucionales y a clausurar los principales medios impresos ligados a esos partidos, adicionalmente se imputaron cargos a los líderes del PCV y el MIR directamente implicados en estos eventos. De igual manera, la “Confederación de Trabajadores de Venezuela”, máxima instancia de los trabajadores organizados en Venezuela, “aprobó la

expulsión de los dirigentes comunistas de sus filas, sean estos sectores progresistas, militantes del PCV o del MIR.” (Oliveros, 2012, 30). Con esta acción se les cerró al PCV y al MIR su participación en el espacio de la lucha sindical

Con respecto a la situación de los disturbios antes expuesta, existe un amplio consenso en cuanto a que pueden considerarse como el inicio de la insurgencia contra Betancourt, motivado tanto a su cantidad, virulencia y grado de organización (Marín, 2012; Pérez Marcano y Sánchez, 2007; Tarver y Frederick, 2005; Blanco, 1982). En el mismo sentido, en el prólogo del libro de Fabricio Ojeda titulado “Hacia el Poder Revolucionario” (Ojeda, 1966) se enmarcan tales eventos dentro de la lucha armada. La posición esgrimida por los primeros autores, se sostiene tanto en el citado estudio de ARC (1970), el cual fue elaborado para el Departamento de Defensa de los Estados Unidos de América, así como en fuentes oficiales venezolanas, sobre la base de un documento incautado a los insurgentes en fechas posteriores a esos acontecimientos y sobre el cual se volverá más adelante.

Como argumentos que justifican esa postura, pueden señalarse sendos escritos aparecidos en la prensa nacional, uno a finales de octubre, firmado por el diputado y dirigente del PCV Teodoro Petkoff, quien en el Diario “El Nacional” desarrolló un artículo el cual llamaba a la insurrección popular (Ríos, 2013), mientras que un editorial de noviembre del semanario “Izquierda”, publicación afiliada al MIR, realizó una convocatoria a una huelga general en donde se invocaba a una revolución popular contra el gobierno de Betancourt. (Peñaloza, 2012). En concordancia con lo previamente mencionado, lo revelado por Gott afianza varias de las ideas expuestas previamente: “el liderazgo del partido [PCV] haciendo un estimado erróneo de la verdadera correlación de fuerzas se propuso derrocar el gobierno.” (Gott, 1970, 107).

Como se había explicado con anterioridad, las manifestaciones fueron organizadas por aquellos sindicatos afectos al PCV y al MIR, pero también por líderes estudiantiles de esos grupos políticos. En estas actividades también se encontraban involucrados miembros directivos del PCV y en particular de su juventud, como Teodoro Petkoff, al cual como consecuencia de los acontecimientos de finales del año 1960, se le levantó su inmunidad parlamentaria, sometido a juicio y encontrado culpable de subversión, por lo cual fue enviado a prisión. Tal ventura también la tuvieron otros miembros de ese partido.

Adicionalmente, tiene que anotarse que miembros de URD, simpatizantes tanto de la ideología comunista como de Fidel Castro, y que por cierto ya empezaría a denominarse como el “castrismo”, también se implicaban en la organización de estos disturbios, empujando a su partido hacia la radicalización, tales aseveraciones se muestran en un estudio de inteligencia elaborado por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América (CIA, por sus siglas en inglés), sobre las influencias externas e internas sobre el PCV, titulado “Foreign and Domestic Influences on the Venezuelan Communist Party, 1958-Mid-1965 (en adelante CIA-1965).

A pesar de la complicada situación que afrontaba el gobierno de Betancourt, es precisamente en ese momento, cuando comenzaron a deteriorarse las relaciones entre el PCV y el MIR y “nunca volvería a ser como lo fue en los años anteriores” (Martin, 2013, 63). El Comité Central del PCV había venido pidiendo un viraje en la política del gobierno, pero con menos fuerza también “hablaba de la necesidad de un nuevo régimen” y de “insurrección popular” (Robledo, 1970, 533), por lo que el tema de la lucha armada no aparecía en sus discursos como medio para lograr la salida de Betancourt. Tales llamados, ocurrieron en un Pleno del PCV, en setiembre de ese año, en donde también se pedía “derrotar las políticas del gobierno” (Gott, 1970, 109). El MIR profesaba una postura más radical, ya que sus líderes estaban convencidos, bajo el influjo cubano, que precisamente la estrategia de la lucha armada era la ruta que debían seguir, no obstante ese partido no había elaborado algún documento sobre tal materia. (Martin, 2013).

Puede notarse, por lo tanto, que existía, al menos en lo discursivo, una falta de coordinación en las estrategias de estos partidos marxistas, ya que se ha anotado ampliamente que actuaban unidos en cuanto al desarrollo de las acciones de agitación callejera. Además, sin duda, la posición del PCV era bastante confusa y se prestaba a múltiples interpretaciones. Pero no sólo ya comenzaban, se repite, tan temprano, las fricciones entre el MIR y el PCV, las cuales se fueron agravando debilitando profundamente a la insurgencia venezolana, sino que también a lo interno de este último partido los desacuerdos se multiplicaban. En tal sentido es revelador lo señalado por Ríos (2013) quien explica que después de las revueltas de noviembre y diciembre de 1960, y por las consecuencias negativas para el PCV, algunos dirigentes del partido advirtieron a sus cuadros -puede calificarse que de manera jocosa- que habían confundido la letra “t” con la letra “c” ya que la postura del partido consistía en

“derrotar” más no en “derrocar” al gobierno. Era pues una muestra de las divergencias entre quienes abogaban por la “vía pacífica” y aquellos que propulsaban el escalamiento de la lucha violenta o armada, para intentar replicar la experiencia cubana y acceder al poder.

La postura radical del MIR de intentar copiar la experiencia guerrillera cubana, aunado al mismo deseo de una amplia facción del PCV, finalmente llevó a ambos partidos a crear de forma voluntariosa los primeros focos guerrilleros. Estos eventos se tratarán en el próximo epígrafe, así como también se analizará la estrategia de la insurgencia urbana que definitivamente fue la desarrollada por el PCV y el MIR para intentar instaurar un nuevo gobierno revolucionario en el país. No obstante, antes de ello, primero se tratará lo que se ha denominado como la “cubanización” de la política venezolana, de forma tal de entender cabalmente como la llegada al poder de Fidel Castro influyó en el accionar de la izquierda criolla en la década de los sesenta.

5. La “cubanización” de la política venezolana. Las estrategias de insurgencia urbana y de penetración de las Fuerzas Armadas Nacionales. Los primeros focos guerrilleros.

En la sección anterior se revisó rápidamente la fascinación que ejercía Fidel Castro y la Revolución Cubana sobre la dirigencia más joven del MIR y el PCV. No obstante, se considera que solo con tal descripción no puede retratarse completamente el ambiente vivido en el país con respecto al proceso cubano, por lo que es necesario explorar con más detalle tal dinámica, que puede denominarse la “cubanización” de la política venezolana, para comprender el entorno político de la época.

Debe recordarse que el primer viaje al exterior realizado por Fidel Castro después de llegar al poder, lo realizó a Venezuela habiendo transcurrido menos de un mes de tal hecho. Además de los contactos realizados con los dirigentes políticos de AD, COPEI, URD y el PCV, Castro también efectuó una serie de reuniones con los líderes estudiantiles universitarios y en particular con aquellos asociados con la izquierda venezolana, de igual manera se convocaron distintas manifestaciones públicas en su apoyo, las cuales resultaron ser multitudinarias. Comenzaba así entonces lo que poco a poco se convertiría en la omnipresencia de la Revolución Cubana en la política nacional, la cual finalmente terminó con la injerencia de Cuba en los asuntos internos del país. La imagen de Castro y su revolución, es conveniente recalcarlo, estuvo amplificadas por los medios de comunicación escritos y radioeléctricos, cuyos dueños en principio, y algunos casos por un buen tiempo, simpatizaron con el proceso cubano.⁸

Además de lo antes planteado, explica Marín (2013) en la medida que Castro consolidaba su poder, se realizaron una serie de viajes de funcionarios de la isla hacia Venezuela y en sentido contrario el traslado de estudiantes e intelectuales hacia Cuba. Estos funcionarios indica Romero (2001) tenían principalmente como objetivo efectuar gestiones en la búsqueda de acuerdos en el campo comercial. De igual manera se invitó a La Habana a miembros de sindicatos y profesionales y continuaron desarrollándose actos de apoyo a la Revolución Cubana en diversos ámbitos del país y en especial en el estudiantil.

Una muestra de lo expuesto se encuentra en el trabajo de Carlos Marín, donde se reseñan

⁸ Por ejemplo, el dueño del diario “El Nacional”, uno de los más importantes periódicos del país, el escritor Miguel Otero Silva, era senador del Congreso Nacional por el estado Aragua y era políticamente afecto al Partido Comunista y defensor de la Revolución Cubana.

diversas notas periodísticas aparecidas en el diario “El Nacional” correspondientes a los meses de marzo y abril de 1960, en tales referencias pueden encontrarse noticias como las siguientes: “Hoy a las 11, 30 es el desfile de solidaridad con Cuba”, “Ratificado el respaldo a la Revolución Cubana”, “Homenaje a Cuba ofrecen esta tarde los universitarios”, “En Semana Santa: Hará una gira a Cuba grupo de educadores venezolanos”, “Delegación de intelectuales viajarán hoy a Cuba: el grupo estará compuesto por 81 personas”, “Profesionales a La Habana” y “Sindicalistas Zulianos invitados a visitar a Cuba”, por solo citar algunos de ellos. (Marín, 2013, 155).

Era febril, sobre todo, la actividad de la juventud estudiantil, tanto universitaria como de bachillerato, en apoyo a la Revolución Cubana, mientras que en el ámbito de la izquierda la cuestión tenía un tinte del mismo tenor, con la notable diferencia de que el accionar de los últimos, como es lógico, derivaba importantes consecuencias para el país. Por ejemplo, en la conmemoración del año 1960 del Día Internacional del Trabajador, el primero de mayo, se vocearon consignas tales como “¡Cuba sí, Yanquis no!”, aprovechando la ya mencionada antipatía que se tenía hacia el gobierno estadounidense. Por otra parte, el 6 de junio se recibió al presidente de Cuba, Oswaldo Dorticós, con una concentración multitudinaria en Caracas.

Uno de los momentos más importantes de esta etapa de apoyo a Castro y al proceso cubano, se presentó entre los días que se extienden del 23 al 28 de julio del mismo año, en donde se discutió en las Cámaras de Diputados y Senadores emitir una resolución para apoyar o no a la Revolución Cubana, lo cual generó fuertes disturbios en los alrededores del Congreso Nacional, en el pleno centro de Caracas.⁹ En estos acontecimientos, informa Duarte (2005) resultó muerto por un funcionario policial venezolano el cubano Andrés Coba Casas, representante en Caracas del “Movimiento 26 de Julio”.

En los actos de conmemoración de esa fecha realizados en La Habana, el diputado de URD Fabricio Ojeda, participó junto a Fidel Castro como orador en el evento. Las relaciones de este político venezolano con el gobierno cubano eran muy estrechas, al punto que se le había otorgado el título honorífico de Teniente de la Revolución. En tal ocasión el líder cubano en

⁹ Debe recordarse que el 26 de julio se conmemora los asaltos simultáneos a los cuarteles Moncada, en Santiago de Cuba y Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo, detonantes de la Revolución Cubana.

su discurso exclamó: “Nos comprometemos, prometemos continuar haciendo de la Nación, el ejemplo que puede convertir a la Cordillera de Los Andes en la Sierra Maestra del Continente Americano” (Velázquez et al, 1976, 210) en una clara alusión de su intención de exportar la Revolución Cubana más allá de la isla caribeña. Otro hecho de suma importancia, en el contexto de la “cubanización” de la política venezolana, está relacionado con las divergencias entre URD y Betancourt, por sus posturas divergentes en cuanto al proceso cubano, las cuales pocos meses después culminarían en la salida de ese partido del gobierno, como ya se había anotado anteriormente.

Explica Marín (2013) que el día el 28 de agosto de 1960, Ignacio Luis Arcaya, quien era militante de URD y se desempeñaba como Ministro de Relaciones Exteriores, se retiró de la VII Conferencia de Cancilleres de la Organización de Estados Americanos (OEA), en San José de Costa Rica, a instancias del Comando Nacional de su partido, ya que se negó a firmar la “Declaración de San José” la cual trataba sobre la intromisión de potencias extracontinentales en el hemisferio, esto es la URSS y China, pero que también condenaba indirectamente al gobierno de Cuba. Tal situación culminó en la decisión de URD de abandonar la coalición gubernamental el 16 de noviembre de ese año.

En el mencionado ambiente político de “encantamiento” por Fidel Castro y la Revolución Cubana crecieron las tensiones a lo interno del PCV por el tema del camino a seguir para la búsqueda del poder, es decir, o bien la estrategia de la “vía pacífica”, aupada por la URSS, o bien la estrategia de confrontación armada, esgrimida por los teóricos comunistas chinos y ahora también por los revolucionarios cubanos. En realidad, según Halperin (1965) la cuestión, para cualquier izquierdista latinoamericano, sobre la vía pacífica o violenta hacia el socialismo era el principal tema de debate dentro de la extrema izquierda comunista y no comunista de América Latina.

Adicionalmente, ese mismo año, apareció publicada la obra de Ernesto “Che” Guevara titulada “La Guerra de Guerrillas”, en donde se postulaba la teoría del “foco” revolucionario, la cual señala que: “no siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.” (Guevara, 1961, 3). La postura cubana además, empezaba a delinearse más claramente, por ejemplo, en la I Declaración de La Habana, del 2 de setiembre de 1960, Fidel Castro, esbozaba muy sutilmente el compromiso

de Cuba apoyar a los revolucionarios latinoamericanos cuando expresaba: “su decisión de trabajar por ese común destino... En la lucha por esa América Latina liberada, frente las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial.”

Fidel Castro, argumenta Halperin (1963) consideraba a Cuba como la base desde donde en un futuro muy cercano, no en cinco ni en diez años, la revolución se diseminaría por toda América Latina. Explica Duncan (1971) que para Castro las experiencias nacionales en la lucha armada en Cuba debían considerarse no sólo como relevantes para América Latina, sino también obligatorias. Para este autor la insistencia en la lucha revolucionaria violenta, reflejaba dos elementos autóctonos. En primer lugar, después de años de frustración y humillación nacional, se generaba un orgullo nacional recién descubierto que se manifestaba en la determinación de elevar Cuba al estatus de modelo para el cambio en América, y en segundo término, la fuerte personalidad de Castro que no se destacaba precisamente por sus actitudes hacia la negociación y el diálogo racional. De tal manera que siguiendo con Duncan (1971), se tiene que la ideología revolucionaria de Fidel Castro destacaba la importancia de los elementos subjetivos para precipitar el cambio, en lugar de tener que esperar a que otras condiciones "objetivas" maduraran para impulsar la revolución, tal como los señalaba el enfoque ortodoxo.

Así entonces, esta era la concepción de Fidel Castro sobre la lucha revolucionaria, lucha que debía fundamentarse en la creación de focos guerrilleros rurales, independientemente de las condiciones objetivas. Los revolucionarios criollos, léase el MIR y una facción del PCV, se beneficiaban entonces con dos bases sobre las cuales podían justificar la decisión de optar por el camino de la violencia. Por una parte, contaban con Fidel Castro como el gran líder que apoyaba los esfuerzos de la lucha armada en otras naciones, y particularmente en Venezuela, y un marco teórico con el cual desarrollarla, consistente en la obra de Ernesto “Che Guevara”, que según Halperin (1965) contiene las tesis que constituyen la base de la política castrista. No obstante, contradictoriamente, los insurgentes venezolanos le dieron preferencia a otras tácticas sobre la de los focos guerrilleros, tal como se delineó en el epígrafe anterior.

Con ese convulsionado ambiente, se da inicio al año 1961, en donde el 23 de enero se promulgó la nueva Constitución venezolana, con la cual quedaba derogado el decreto de

suspensión de garantías emitido por el gobierno de Betancourt en noviembre de 1960. No obstante, esa misma noche, se emite otro decreto en el mismo sentido, ya que según el gobierno se hacía indispensable mantener el régimen de excepción “por cuanto tanto el Partido Comunista como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, persistían en sus planes de fomentar la insurrección revolucionaria.” (Velázquez et al, 1976, 216).

De acuerdo con la nueva carta magna, el decreto se envió al Congreso para su aprobación, generando un fuerte debate, oponiéndose el PCV, MIR y URD, quien se estrenaba como partido opositor. En uno de los discursos el diputado del PCV, Pompeyo Márquez, advirtió que “al final del camino que transita el gobierno no se ve sino una guerra civil” (Velázquez et al, 1976, 216), en una clara alusión al deseo de la izquierda venezolana de abrazar la lucha armada contra el gobierno.

Tal como se informa en un estimado de inteligencia conjunto de varias instancias del gobierno de los Estados Unidos de América sobre las condiciones del país titulado “The Situation in Venezuela, National Intelligence Estimate, NIE 89-61”, (en adelante NIE 89-61), en los dos meses iniciales del año si bien las protestas callejeras se mantuvieron, éstas disminuyeron y comenzó a notarse el cansancio de la población capitalina por los inconvenientes que causaban, al mismo tiempo que continuaba la insatisfacción popular por la falta de empleo y el alto costo de la vida.

Avanzando el año, en marzo, el PCV realizó su III Congreso, en donde si bien se sostuvo, en una clara alusión a Cuba que: "Una pequeña isla... nos está señalando el camino que habremos de recorrer los pueblos latinoamericanos..." y se adhería a la mencionada I Declaración de La Habana, aún no proclamaba taxativamente la lucha armada como la vía “para derrotar la política capituladora del Gobierno y luchar por la formación de un gobierno democrático y patriótico”, pero por otro lado advertía que: "es necesario enfrentarnos ya al futuro de violencia que se cierne sobre el país” (Robledo, 1970, 533). Se piensa que algunos de los acuerdos de este Congreso, expuestas en un documento llamado “Resoluciones Políticas del III Congreso del Partido Comunista de Venezuela”, resultaban confusos tanto para las bases del partido como para la ciudadanía en general, dado que los mismos dejaban la puerta abierta a variadas interpretaciones. Por ejemplo, una de las conclusiones expuestas en el Capítulo XII, tomadas del estudio de “Atlantic Research Corporation” señala:

“No se pueden adelantar las transformaciones revolucionarias si las clases progresistas no toman el poder para lo cual es objetivo fundamental la derrota del imperialismo norteamericano. Abre un paréntesis en la vía para ascender al poder dejando abierta la posibilidad de que puede ser pacífica o armada, cruenta o incruenta, lo que depende de la agresividad con que actúe el enemigo. Por ello hace un llamado a dominar todas las formas de lucha, sean legales o ilegales, clandestinas o armadas, para repelerlo y derrotarlo en el terreno que las circunstancias las coloquen”

Con respecto a este evento, un estudio de inteligencia afirmó que su realización la motivó la fuerte presión de dirigentes medios y bajos propulsores de la lucha armada (CIA-1965, 1965). El mismo documento señala que el Secretario General del PCV, Gustavo Machado, aportó el discurso clave para moderar las resoluciones, al señalar que no estaban dadas las condiciones para lograr la salida del poder del Presidente Betancourt. La ambigua resolución de “derrotar las políticas del Presidente Betancourt”, explica el citado reporte de inteligencia, se diseñó con dos objetivos en mente: por un lado, apaciguar a los elementos del partido que favorecían la lucha armada, mientras que por otra parte se mantenía al PCV dentro de los límites de la legalidad, evitando su prohibición por parte del gobierno (CIA-1965, 1965).

La táctica de proclamar “el derrocamiento de las políticas” del régimen, daba suficiente flexibilidad para servir al propósito de los adherentes a la lucha armada, quienes subsecuentemente para justificar sus acciones violentas, declaraban que ellos solo estaban siguiendo los dictados de este III Congreso. Si bien se entiende que el PCV no quería quedar al margen de la ley, debe decirse que las resoluciones dejaban un amplio margen de discrecionalidad a sus cuadros y dirigentes y en especial a aquellos más fanatizados por el deseo de comenzar la lucha armada contra el gobierno. Estos efectivamente aprovecharon tal situación, como se describe a continuación.

Resulta que a mediados de ese año, algunos dirigentes del PCV, y en particular los más jóvenes, que bajo el influjo cubano presionaban para abrazar la estrategia de la lucha armada, ejecutaron algunas acciones para emprender los primeros focos guerrilleros en el país. Explican Linárez (2006), Peña (1978) y Gott (1970), que Douglas Bravo quien era uno de

los líderes de los grupos de choque de izquierda que se refirieron previamente, decidió organizar el apoyo para crear focos guerrilleros, tanto en las montañas de Turimiquire, al sur del estado Sucre, así como en las montañas del estado Lara. En tal empresa lo acompañaron otros dirigentes de su partido así como del MIR. Tal situación se explica por dos razones: en primer término por lo esgrimido previamente en cuanto a lo difuso de las resoluciones del III Congreso y en segundo lugar, porque la dirección del partido estaba “de facto” en las manos de los adherentes al camino violento para la toma del poder (CIA-1965, 1965).

Sucede que solo una parte de los dirigentes del PCV, evaluaban el panorama político nacional como favorable para derrocar rápidamente a Betancourt, ya que estimaban que el gobierno se encontraba muy débil. Mientras otro bando, entre quienes se encontraban líderes fundamentales de esa organización partidista como Gustavo Machado, Jesús Farías y Pedro Ortega Díaz, pensaba precisamente todo lo contrario. Analizando la postura de los adherentes a la lucha armada una estudiosa de esos acontecimientos explica:

“[consideraban] la situación del gobierno como precaria...Se concluye que el Gobierno estaba debilitado al extremo, ya que con un empujón podría derribarse. Esta conclusión condujo en forma oportunista a una táctica inmediateista, a jugarse el todo por el todo, a promover una táctica insurreccional que desgastó las fuerzas revolucionarias, a perder el ritmo de la conducción de las luchas y a sectorizar el movimiento. No se desarrolló un trabajo con el pueblo que permitiera darle organicidad al movimiento popular.” (Oliveros, 2012, 38)

Tal afirmación es consistente con lo que fue la actuación de los comunistas en cuanto a lo que se refiere a su estrategia insurreccional contra Betancourt en los años de 1961 y 1962, pero además también concuerda con lo expuesto en un documento incautado en los allanamientos que se realizaron a las sedes del PCV y las moradas de algunos de sus líderes por las fuerzas policiales del gobierno. Así en este escrito del PCV, transcrito por el gobierno venezolano en la “Memoria y Cuenta que el Ministro de Relaciones Interiores presenta al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1964” (en adelante MRI-1964) se realizaba una evaluación de la situación nacional para mediados de 1962, señalando que

se había desarrollado un plan insurgente en la búsqueda de una “rápida victoria” contra el gobierno de Betancourt, fundamentado en un período de violencia urbana en Caracas y otras ciudades del interior del país, que tenía por objetivo causar tanto la paralización del país como el “ablandamiento” del gobierno. (MRI-1964, 1964, 312). Estas acciones se llevaron a cabo conjuntamente con el MIR, explica el citado documento, quien como se ha relatado constantemente era el aliado fundamental de los pecevistas.

El documento explica que el plan insurgente consistía en primer término en la creación de grupos secretos de activistas en Caracas y otros centros urbanos, para que a continuación ejecutaran disturbios en esas localidades. Posteriormente el plan establecía el uso de brigadas de choque para desarrollar acciones terroristas, robos de bancos y asesinatos, estos grupos luego conocieron como “Unidades Tácticas de Combate” o UTC (García, 1977).

Es interesante señalar lo que comenta Héctor Pérez Marcano, quien posteriormente se convirtió en uno de los “jefes militares” del MIR, en cuanto a que su partido había “rechazado la política de subir a las montañas a iniciar la lucha guerrillera por una razón política: en rigor, estábamos bajo la influencia de la política del Partido Comunista que no era partidario de la guerra de guerrillas sino del putsch.”¹⁰ (Pérez Marcano y Sánchez 2007, 49). Pero además de las acciones que efectivamente se desarrollaron, tal como especifica el documento incautado, se sabe que además en paralelo el PCV realizaba el trabajo de infiltrar a las Fuerzas Armadas Nacionales, con la finalidad de provocar un levantamiento armado en contra de Betancourt (Garrido, 1999).

Continuando con el desarrollo de los acontecimientos del año 1961, relacionados directa o indirectamente con el tema de la insurgencia en Venezuela, se tiene que en abril ocurrió la invasión de Bahía de Cochinos, o Playa Girón, una operación militar en la que tropas de cubanos exiliados, apoyados por Estados Unidos de América, desembarcaron en la isla para crear una cabeza de playa e intentar crear una revuelta popular que derrocará al gobierno cubano. La invasión fue repelida por las fuerzas militares gubernamentales. Esta acción generó como una de sus consecuencia la radicalización del gobierno de La Habana, y en particular del aumento de los fusilamientos por juicios sumarios que éste había venido realizando (Velásquez et al, 1976). Se tiene que motivado a este accionar de Castro,

¹⁰ “Putsch” traduce literalmente como “golpe de estado”.

continuaron disminuyendo tanto las simpatías de la población criolla por la Revolución Cubana, así como el respeto por los comunistas venezolanos.

Al mostrarse el carácter autoritario de Fidel Castro, retratado, por ejemplo, en los señalados fusilamientos y en la masiva emigración ocasionada por sus políticas, causantes de la salida de Cuba de 56.000 refugiados políticos en 1959 y de 110.000 para finales de 1960 (Kapcia, 2008), una parte de la sociedad venezolana que apoyaba al proceso cubano había dejado de hacerlo y en particular integrantes de medios intelectuales y académicos. En el caso de los comunistas venezolanos, la situación de inestabilidad creada en algunas ciudades por sus acciones de protestas violentas, había generado una postura de rechazo en la ciudadanía, la cual se iba profundizando con el paso del tiempo, a medida que éstos desarrollaban el plan insurgente expuesto anteriormente. Como resultado de la pérdida de apoyo del PCV en la sociedad, el partido presenció una caída del veinticinco por ciento en su cifra de militantes, disminuyendo “desde su máximo pico de 40.000 miembros en 1958 a 30.000 en 1961.” (NIE 89-61, 1961, 6)

El gobierno de Betancourt, le solicitó al Presidente cubano el cese de los fusilamientos en masa a raíz del desembarco en Playa Girón, obteniendo de los antillanos una respuesta que fue considerada como injuriosa; tal situación llevó a Caracas, en noviembre, a romper las relaciones diplomáticas con Cuba, decisión que fue respaldada por Acción Democrática y COPEI, mientras que URD, el PCV y el MIR manifestaron su desacuerdo con tal medida (Velásquez et al, 1976). El rompimiento de relaciones con Cuba, derivó a su vez en el recrudecimiento de las protestas violentas en las calles de la capital y otras ciudades como Barquisimeto, Cumaná y Carúpano. En Caracas, las protestas alcanzaron los mismos niveles de ferocidad de las de 1960 lo que llevó al ejecutivo nacional a ordenar el día 30 de noviembre el allanamiento de veintitrés locales del PCV y del MIR.

Finalizando el año, explica Duarte (2005), tuvo lugar una segunda división de AD, en la que un grupo encabezado por Raúl Ramos Jiménez constituyó el llamado “Grupo ARS” y se enfrentó a los fundadores del partido representados por Raúl Leoni y Jesús Paz Galarraga. Esta escisión tuvo como principal consecuencia política la pérdida por parte del ejecutivo venezolano de la mayoría parlamentaria, ya que el grupo disidente conformó su propia fracción en el Congreso, la cual pasó a oponerse al gobierno.

En otro orden de ideas, es relevante anotar dos situaciones, que contribuyen a comprender la tensión existente entre Venezuela y Cuba. La primera de ellas comienza el 2 de diciembre de 1961, cuando en un mensaje televisado en cadena nacional, Fidel Castro anunció a Cuba que su revolución era marxista-leninista (Lievesley, 2004). Vista la actitud del gobierno de Cuba en cuanto a los hechos de Playa Girón y de la declaración marxista de Castro, algunos gobiernos del hemisferio, incluyendo el venezolano, plantearon la exclusión de Cuba de la OEA en su VIII Cumbre de Cancilleres, efectuada en enero de 1962, en Punta del Este, Uruguay, la cual fue votada favorablemente por la mayoría de sus miembros (Heydra, 2013). Así la OEA, explica Américo Martín, tomó la siguiente decisión: “El actual gobierno de Cuba, oficialmente identificado como marxista-leninista es incompatible con los principios y propósitos del Sistema Interamericano y esa circunstancia lo excluye del Sistema.”(Martín (2012, 80-81). La otra situación está relacionada con la visita del Presidente norteamericano John F. Kennedy a Venezuela.

El viaje de Kennedy buscaba afirmar los lazos de amistad y cooperación que se materializarían a través del programa “Alianza para el Progreso”, creado por el gobierno de los Estados Unidos, que tenía por objetivo ayudar al crecimiento económico de las naciones latinoamericanas, como una manera de alejar el fantasma comunista y revolucionario generado por el proceso cubano. Tal programa dedicó US\$ 20 mil millones para diversos proyectos de desarrollo en el continente (Brands, 2010). Posteriormente la cooperación de los norteamericanos hacia Venezuela también se materializó en el apoyo prestado a las Fuerzas Armadas Nacionales para combatir a las guerrillas comunistas por medio de entrenamiento contrainsurgente (Presutto, 1993). Al respecto, un especialista venezolano en cuestiones militares y de insurgencia, señala que “la principal medida para controlar y someter las amenazas al sistema democrático estuvo en el sentido ideológico y doctrinario que le fueron imprimiendo a las misiones militares en la lucha contra la insurgencia venezolana alzados en armas contra la democracia y la soberanía.” (Castillo, 2013, 46).

En noviembre de 1961, dentro de las actividades subversivas realizadas por el PCV, ocurre el secuestro de un avión comercial que tenía como objetivo lanzar volantes sobre la capital. Estos panfletos indicaban que se protestaba por “la suspensión indefinida de las garantías constitucionales por la dictadura personalista de Rómulo Betancourt” (Heydra, 2013, 99). En la obra de Peña (1979) Carlos Andrés Pérez, quien era el Ministro de Relaciones Exteriores

para ese momento, relata que mientras la aeronave sobrevolaba Caracas, él se encontraba reunido en su oficina de la esquina de Carmelitas con la cúpula del PCV, a saber, Gustavo Machado, Jesús Farías y Pedro Ortega Díaz, quienes debe recordarse eran contrarios a la lucha violenta contra el gobierno. Tal situación demuestra las severas diferencias existentes entre los miembros de la tendencia que pregona la “vía pacífica” y de aquellos quienes propulsaban la lucha violenta, las cuales se irían ampliando con el pasar del tiempo.

Entrando en los sucesos del año 1962, el PCV y sus aliados, continuaban con el desarrollo de la misma estrategia de 1961, en cuanto a efectuar revueltas callejeras mientras que las UTC realizaban acciones terroristas y de sabotaje, que incluían robos a bancos, secuestros, asesinatos de policías, quema de autobuses y automóviles oficiales, así como la colocación de bombas en instalaciones de oficinas y empresas transnacionales (Tarver, 2001 y Weitz, 1986). Los insurgentes habían proclamado “que asesinarían un policía diariamente” y si bien no cumplieron cabalmente su promesa cinco agentes fueron ejecutados (MRI-1964, 1964, 264). Tales acciones contribuyeron a aumentar el rechazo que la sociedad venezolana ya tenía hacia el PCV y el MIR. Además de estos acontecimientos, anotan Velásquez et al. (1976), el Ministro de la Defensa informó al Senado venezolano que se había descubierto en febrero un campamento guerrillero en Turimiquire, logrando capturar algunos elementos del grupo.

Como se había anotado previamente, algunos miembros del PCV y del MIR ya habían estado conformando focos guerrilleros entre finales de 1961 y principios de 1962. Así, se tiene que según Gott (1970) se habían establecido grupos armados en zonas rurales del Municipio Peña del estado Sucre, en la zona cercana a Santa Cruz de Bucaral en el estado Falcón, en “La Azulita” del estado Mérida y en la zona de “El Charal” en el estado Portuguesa. De igual forma en las regiones de Biscucuy y Cerro Azul del estado Yaracuy y de Vigirima en el estado Carabobo se habían formado estos focos. La confirmación de la ubicación de tales sitios viene dada por la información suministrada en los meses de marzo y abril por el gobierno venezolano en cuanto a su desmantelamiento, confiscación de armas y otros pertrechos, así como la detención y puesta en manos de los tribunales de decenas de sus miembros.

Así entonces los primeros intentos de consolidar focos guerrilleros resultaron en un rotundo fracaso. Al respecto Callanan (1969) expresa que el esfuerzo de la guerrilla rural fue un

desastre, ya que en la mayoría de los casos los guerrilleros no pertenecían a las áreas donde operaban, sino que más bien, eran estudiantes ciudadanos reclutados para este deber y no lograron obtener el apoyo de la población rural.

Pérez Marcano y Sánchez (2007) explican que realmente estos constituyeron “débiles focos aislados” y que estaban desconectados de las bases partidarias y tenían poco respaldo de los respectivos partidos; si, anotan estos autores, existían un trío de focos que contaban con cierta fortaleza, a saber, el grupo denominado “José Leonardo Chirinos”, liderado por Douglas Bravo en las montañas del estado Falcón, así como otro comandado por Argimiro Gabaldón en el estado Lara y finalmente el foco comandado por Lubén Petkoff en el estado Yaracuy. Según este último líder guerrillero, ellos buscaban replicar y quizás mejorar a la revolución cubana, completando el derrocamiento de Betancourt a finales de 1963, así entonces “finalizarían la revolución en menos tiempo de lo que tardaron Castro y Guevara para deponer a Batista en Cuba.” (Blanco, 1981, 111).

Ahora bien, es importante indicar que el gobierno nacional obtenía la información sobre la existencia de esos grupos de insurgentes gracias a los “datos que suministraban los campesinos a las autoridades locales” (Storm, 2012, 180-181 y Velásquez et al. 1976, 225). Tal situación comenzaba a revelar lo que se convirtió en una constante para la insurgencia armada venezolana en su lucha contra el gobierno: la falta de apoyo por parte de las poblaciones locales cercanas a los sitios donde los guerrilleros establecían sus campamentos, por lo que Teodoro Petkoff concluye que “las primeras bandas de guerrilleros fueron liquidadas por el gobierno con poco esfuerzo.” (Gall, 1972, 13).

Posteriormente, a mediados del año, se sucedieron dos fracasados alzamientos militares que ejecutaron grupos de oficiales de la Armada venezolana que habían sido reclutados para la causa insurgente por el PCV. Los sucesos conocidos, uno como el “Carupanazo”, ocurrido el 4 de mayo de 1962, y el otro como el “Porteñazo”, el 2 de junio del mismo año, trajeron un profundo cambio cualitativo en lo que a la organización insurgente se refiere, ya que según Tarver (2001) dieron razón al nacimiento de las que se conocieron como las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional” (FALN) y el “Frente de Liberación Nacional” (FLN).

El “Carupanazo”, explica Duarte (2013) se ejecutó bajo el comando del Capitán Jesús

Molina Villegas quien al mando de un grupo de cerca de 450 Infantes de Marina y otros oficiales de la Base Naval de Carúpano y del Batallón de Infantería N° 3, acantonados en esa ciudad del oriente venezolano, se alzaron en armas contra Betancourt. La rebelión fue controlada por tropas leales al gobierno en dos días. Se esperaba, explican Pérez Marcano y Sánchez (2007) que ésta fuera la chispa que iniciara el levantamiento de otros militares captados por la izquierda venezolana en distintas guarniciones militares, pero tal cosa no ocurrió. Señalan Velásquez et al (1976) que los militares rebeldes tuvieron la colaboración de militantes del MIR y el PCV y que cuando las fuerzas leales tomaron la ciudad arrestaron a los complotados y a numerosos civiles entre quienes se encontraba el diputado pecevista Eloy Torres.

El otro alzamiento, el “Porteñazo”, indican Velásquez et al (1976), también ocurrió en una base naval, esta vez en la de Puerto Cabello, y fue encabezado por los Capitanes de Navío Víctor Morales y Manuel Ponte. Igualmente en un lapso de dos días las tropas del gobierno controlaron la insurrección y detuvieron a los rebeldes en armas, así como a un grupo de civiles involucrados pertenecientes a los dos partidos de izquierda tantas veces mencionados. Explica Heydra (2013) que ambas rebeliones fueron respaldadas por la Dirección Nacional del PCV y por el Buró Político, tal como lo reconocieron los diputados comunistas Guillermo García Ponce y Eduardo Machado en el propio hemiciclo de la cámara baja del Congreso Nacional.

Pocos días después de la primera asonada, el gobierno suprimió nuevamente las garantías constitucionales y además “fueron suspendidos de sus funciones y se prohibieron todas las actividades del Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria.” (Velásquez et al, 1976, 227). Así comenzaba el corto camino hacia la completa ilegalización de ambos partidos, pero también la radicalización de sus acciones insurgentes.

Pero, además, en los meses finales del año 1962 ocurrieron un conjunto de eventos que socavaron las bases de la insurgencia en el país. El primero de ellos fue la decisión de Fabricio Ojeda de abandonar su curul en el Congreso Nacional para incorporarse a un foco guerrillero en el estado Lara. Al igual que muchos de sus compañeros, a los pocos meses de su entrada a la lucha armada fue detenido por las fuerzas policiales, después de que el

gobierno realizara un potente ataque contra su grupo (Peñaloza, 2007). Ojeda fue enjuiciado y perdió su inmunidad parlamentaria. La misma suerte, por cierto, tuvo el diputado Eloy Torres, que como se recordará fue capturado durante los hechos del “Carupanazo”. La captura de Ojeda representó un duro golpe para la izquierda venezolana, ya que se trataba de un personaje con una alta estima por la sociedad venezolana dada su importante participación en la lucha contra Pérez Jiménez.

El segundo hecho, que derivó en una tremenda pérdida para la popularidad de Fidel Castro y del encanto por la Revolución Cubana fue el conocido como la “Crisis de los Mísiles”. Como se sabe, este se convirtió en el momento más peligroso de la “Guerra Fría” (Brands, 2010), generado a raíz del descubrimiento, por parte de Estados Unidos en octubre de 1962, de bases soviéticas de misiles nucleares en el territorio cubano. Tal cuestión generó un importante impasse diplomático entre los EE.UU y la URSS, colocando al mundo al borde de una guerra nuclear. Finalmente, las armas soviéticas fueron desmanteladas, “sin ninguna consulta previa con Castro.” (Storm, 2012, 190). La tensión que generó esta crisis en el mundo entero derivó en una pérdida de simpatía por los comunistas en el ámbito nacional.

Finalmente, antes de entrar en el próximo epígrafe en donde se analizarán otros importantes acontecimientos ocurridos a finales del año 1962, comenzando con la creación de las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional” (FALN) y del “Frente de Liberación Nacional (FLN), debe explicarse lo diezmadas que se encontraban las fuerzas de la izquierda venezolana ante la potente arremetida del gobierno en los años de 1961 y 1962.

Resulta que si bien el PCV y el MIR desarrollaban continuamente disturbios y revueltas callejeras, las fuerzas policiales efectuaban durante su ejecución cientos de detenciones de miembros de ambos partidos y de sus simpatizantes, muchos de los cuales eran estudiantes universitarios. En el caso de las acciones terroristas, si bien era más dificultoso capturar a sus autores, en múltiples ocasiones las fuerzas de seguridad lograron abortarlas con la detención previa de los insurgentes. El total de detenidos entre los mencionados años se calcula alrededor de las 10.000 personas. (Peñaloza, 2012; Cortina, 2010 y Linárez, 2006).

Finalmente ya se mencionaron la cantidad de desmantelamientos de focos guerrilleros en el año 1962 que conllevaba a la detención de decenas de personas en cada oportunidad.

6. Las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional y el Frente de Liberación Nacional. La estrategia de boicotear las elecciones de 1963.

Si bien los alzamientos militares mencionados en la sección anterior demostraban que la izquierda venezolana había logrado infiltrar con éxito a las Fuerzas Armadas Nacionales, también ponían al relieve dos aspectos muy importantes. En primer lugar se verificaba que a lo interno de las mismas la mayoría apoyaba al gobierno democrático, por lo que ambas revueltas habían podido ser controladas y en segundo término que existía una notable falta de planificación y coordinación tanto en el PCV como en el MIR, evidenciado en su incapacidad para mover convenientemente a sus fichas a las localidades donde se realizaron las asonadas para apoyar a los militares insurrectos (Blanco, 1980). Además, y aún más dramático para su causa, está el hecho que ambos levantamientos debieron efectuarse de forma conjunta y no como ocurrieron de manera individual (Heydra, 2013 y Martin, 2012).

Se estima que las ideas expuestas en el párrafo anterior, parecieran ser las principales razones para la elaboración de un análisis interno de la estrategia seguida por el PCV, en donde se realizó una amplia evaluación de las actividades insurgentes de los últimos años, incluyendo las asonadas militares, dando origen al documento incautado a ese partido y que ha sido mencionado previamente en varias ocasiones.

Es así como en ese análisis se señala que: “Carúpano y Puerto Cabello son fruto de la ausencia de un plan estratégico político-militar coherente y vertebrado o que señale metas y fijase tareas a cada uno de nuestros destacamentos armados.” (MRI-1964, 1964, 313). El escrito argumenta la necesidad de crear un organismo político para unificar a los revolucionarios, incluyendo al PCV, MIR, sectores militares y los de izquierda de partidos legales. Por lo tanto propone “la creación de un organismo político central que comenzase por la unificación MIR-PCV.” (MRI-1964, 1964, 317). Continúa el documento explicando que: “Dicho organismo político tendría un brazo armado que unificase y dirigiese unitariamente todos los esfuerzos armados que hoy se hacen de manera dispersa.” (MRI-1964, 1964, 317).

Otro aspecto relevante de esta publicación viene dado por la evaluación realizada que determina dar preferencia a la lucha prolongada por medio de la guerra de guerrillas sobre la búsqueda de la victoria rápida con la insurgencia urbana. El texto indica que “solo mediante

la guerra de guerrillas puede darse cuerpo al ejército popular capaz de derrotar luego en batallas decisivas al ejército oligárquico-imperialista. El proceso de la lucha irá transformando los pequeños destacamentos en cuerpos de ejército regular aptos para librar una guerra regular y capaces de librar batallas decisivas.” (MRI-1964, 1964, 321). Continúa el escrito estableciendo que “es esta la razón que abona a favor de las guerrillas rurales contra las urbanas” no obstante declara que “esto no comporta, desde luego, la liquidación de las UTC.” (MRI-1964, 1964, 321). El documento concluye con un breve análisis de la actuación del PCV y señala que: “En nuestro partido existe hoy un núcleo completamente ganado para la lucha armada y un sector que no comprende las razones de ésta y vacila ante ella.” (MRI-1964, 1964, 323).

Así entonces, una vez más, se nota la tensión entre las dos posiciones existente en el PCV, esto es, entre los propulsores de la “vía pacífica” y los seguidores de la lucha armada, quienes aparentemente, además, tampoco estaban totalmente claros en la estrategia que debían seguir en su lucha contra el gobierno de Betancourt. Tal cuestión se verifica por lo señalado por Teodoro Petkoff, miembro del Comité Central del PCV y adherente de la lucha armada, cuando refiriéndose a la estrategia seguida por el PCV para la fecha señaló: “Yo expresé la opinión que las sangrientas insurrecciones navales en Carúpano y Puerto Cabello fueron aventuras irresponsables y la lucha armada estaba siendo implementada con graves excesos de militarismo, anarquía y terrorismo.” (Gall, 1972, 11)

Ahora bien, el desarrollo de los acontecimientos ocurridos entre finales del año 1962 y el año 1963, demuestra que las recomendaciones expuestas en el citado documento fueron acogidas solo de manera parcial por el PCV. Es así como las fuerzas de la izquierda, esto es el PCV y el MIR, aliadas con un grupo de los militares insurrectos de Carúpano y Puerto Cabello, entre otros, pasan a conformar las FALN y el FLN, pero, como se verá posteriormente, los insurgentes continuarán con la estrategia de la “victoria rápida” con el objetivo de derrocar a Betancourt y utilizarán a las UTC como principal herramienta para esta empresa. Así entonces, apartarán a un segundo plano a los focos guerrilleros, navegando en contra de la recomendación de abrazar una guerra prolongada de guerrillas en las zonas rurales del país.

Sucede que a pesar del aparente revés de la izquierda con su estrategia del “putsch”, si se interpretan las palabras del diputado Eduardo Machado, se concluye que los comunistas más

bien se sintieron fortalecidos por las asonadas militares y tenían la seguridad de que era sólo cuestión de tiempo antes de que más elementos de las Fuerzas Armadas venezolanas se unieran a las clases populares para lograr la promesa de la revolución de 1958 (Storm, 2012). Si bien la izquierda venezolana estaba bajo el influjo de Fidel Castro, contradictoriamente su decisión de apostar por la insurgencia urbana estaba en contracorriente con lo señalado por éste en la II Declaración de la Habana, en donde daba primacía a los focos guerrilleros rurales. Se tiene que a principios del año el líder cubano “postula agresivamente la lucha armada... junto con la teoría de que esa lucha debe iniciarse ahora mismo a partir de un pequeño foco de revolucionarios... La Segunda Declaración estaba asomando el compromiso cubano de poner la plenitud de su influencia y ayuda militar a los grupos decididos a enmontañarse para abrir focos guerrilleros.” (Martin, 2012, 112-113).

En conclusión, a pesar de las severas derrotas que los comunistas tuvieron tanto en la insurgencia urbana, los focos guerrilleros así como en las insurrecciones militares, el PCV decidió continuar con la estrategia de la lucha violenta, en contra de la opinión de varios de sus líderes fundamentales propulsores de la “vía pacífica”. Tal situación se confirma cuando en el V Pleno realizado por ese partido en diciembre de 1962 decide, ahora sí formalmente, emprender el camino de la lucha armada como el método para intentar alcanzar el poder (Gott, 1970), pero de nuevo colocando todo el peso en la insurgencia urbana.

Así, entonces, en el segundo semestre del año 1962, la izquierda intenta crear un aparato de coordinación entre los diversos grupos en armas, que bien ya existían o que se formaron después de las asonadas militares solo para integrarse en dicho mecanismo. De esta forma se crean las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional”, que según Gott (1970) estaban conformadas por el “Movimiento 4 de Mayo”, el “Movimiento 2 de Junio”, la “Unión Cívica Militar”, el “Frente Guerrillero Libertador”, el “Frente Nacional Guerrillero” y las “Unidades Tácticas de Combate” (UTC). Al mismo tiempo, este conglomerado de carácter militar se debía someter a una plataforma de dirección política, el “Frente de Liberación Nacional”, el cual sería el encargado de formular la estrategia general, así como las tácticas a emplear. En función de algunos manifiestos dados a conocer por el FLN tanto Gott (1970) como Tarver (2001) concluyen que esta estructura estaba fuertemente influenciada por el PCV, si bien en sus escritos manifestaban que eran una plataforma plural y no “una organización comunista.” (Gott, 1970, 139).

Como ya se esbozó, la izquierda venezolana, ahora agrupada en las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional” y el “Frente de Liberación Nacional” (en adelante, FALN/FLN) decidió seguir de nuevo un programa para la “victoria rápida” porque “sentían que una guerra prolongada le daría la oportunidad a Betancourt de transferir el poder a un sucesor electo.” (Tarver, 2001, 184).

Del análisis de la literatura, se concluye que realmente para ese momento existía un amplio consenso entre los líderes insurgentes de Venezuela, en el sentido que si el gobierno lograba realizar las elecciones programadas para diciembre de 1963 sus oportunidades para tomar el poder por la vía armada se reducirían notablemente. (Martín, 2013; Márquez, 2012; Pérez Marcano y Sánchez, 2007; Blanco, 1981 y Blanco, 1980). Por tal razón, la izquierda buscaba crear un tremendo estado de conmoción ciudadana que bien obligara a Betancourt a implantar un régimen dictatorial, echando por la borda el experimento democrático recién iniciado, o bien generará la percepción en el liderazgo de las Fuerzas Armadas la incapacidad de Betancourt para controlar al país y decidieran derrocarlo. Los insurgentes calculaban que estos escenarios los acercaba más al poder y en particular si la asonada militar provenía de la oficialidad captada por la izquierda y que se mantenía en las sombras.

Lo expuesto anteriormente se verificó a mediados de septiembre de 1962, cuando el Ministerio de Relaciones Interiores de Venezuela anunció la detención del diputado del PCV, Eduardo Machado a quien le incautaron documentos que incriminaban a su partido y al MIR en acciones insurgentes. A Machado se le halló correspondencia entre él y otros activistas de izquierda, donde discutían la necesidad de sembrar el desorden en el país para evitar la celebración de las elecciones de 1963. Las comunicaciones además enumeraban las locaciones que serían objeto de sabotaje y los métodos para su destrucción. (El Nacional, 13 de setiembre de 1962, 20). Los mensajes que portaba Machado no eran más que los planes que se enmarcaban dentro de la estrategia denominada de “abstención militante”, en donde según Martín (2013) abstenerse no significaba quedarse en su casa mirando el espectáculo a través de la televisión o desde la lejana tribuna sino sabotear las elecciones.

Es así entonces con la estrategia definida, las FALN comenzaron a ejecutar entre finales del año 1962 y durante todo el año 1963, una serie de atentados terroristas y de sabotaje contra objetivos fundamentalmente de origen transnacional, así como también un conjunto de

acciones delincuenciales que tenían un objetivo netamente propagandístico, como por ejemplo la toma de emisoras de radios, secuestros de personalidades y en especial de personal de la embajada de los Estados Unidos en Venezuela. De igual forma los focos guerrilleros realizaron en el interior del país unas pocas operaciones contra objetivos gubernamentales, ya que según Storm (2012) tuvieron que soportar una tremenda ofensiva militar en su contra.

Las acciones que llevaron las FALN y en particular por las UTC, en cuanto a los atentados terroristas cometidos durante el año de 1963 fueron realmente importantes. Un estudioso del tema, contabilizó un total de 1234 acciones terroristas y de sabotaje, solo en las áreas urbanas del país, de las cuales dos terceras partes se ejecutaron entre setiembre y diciembre de ese año (Callanan, 1969, 52). A modo de ejemplo, citando a Storm (2012), pueden mencionarse el sabotaje a las instalaciones petroleras de la Creole Petroleum Corporation y Mene Grande en el interior del país, los incendios causados a los almacenes de las empresas “Good Year” y “Sears”, la destrucción de los transmisores de Radio Tropical y un incendio provocado en el estacionamiento del Ministerio de Interior. Un listado más amplio de tales acciones se encuentra en el trabajo de Atlantic Research Corporation (ARC, 1970, 65-69).

El día 29 de setiembre de 1963, un grupo de quince hombre armados de las FALN ejecutaron un asalto a un transporte turístico conocido como el “Tren de El Encanto”, en la ciudad de Los Teques, Estado Miranda, donde acribillaron cinco Guardias Nacionales, y resultaron heridos dos niños y ocho mujeres, ante la mirada atónita del resto de los cerca de quinientos pasajeros. Los elementos de las FALN dispararon contra los militares cuando el tren entró a un túnel oscuro, creando una situación de confusión y terror. Los subversivos vocearon y pintaron consignas alusivas a las FALN y proclamaban que ejecutaban la “Operación Italo Sardi”, sin embargo en muchas de las pintas escribían que se trataba de la “Operación Olga Luzardo” (El Nacional, 30 de setiembre de 1962, 1).

Explica Heydra (2013) que dos días después, Gustavo Machado del PCV y Domingo Alberto Rangel del MIR suscribieron un comunicado de prensa en el cual a título personal repudiaban esa acción y eximían de culpa a sus partidos. Sin embargo, el gobierno que no había logrado ilegalizar a estos partidos –solo estaban suspendidos y sus diputados gozaban de inmunidad parlamentaria- había tomado la decisión de impulsar mecanismos estatales para prohibirlos. Es así como el 30 de setiembre, el Ministro de la Defensa solicitó a un juez militar que

iniciara un litigio contra un grupo de diputados y senadores, siendo acusados de rebelión militar. Así que el mismo día que apareció el comunicado de prensa de los mencionados diputados ya habían comenzado las detenciones de los congresistas, resultando aprehendidos entre esa fecha y finales del año los hermanos Gustavo y Eduardo Machado, Jesús María Casal, Jesús Villavicencio, Simón Sáez Mérida, Pedro Ortega Díaz, Guillermo García Ponce, Pompeyo Márquez y Domingo Alberto Rangel.

Según lo escrito por Storm (2012) la ciudadanía estaba conmocionada por estos hechos, pero además, al mismo tiempo, el gobierno comenzó una inteligente campaña mediática destinada a ganarse aún más el favor de la opinión pública, los diarios y la televisión se vieron inundados de avisos en los que se llamaba a luchar contra el terrorismo “viniera de donde viniera”. Todos empezaban con la frase: “Venezuela dice NO a los terroristas”. Una semana después del asalto al tren de “El Encanto”, el presidente Betancourt apareció ante las cámaras de televisión para un discurso, entre lo que dijo puede destacarse lo siguiente:

“han sido fría y cobardemente asesinados cinco miembros de la Guardia Nacional y heridos mujeres y niños en el tren que semanalmente lleva a personas de Caracas a pasar el fin de semana en Los Teques. Fue un asesinato insólito y extraño a toda la historia política del país... Los victimarios pintaron consignas alardosamente retadoras, indicando que ese asesinato cobarde lo había realizado el partido comunista. En Venezuela la lucha contra los terroristas ha entrado en una etapa definitiva, el gobierno no dará ni pedirá cuartel”.

Como se ha mencionado, antes de este suceso la ciudadanía había venido dándole la espalda a los izquierdistas, sobre todo desde que masificaron y convirtieron en violentas las protestas callejeras de finales del año 1960. Tal reacción se intensificó desde que empezaron a utilizar la táctica de atentados terroristas con los que azotaban algunas localidades del país y en especial a Caracas. Pero el ataque realizado por las FALN al tren recreacional, sencillamente, si se permite una frase coloquial, fue la gota que derramó el vaso. Un autor resume lo antes expuesto en la idea siguiente: “el ataque al tren decisivamente colocó a la opinión pública contra la extrema izquierda” (Storm, 2012, 206). El análisis que sobre este hecho realiza un

dirigente medio del PCV es concluyente sobre los efectos negativos de tal acción para la causa revolucionaria. Señala este autor: “fue un mensaje para el país, tanto como decirles: somos criminales y estamos dispuestos a matar por nada. De las filas revolucionarias salió un acto terrorista, quizás el peor de la época, y el terrorismo lo paga muy caro el movimiento revolucionario.” (Ríos, 2013, 242).

Así entonces, este fue un garrafal error de la izquierda venezolana que se sumaba a otras decisiones desacertadas que tuvieron como efecto que la mayoría de la sociedad venezolana le diera la espalda a su proyecto político. Un análisis integral de la situación en que se encontraba para esos momentos la izquierda venezolana, la realiza el historiador Ramón J. Velázquez quien expresa:

“El Partido Comunista de Venezuela y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria -y el FALN- dedicados a la lucha armada... se han ido quedando aislados dentro del país como grupos de acción violenta y han perdido el sentido de la lucha de masas que caracterizó siempre a las organizaciones políticas que se proclaman marxistas. Han abandonado completamente a las centrales obreras y a los sindicatos, así como a las demás zonas de influencia gremial que habían logrado penetrar en una paciente tarea de muchos años y la guerrilla campesina en un país petrolero no logra conmover los cimientos del gobierno ni alterar el ritmo de la vida diaria. Indudablemente que la influencia de la Revolución Cubana determinó este profundo cambio de actitud pues la empresa parecía fácil de copiar en Venezuela... Sin pensar que en Venezuela iban a enfrentarse a un gobierno de origen constitucional, recientemente elegido, apoyado por dos partidos populares cuyas bases esenciales estaban en los pueblos y en las aldeas y que esos dos partidos contaban así mismo con el respaldo activo de las fuerzas sindicales vinculadas desde el origen de sus organizaciones a los hombres que dirigían el régimen. Por lo demás el campesinado estaba vinculado a los dos partidos de gobierno y ahora recibía atención preferente traducido en el reparto de parcelas, en la entrega de créditos y en la

construcción de viviendas.” (Velásquez et al, 1976, 234).

A este análisis, también hay que añadirle que la situación económica del país comenzaba a mejorar, derivado del aumento de los precios del petróleo, y de las inversiones realizadas con los fondos proveniente del programa “Alianza para el Progreso”, reduciéndose el nivel de desempleo encontrado por Betancourt en el año 1959. Igualmente, los guerrilleros no obtenían el apoyo de la población rural donde establecían los focos. La situación de la insurgencia venezolana era pues bastante delicada, pero buena parte de sus líderes no observaba tal situación; tal estado, sí, comenzaría a cambiar después del tremendo rechazo que generó en la sociedad venezolana el atentado del tren de “El Encanto”.

El atentado al tren recreacional, produjo conflictos tanto a lo interno de las organizaciones izquierdistas así como entre ellas. Si bien se había establecido el FLN, que teóricamente era el factor de decisión política de las acciones que ejecutaba las FALN y el cual estaba dirigido por “el triunvirato integrado por Pompeyo Márquez, representando al PCV, Simón Sáez Mérida al MIR y José Herrera Oropeza a URD” (Heydra, 2013, 135), los líderes insurgentes se recriminaban mutuamente por la acción, ya que esta no había sido aprobada por tal instancia (Heydra, 2013 y Martín, 2012). A lo interno del PCV la situación conllevó a disputas más fuertes, ya que fueron sus fichas quienes ejecutaron el atentado (Heydra, 2013). Los líderes comunistas acusaron y censuraron a Guillermo García Ponce, jefe de su aparato militar, ya que la acción no fue consultada ni aprobada por el Buró Político pecevista. (Heydra, 2013).

Si bien en teoría, entonces, el mecanismo de coordinación de las FALN/FLN se presentaba como una necesidad de la izquierda para avanzar en el camino revolucionario, en la práctica no había tenido los resultados esperados, ya que se ejecutaban acciones terroristas, de sabotaje y propagandísticas sin estar enmarcadas dentro de un plan coherente con objetivos claramente definidos y sin autorización del liderazgo político de los insurgentes. En otras palabras la cohesión organizacional de los insurgentes presentaba serias grietas las cuales nunca fueron subsanadas.

Realmente, al analizar las palabras de Moisés Moleiro y Américo Martín, dos de los principales líderes del MIR para esa época, en una entrevista realizada después de finalizada la

lucha armada, se desprende que realmente las FALN/FLN jamás operaron como un cuerpo integrado. Con respecto al FLN, Moleiro dice que “esa dirección política nunca funcionó” (Blanco, 1981, 265), mientras que las FALN efectivamente consistían en dos estructuras militares paralelas, esto es, según explica Américo Martín, tanto el Partido Comunista como el MIR “tenían sus propias FALN.” (Blanco, 1981, 326). Moleiro, refiriéndose a los aparatos militares de cada organización política, señala que eran “grupos que funcionaban con cierto grado de competencia y emulación.” (Blanco, 1981, 264-265). De tales afirmaciones, se desprende que cada partido ejecutaba las acciones violentas sin ninguna clase de coordinación entre ellos y sin la autorización del FLN.

Moleiro señala que a partir de 1962 empezó a aparecer en el PCV “un cierto fenómeno de molestia y como de celo en relación con el MIR.” (Blanco, 1981, 265). Tal actitud, piensa Moleiro, nacía del temor del PCV de perder la oportunidad de hacer la revolución, tal como sucedió en Cuba con el Partido Comunista local (Blanco, 1981). Es muy importante, lo expuesto por este líder político en cuanto al inexistente grado de coordinación político-militar entre esas organizaciones. Moleiro indica que “efectivamente el divorcio existía entre el aparato militar y el político”, pero tal cuestión estaba más acentuada en el PCV, “en donde una parte de la dirección estaba opuesta a la lucha armada y de hecho estaba en una especie de huelga y había el sector que estaba a favor de ella” (Blanco, 1981, 266-267).

A pesar del tremendo daño sufrido por la izquierda dentro la opinión pública como consecuencia de la aplicación de su política de “abstención militante”, el encarcelamiento de sus líderes derivó como “represalia” más ataques terroristas (Storm, 2012, 202). Si bien algunas de las acciones terroristas ejecutadas a lo largo de 1963 tenían ribetes de espectacularidad y eran ampliamente comentadas por la prensa y la ciudadanía, las mismas desde un punto de vista político, solo lograron el efecto contrario al deseado y el gobierno si bien con amplias medidas de seguridad, logró realizar las elecciones de diciembre tal como estaban pautadas.

En estas elecciones, explican Velázquez et al (1976), AD participó con dos tarjetas, la propia tarjeta blanca, denominada AD-Oposición, con la que se votaba al líder del grupo que se separó a finales de 1962, Raúl Ramos Giménez y una tarjeta negra, para el candidato Raúl Leoni, de la facción que se mantuvo en el gobierno. Los dos grupos no habían logrado

acordar cual se quedaba con los símbolos del partido y concertaron ese mecanismo, en el entendido que quien obtuviera más votos se apropiaría de los mismos. El primero de diciembre, en una contienda con siete candidatos presidenciales, Raúl Leoni, resultó el ganador con el 32,7 por ciento de los votos, quedando en el segundo lugar Rafael Caldera de COPEI, con el 20,8 por ciento de los sufragios y en el tercer lugar, con el apoyo de URD, Jóvito Villalba con el 17,5 por ciento del favor popular. El candidato de AD-Oposición solo obtuvo el 2,3 por ciento de los votos, por lo que quedaba demostrado que el apoyo popular estaba con la vieja dirigencia del partido.¹¹

Un aspecto importante de este proceso comicial, resalta Ríos (2013) fue el grado de participación ubicado en casi el 93 por ciento del padrón electoral, con lo cual quedaba demostrado el débil apoyo que tenían las fuerzas de izquierda quienes habían llamado a la abstención. Así entonces, la realización de las elecciones y el alto nivel de concurrencia de la sociedad venezolana significó una doble derrota para los insurgentes, ya que no evitaron que se realizaran los comicios y la población le dio la espalda a su propuesta abstencionista. Tales reveses derivaron en importantes consecuencias negativas para la unidad de la izquierda venezolana en su proyecto revolucionario, tal como se analizará en el siguiente epígrafe.

¹¹ Además de la elección del Presidente en este proceso comicial también se eligieron los representantes al Congreso Nacional. Acción Democrática obtuvo 66 diputados y 22 senadores; COPEI, 39 diputados y 8 senadores; URD un total de 29 diputados y 7 senadores; IPFN, partido que postuló para Presidente a Arturo Uslar Pietri, 22 diputados y 5 senadores; el FDP, postulante de Wolfgang Larrazábal, ganó 16 diputaciones y 4 senadurías y finalmente AD-Oposición, obtuvo solo 5 diputados y 1 senador.

7. La Estrategia de la lucha prolongada: Las contradicciones del PCV. La injerencia cubana en la lucha armada venezolana.

Luego del fracaso de la insurrección urbana en impedir la realización de las elecciones de diciembre de 1963, la izquierda venezolana entró en un proceso de reflexión sobre cuáles serían los próximos pasos a seguir en su intento revolucionario. La primera acción que realizaron consistió en declarar una tregua unilateral de las FALN (Blanco, 1981). Es en este momento, cuando el principal líder del MIR, Domingo Alberto Rangel, desde la prisión donde se encontraba como consecuencia del atentado contra el tren de “El Encanto”, elaboró un documento de análisis político, que sentenciaba que la insurrección armada estaba derrotada y recomendó iniciar una tregua con el gobierno para regresar a la legalidad “con el fin de restablecer la conexión orgánica con el país.” (Rangel, 2003, 214). Tal postura contó con el respaldo de todos los parlamentarios de esa tola política - presos junto con Rangel- con la excepción de Simón Sáez Mérida (Blanco, 1981).

Empezaban así las grandes diferencias de criterio entre las principales figuras de la izquierda venezolana que terminarían por sepultar los intentos revolucionarios. La decisión del MIR, explica Martín (2013), fue tomar distancia del foquismo fidelista y moverse hacia la versión de guerra de guerrillas prolongada de corte asiático. Así, el propio enero de 1964, este partido tomó la determinación de adoptar la lucha prolongada, en contra de la opinión de su líder principal de retornar a la “vía pacífica”, a quien por tal análisis lo catalogaron de divisionista. Tal decisión derivó como consecuencia la salida del partido de Rangel, quien era su Secretario General, así como de los co-partidarios que apoyaron su postura.

A mediados del año 1964, después que la dirección del MIR adoptara la decisión de abrazar la “lucha prolongada”, este partido comisionó a Américo Martín para que viajara a La Habana “con el fin de reparar entuertos en Cuba y explicar pormenores de nuestra reunión de enero.” (Martín, 2013, 148). Si bien Martín no explica cuáles eran los entuertos a solucionar, si se conoce que el viaje tenía como objetivo hablar directamente con Fidel Castro. Del relato de Martín sobre su encuentro con éste, se infiere que su partido buscaba obtener de Castro un trato preferencial sobre el PCV, el cual contaba con la mayor simpatía del líder cubano. El otro representante del MIR en la reunión, acota que se perseguía que Castro dividiera el aporte financiero que suministraba a la insurgencia venezolana, a lo cual este accedió, decidiendo otorgar el sesenta por ciento para el PCV y el restante cuarenta por ciento para su

organización. (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 70).

Según el representante del MIR en La Habana todo el aporte financiero de Cuba “se iba exclusivamente a las arcas del PCV” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 89), al descentralizar tal contribución se demuestra la división y desconfianza existentes entre los dos partidos. Con tal acción se dispersaban los recursos que obtenían los insurgentes criollos del gobierno cubano, por lo que no se entiende porque Fidel Castro accedió a la petición ya que propiciaba o magnificaba la falta de unidad en la lucha insurgente, aún más si existía un organismo de coordinación política como el FLN. En realidad, tal como lo comenta Domingo Alberto Rangel, su compañero de partido había viajado varias veces a La Habana para presentarse “como el verdadero hombre de izquierda” (Rangel, 2003, 209). Tal actitud supone que el MIR, desde hace tiempo intentaba lograr que Fidel Castro volcara su apoyo a ese partido por encima del PCV, socavando las bases de la unidad insurgente venezolana.

Retomando la cuestión de los análisis de la izquierda sobre la estrategia que seguirían en el futuro, se tiene que en el PCV las diferencias de criterio eran del mismo tenor, pero la rígida disciplina partidista se impuso sin causar daños aparentes en la unidad de la organización. Por ejemplo, algunos de los propulsores de la lucha armada como Pompeyo Márquez, desde tiempo atrás habían comenzado a cambiar de opinión sobre las bondades de tal estrategia, por lo que realizaron conversaciones con URD y su candidato Jóvito Villalba con la finalidad de evaluar la posibilidad de darle apoyo electoral en diciembre de 1963, proyecto que no prosperó (Márquez, 2011). Finalmente, los pecevistas tomaron una decisión similar a la del MIR. Teodoro Petkoff, dirigente de esa organización política explica que: “comenzamos después de nuestra derrota [de 1963] y nuestro creciente aislamiento a teorizar sobre la ‘guerra prolongada’ y cambiar el campo de acción de nuestra guerrilla al campo.” (Gall, 1973, 5). Sigue Petkoff argumentando que ellos se intoxicaron leyendo literatura guerrillera Maoísta, Vietnamesa y Cubana, sobre guerra en el campo y la montaña y sobre la creación de un Ejército del Pueblo de campesinos en las áreas rurales, pero sin realizar ningún tipo de crítica o análisis sobre la conveniencia de aplicar esos preceptos en el país (Gall, 1973).

Lo mencionado por Petkoff, se contradice con el análisis que realiza el PCV para mediados de 1962 y que se presenta en el documento incautado a este partido por el gobierno venezolano que se ha mencionado varias veces y que aparece en la Memoria y Cuenta del Ministro del

Interior del año 1963. Tal análisis recomendaba para esa fecha adoptar la lucha prolongada, mientras que Petkoff argumenta que esto apenas se comenzó a estudiar desde diciembre de 1963.

Es así como en abril de 1964, el PCV efectúa su VI reunión plenaria en donde decide abrazar la estrategia de la guerra prolongada como medio revolucionario para tomar el poder (Márquez, 2011 y Gall, 1973). Comenta Petkoff que hubo poco disenso en la estrategia a seguir y aún uno de los máximos líderes comunista como Eduardo Machado, quien como se ha comentado en varias oportunidades era partidario de la “vía pacífica”, se manifestaba “como muy pro-chino en esos días.” (Gall, 1973, 5). La situación expuesta por Petkoff sobre Eduardo Machado demuestra la volatilidad de las decisiones de algunos de los principales miembros de la dirigencia comunista, así como ejemplifica las contradicciones sobre la estrategia a seguir a lo largo de la lucha insurgente.

Como se ha visto hasta el momento, los comunistas transitaron en poco más de tres años a implementar cuatro distintas estrategias en su empeño de lograr un cambio revolucionario en Venezuela. Así, de una estrategia de corte bolchevique con la utilización de revueltas callejeras utilizada a fines de 1960 y parte de 1961, pasaron ese último año a la búsqueda de la “victoria rápida”, empleando una mezcla de revueltas, actos terroristas y la conformación de improvisados focos guerrilleros, resultando en un fracaso en ambos casos. Posteriormente, los comunistas se decantaron por intentar desalojar del poder a Betancourt a través de dos asonadas militares lideradas por oficiales de la Armada, que fueron captados para la causa insurgente. Seguidamente crearon junto con los miristas las FALN y el FLN, en un intento de coordinar las acciones armadas con los objetivos políticos. Con la conformación de este mecanismo, los comunistas apostaron por la estrategia de impedir las elecciones con la utilización de acciones terroristas, pero al igual que en los otros casos no lograron conseguir tal objetivo.

Ahora resultaba que contradictoriamente el PCV, en tan solo un poco más de un año, pasaba del inmediatismo de la estrategia de la búsqueda de la “victoria rápida”, a la estrategia de guerra de guerrillas prolongada, en donde según la opinión de Luben Petkoff dirigente pecevista y comandante guerrillero “no importaba si tardábamos 20 o 30 años para lograr la revolución” (Blanco, 1981, 87). Pero, además, la dirigencia comunista venezolana, fiel a su

estilo de los últimos años de emanar resoluciones que se prestaban a amplias interpretaciones, complementaba tal decisión con un llamado a utilizar otros métodos de lucha.

Es así entonces como la principal resolución del VI Pleno del PCV, especificaba que la lucha armada era la única vía para derrotar al relativamente fuerte y estable gobierno central, pero también señalaba que “no podían crear un ‘gobierno patriótico’ sin utilizar la ‘vía pacífica’ para asegurar el apoyo de las masas.” (Storm, 2012, 225). Sobre este aspecto, Douglas Bravo señaló que la reunión no sirvió para unificar al movimiento ya que las resoluciones “se prestaban a diferentes interpretaciones.” (Peña, 1978, 106). Es conveniente señalar que comentando ese momento histórico Linárez (2006) afirma que desde ese instante Douglas Bravo promovió la división del PCV.

Pero además de las divisiones y contradicciones en la izquierda venezolana, en realidad sus pérdidas eran mayores a las descritas. Resulta que como parte de la estrategia de impedir las elecciones de diciembre, las FALN habían ideado un plan junto con Fidel Castro para dotar a los insurgentes venezolanos con armamento pesado, para ejecutar acciones militares de mayor envergadura contra tropas del gobierno, unos días antes de los comicios electorales. El plan subversivo había sido denominado como el “Plan Caracas”. (Linárez, 2006, 72). A su vez, explica Pompeyo Márquez, la acción que recibió el nombre clave de “Operación Caimán”, tenía por objetivo introducir las armas necesarias para tal acción por las costas del Estado Sucre. Este movimiento fue coordinado desde Cuba por el dirigente del PCV Rafael Elinio Martínez junto con otros miembros de ese partido, pero no era del conocimiento del Buro Político Comunista. (Martínez, 2013, 11).

La “Operación Caimán” no pudo llevarse a cabo en la fecha inicialmente prevista, que era a comienzos de octubre, ya que estando cerca de las costas venezolanas decidieron abortarla (Martínez, 2013). Tres semanas después, sin el conocimiento de Martínez ni de quienes lo acompañaban en la misión dentro del PCV, las armas entraron al país, pero fueron enterradas en las costas de Paraguaná, Estado Falcón, ya que no pudieron entregarse en las manos de sus receptores. Finalmente los pertrechos militares, que consistían en tres toneladas de armas pesadas de distinto tipo, fueron encontradas por la Guardia Nacional, generando otro revés para la causa insurgente. (El Nacional, 3 de noviembre de 1963, A1). El descubrimiento de las armas, además que abortó la ejecución del “Plan Caracas”, derivó consecuencias negativas

para el gobierno cubano en el ámbito internacional, ya que al rastrear su origen se confirmó que pertenecían al gobierno de La Habana.

Un aspecto importante de este episodio viene dado por la falta de coordinación entre los aparatos políticos y militares de la izquierda como un todo, esto es las FALN/FLN así como del PCV, lo que evidencia la falta de cohesión interna en esta organización política. Otro elemento relevante de este fallido intento de soporte logístico de La Habana, viene dado por la confirmación de la injerencia cubana en los asuntos internos del país. Así, ahora, no quedaba la menor duda sobre el apoyo material que prestaba Fidel Castro a los insurgentes venezolanos, con las implicancias que ello representaba. Basta decir que a finales de julio de 1964 Cuba fue condenada por la OEA y se aprobó el cese obligatorio de las relaciones comerciales y diplomáticas con La Habana. De igual manera se advirtió a Cuba que una futura agresión pudiera generar una acción colectiva que podía incluir el uso de medios militares.¹²

Sobre el asunto la injerencia cubana en los asuntos del país, el gobierno nacional contaba solo con evidencia circunstancial o muy débil como para afirmar categóricamente que Fidel Castro apoyaba materialmente a los insurgentes venezolanos. El Ministro de la Defensa de Betancourt en una comparecencia ante el senado en el año de 1963, declaró que si bien no tenía las pruebas para demostrar el soporte material de Cuba a los subversivos, estaba seguro que tal apoyo existía (ARC, 1970). Pero por otro lado, Castro había mostrado su irrestricto apoyo moral a los insurgentes criollos, tal apoyo se constataba en sus discursos, en las emisiones de “Radio La Habana”, así como en medios escritos de la isla (Peñaloza, 2012 y Tarver, 2001).

Como se señaló anteriormente, era copiosa la cantidad de personas que viajaban a La Habana para asistir a conferencias, reuniones de solidaridad, etc. y se sospechaba que decenas de ellas realmente iban con la finalidad de recibir entrenamiento en técnicas de guerrilla, propaganda, sabotaje, etc., para después aplicarlas en los diversos focos subversivos o en las UTC a su

¹² En este episodio el gobierno de Venezuela conjuntamente con los Estados Unidos de América barajaron varias opciones de solicitud de sanciones políticas, económicas y aún militares por parte de la OEA contra Cuba. Fue un proceso realmente interesante y complejo de manejo de las Relaciones Internacionales en el contexto de la Guerra Fría, que por razones de espacio e ir más allá de los objetivos de esta investigación no se presentan ni analizan en el escrito.

regreso al país. Así, por ejemplo, un reporte de inteligencia señala que aproximadamente 200 venezolanos recibieron ese tipo de entrenamiento en Cuba. A este respecto, Heydra (2013) explica que en el año de 1961 los cubanos comenzaron a darle apoyo al movimiento revolucionario local con financiamiento y formación para el combate a jóvenes que se preparaban para iniciar la lucha armada, es así como “decenas de cuadros y militantes pasaron por campamentos y escuelas destinadas para tal fin.” (Heydra, 2013, 51).

En esa misma línea, el embajador de los Estados Unidos en Venezuela, en una comparecencia ante el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes de su país en marzo de 1963, para analizar el tema del apoyo cubano a los movimientos insurgentes en el continente, declaró que inicialmente el apoyo cubano hacia los subversivos venezolanos había sido financiero y que los fondos ingresaban al país a través de los parlamentarios que viajaban a La Habana y cuyos equipajes no eran requisados en las aduanas venezolanas gracias a su inmunidad parlamentaria. Tales declaraciones se encuentran en el documento titulado “Castro Communist Subversion in the Western Hemisphere”, editado por la Oficina de Publicaciones de los Estados Unidos.

Pero no solo eran los llamados a combatir quienes calaban en La Habana para realizar actividades a favor de la insurgencia nacional. También altos personeros de la izquierda venezolana permanecían largos períodos en la isla caribeña para coordinar con el gobierno cubano diversas acciones con el fin de apoyar a los insurrectos. Por ejemplo, un reporte de inteligencia de la CIA del 6 de setiembre de 1960, titulado “Possible Cuban Involvement in Subversive Activities in Venezuela”, señalaba que Fabricio Ojeda había pasado tiempo en Cuba organizando un golpe de Estado contra Betancourt con la ayuda de oficiales cubanos. Este informe ratificaba la presencia de venezolanos en labores de entrenamiento guerrillero y también notificaba sobre la entrega de una cantidad de dinero para ampliar al órgano de difusión del PCV “Tribuna Popular”. Además, se tiene que la mencionada “Operación Caimán”, fue planificada totalmente en Cuba, en un período de más de un año, tiempo en el cual se radicaron en La Habana tanto su coordinador como los otros miembros de su equipo (Martínez, 2013).

Por otro lado, con la conformación de las FALN, los dos principales partidos de la izquierda venezolana habían enviado a la capital cubana a representantes de sus organizaciones

políticas. Así tanto el MIR como el PCV mantenían una suerte de “embajadores” en La Habana, quienes coordinaban el apoyo cubano hacia la insurgencia venezolana con el Comandante Manuel Piñero, alias “Barbarroja”, que como Jefe de la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior de Cuba era el “encargado de organizar con gran eficacia los planes insurreccionales en el extranjero dirigidos por Fidel, especialmente en América Latina.” (Martínez, 2013, 41). Por cierto, es conveniente recalcar que la presencia de un representante de cada uno de los partidos abocados a la lucha insurgente, en vez de un solo delegado del FLN era una muestra de la falta de integración y cohesión existentes entre el MIR y el PCV.

El influjo de la Revolución Cubana, ampliamente descrita en una sección anterior, había llevado a la izquierda venezolana a plegarse voluntariamente a la idea de Castro de abrazar la lucha armada como mecanismo revolucionario para lograr el poder, en contra de la política señalada por la ortodoxia soviética del empleo de la vía pacífica, a la cual históricamente había estado sometida el PCV. Castro, que tenía la atención mundial, voceaba públicamente su opinión al respecto, las cuales además estaban plasmadas en las mencionadas I y II Declaración de La Habana. Estas posiciones contrapuestas con la URSS, crearon no pocos problemas y tensiones entre Moscú, La Habana y los partidos comunistas de América Latina, las cuales teóricamente fueron resueltas en un encuentro entre Castro y el premier soviético Nikita Khrushchev, efectuado en 1963.

Explica Jackson (1969) que los mencionados líderes acordaron que la decisión de emplear la vía pacífica o la lucha armada como estrategia para lograr la imposición del socialismo, debía tomarla cada pueblo, en función de las realidades de cada país. En otras palabras, concluye este autor “los cubanos debían cesar sus intentos de dictar las políticas a los comunistas de América Latina” (Jackson, 1969, 22). El PCV, junto con los comunistas de Colombia y Guatemala, eran las únicas organizaciones del continente que estaban en sintonía con el líder cubano en cuanto a que la lucha armada era el camino a seguir, por tal razón, explica un reporte de la Dirección General de la CIA, que analiza el apoyo de Cuba a los insurgentes latinoamericanos, fechado en febrero de 1968 y titulado “Cuban Subversive Activities in Latin America: 1959-1968”, que los esfuerzos de Castro en cuanto a exportar la revolución se concentraron en los tres países mencionados. Esta decisión se ratificó a finales de 1964 en un Congreso realizado en La Habana, auspiciado por los soviéticos donde asistieron veintidós

partidos comunistas de América Latina (Robledo, 1970). En este Congreso se decidió apoyar a aquellas organizaciones que en América Latina habían optado por la vía armada para la lucha revolucionaria, con la particularidad que la URSS también se comprometió a apoyar tal esfuerzo. (Jackson, 1969).

Se conoce según la literatura estudiada que los dirigentes del MIR y el PCV, tenían un profundo respeto por las opiniones y decisiones de Castro en cuanto al proceso insurgente en Venezuela, pero este líder realizaba algunas acciones inherentes a la lucha armada que se libraba en el país sin consultar a los dirigentes locales, las cuales además de causar resquemores entre estos, conllevaron en ciertos casos a desenlaces adversos para el movimiento insurgente venezolano. (Ríos, 2013; Martínez, 2013; Martín, 2012 y Pérez Marcano y Sánchez, 2007). Por ejemplo, según lo expuesto por Martínez (2013) se sabe que la mencionada "Operación Caimán" en definitiva se ejecutó sin el conocimiento ni de los líderes de la izquierda venezolana, que ejercían la función de enlace entre las FALN/FLN y La Habana, ni del mismo Rafael Martínez que fungió como su principal organizador venezolano. De tal aseveración se desprende que esta fue una decisión autónoma de Fidel Castro la cual derivó en severas consecuencias negativas para la causa de los revolucionarios criollos.

Fidel Castro se veía como el líder de un proceso continental y probablemente por tal razón en ocasiones hacía a un lado a los dirigentes nacionales, además su concepción del camino a seguir para la instauración de un gobierno revolucionario era indiscutible: se trataba de implementar la lucha armada a través de los focos guerrilleros, tal cual él lo había hecho en su país. No existía otra vía posible. Por ejemplo, es llamativo lo expuesto por un oficial norteamericano que reporta una conversación en la cual Castro habría afirmado: "No puedo pensar en mí mismo como el gobernante de un pequeño país. Yo soy el líder de una gran revolución internacional." (Macaulay, 1961, 21).

Las acciones en la OEA para condenar a Cuba por su intromisión en los asuntos internos del país, fueron ejecutadas ya en funciones el gobierno de Raúl Leoni. El sucesor de Betancourt tomó las riendas del país el 11 de marzo de 1964. Además que por primera vez se traspasó el poder de un gobierno electo democráticamente a otro con igual nacimiento, ese año ocurrieron una serie de acontecimientos de gran importancia para la política nacional. En

primer término, explican Velázquez et al (1976), sobrevino una división en URD en donde aquellos dirigentes que eran simpatizantes del MIR y el PCV, pasan a conformar una nueva organización política denominada “Vanguardia Popular Nacionalista” (VPN). Este grupo manejaba un periódico llamado “Clarín”, que se había convertido en el vocero de las dos organizaciones proscritas, lo que demostraba su afinidad con la ideología comunista. Los principales líderes de este partido fueron Luis Miquilena, José Vicente Rangel y José Herrera Oropeza.

En segundo lugar, el gobierno de Leoni desarrolló conversaciones tanto con URD como con el “Frente Nacional Democrático” (FND), partido de reciente creación y liderado por Arturo Uslar Pietri, para conformar lo que se conoció como el gobierno de “Amplia Base”. Es así como esas organizaciones políticas pasan en noviembre de 1964 a ocupar cargos en el ejecutivo nacional y brindar apoyo legislativo al nuevo gobierno. En sentido opuesto, algunos elementos independientes y de la izquierda que no estaban ilegalizados, comandados por el VPN, intentaron crear lo que sería un frente nacional de oposición al gobierno de Leoni, pero no tuvieron éxito en ese empeño.

En otro orden de ideas, las FALN reorganizaron sus fuerzas, en función de cumplir con lo dispuesto por sus integrantes en cuanto a pasar a la estrategia de la lucha prolongada para lograr el cambio revolucionario. Explica Linárez (2006) que la izquierda refundó el frente guerrillero “Simón Bolívar” en las montañas de los Estados Lara y Portuguesa, de igual manera se conformó el frente “Manuel Ponte Rodríguez” en las montañas de Caripe, en el Estado Monagas. Por otro lado, en el cerro “El Bachiller”, donde según este autor el MIR había fundado “el núcleo de la Escuela Guerrillera a finales de 1962 y comienzos de 1963”, se procedió a transformar tal escuela en el frente “Ezequiel Zamora” (Linárez, 2006, 79). En setiembre de ese año el Ministro de la Defensa reconoció “la agudización del problema de las guerrillas en la Sierra de Coro, en Lara, Portuguesa, Trujillo, Barinas y en la región de El Bachiller en el Estado Miranda.” (Velázquez et al, 1976, 265).

Pero si la izquierda desde el punto de vista militar reorganizaba sus fuerzas, según Peñaloza (2012) y Presutto (1993) el gobierno nacional sacaba provecho a los resultados de la cooperación con Washington, en cuanto a la preparación de oficiales de las Fuerzas Armadas, así como a personal civil de los Servicios de Inteligencia de las Fuerzas Armadas

(SIFA), el servicio de inteligencia nacional, denominado “Dirección General de Policía (DIGEPOL) y del Cuerpo Técnico de Policía Judicial (PTJ) para la lucha contrainsurgente y en asuntos de inteligencia . Explica Pressutto (1993) que el gobierno dividió al país en los llamados Teatros de Operaciones (TO) para enfrentar al problema insurreccional y así se comenzaron en el año de 1963 algunas operaciones antisubversivas, En ese sentido, el historiador Pedro Pablo Linárez explica que en 1964 fue el año cuando las operaciones antisubversivas “se intensifican tanto en Sierra Coriana como en las montañas de El Bachiller. Pero a finales del 64 el gobierno adopta un plan de carácter nacional... y reconoce la existencia de un vasto plan con la participación del grupo de ‘cazadores’, los que eran entrenados en la Escuela de las Américas.” (Linárez, 2006, 101).

Describe Pressutto (1993) que para el año de 1964 el batallón especializado en operaciones de contrainsurgencia comenzó a tener los primeros éxitos en sus tareas, por lo que se decidió la creación de otros del mismo tipo. Finalmente se conformaron un total de trece de estos batallones, con un total de “cerca de 4.000 hombres para el año de 1967” (Pressutto, 1993, 15). Motivado a la excelente preparación que ahora tenían tanto las Fuerzas Armadas Nacionales, así como otras dependencias gubernamentales abocadas a la lucha contrainsurgente, estos asestaron duros golpes a los subversivos, logrando mantenerlos a raya por lo que fueron pocos los éxitos que logró cosechar las FALN. Pedro Pablo Linárez, simpatizante de la causa subversiva, explica que las actividades de la guerrilla apenas se limitaban a la toma de pequeños caseríos y poblados, en los cuáles a veces “no encontraban ni una pistola”, según lo relatado por los propios integrantes de las unidades insurgentes. (Linárez, 2006, 88).

Además, la izquierda venezolana tuvo en el año de 1964 otros percances que la alejaban cada vez más de su objetivo revolucionario. A comienzos del año, la DIGEPOL logró capturar a Pompeyo Márquez que para el momento de su arresto era el Secretario General encargado del PCV, supliendo a Jesús Farías quien también se encontraba en prisión (Gott, 1970). Por otra parte, Argimiro Gabaldón, uno de los principales comandantes guerrilleros quien se encontraba en las montañas de los Humocaros, al suroeste del estado Lara, murió accidentalmente a causa de un disparo proveniente del arma de su propio lugarteniente (Linárez, 2006). Si bien no del mismo tenor que los hechos expuestos previamente, se conoce que en octubre de ese año, Douglas Bravo, otro de los más importantes líderes de la guerrilla,

elaboró un documento estratégico en donde cuestionaba a la dirección del PCV y entraba en conflicto con línea oficial del partido (Gott, 1970).

Es así como motivado a la gran cantidad de reveses sufridos en los frentes guerrilleros y al desmembramiento de sus estructuras directivas, ya que la mayoría de sus integrantes se encontraban en la cárcel, los líderes del PCV comenzaron a evaluar su retiro de la lucha armada, tal como se estudiará en el siguiente epígrafe.

8. El fin de la Insurgencia: El VII y el VIII Plenos del PCV y las divergencias con Fidel Castro.

Para comienzos de 1965, las relaciones internas dentro del PCV se encontraban bastantes caldeadas. Existían, según Heydra (2013) y Tarver (2001), tres tendencias distintas en el partido sobre cuál debía ser la estrategia a seguir en el futuro. Las inclinaciones consistían en la militarista-guerrillera, liderizada por Douglas Bravo, que básicamente propulsaba la intensificación de la lucha armada; la pacifista, que aupaba el viejo liderazgo pecevista, conformado, entre otros, por los hermanos Machado, Jesús Farías y Pedro Ortega Díaz, consistente en apartarse de la lucha armada y la tercera tendencia, conocida como la rectificadora, encabezada por Guillermo García Ponce, Teodoro Petkoff y Pompeyo Márquez, que establecía un retiro progresivo de la lucha armada hasta reinsertarse en el juego político legal. Inicialmente, sigue Heydra (2013) el grupo dominante era el de Douglas Bravo.

Sin embargo, en el VII Pleno del partido, efectuado en abril de ese año, resultó triunfante la propuesta de la tendencia rectificadora. La decisión sobre el camino a seguir fue el conocido como la política de la “paz democrática”. Según el proscrito semanario comunista “Tribuna Popular”, citado por Robledo (1970), el PCV postuló la siguiente línea de conducta.

“El PCV, después de un análisis de la realidad actual, llegó a la conclusión de la necesidad de un gobierno que aplique un programa de paz democrática, como anhelo de la inmensa mayoría de los venezolanos. En aras de ahorrarle sacrificios a nuestro pueblo, el PCV llama a todos los venezolanos, civiles y militares, de la oposición y aun de sectores del gobierno, a hacer realidad esta aspiración de paz que Venezuela entera reclama como patria de todos y no como feudo millonario de unos pocos al servicio de intereses extranjeros.” (Robledo, 1970, 538-539)

Para Jackson (1969) esta política nunca estuvo suficientemente clara, ya que si bien hacía un llamado a la paz y a la utilización de métodos legales de lucha, mantenía al PCV comprometido con la insurgencia armada. Los acuerdos del VII pleno, según este autor establecieron la “consolidación, amplificación y escalamiento del movimiento guerrillero y a la reconstrucción de un único liderazgo político-militar desde arriba a abajo del FLN-FALN.”

(Jackson, 1969, 49). Adicionalmente, en las conclusiones del pleno se llamó a los venezolanos a apoyar un gobierno alternativo al de Leoni, que incluyera a todos los opuestos a las políticas de Betancourt y que estuvieran a favor del programa de paz democrática, que incluía “una amnistía general, la legalización del PCV y del MIR, la total implementación de la Constitución, libertad de prensa, medidas económica para el pueblo y contra el hambre y una política exterior de amistad con todos los pueblos del mundo.” (Jackson, 1969, 51-52). Como un último elemento a resaltar de los acuerdos de este VII pleno se tiene la decisión de los comunistas de restringir al mínimo las acciones subversivas en las zonas urbanas.

Ahora bien en marzo, tan solo un mes antes de este pleno, el gobierno de Leoni, había anunciado un programa de pacificación política del país, el cual tuvo su primer gesto en la liberación del dirigente comunista Jesús Faría y del ex-mirista Domingo Alberto Rangel (Velázquez et al, 1976 y Gott, 1970). El sobreseimiento de la causa de este pecevista, que históricamente se había opuesto a la entrada del PCV a la lucha armada, representaba una importante jugada política del gobierno adeco para dividir a sus adversarios comunistas.

Con respecto a las conclusiones del pleno, Heydra (2013) explica que consistía en un viraje para abrir el camino hacia la pacificación, pero que “estableció una hipotética dualidad, sin asidero alguno en la realidad, que sostenía la combinación fantasiosa de la lucha legal e ilegal, pacífica y armada al unísono, la cual respondía más a la solución de los problemas internos del PCV que a los del país.” (Heydra, 2013, 136). Si bien las propuesta del VII Pleno se muestran como contradictorias, hay que señalar, interpretando a Teodoro Petkoff, que la mismas representaban el núcleo central de las ideas de la denominada línea rectificadora –aunque probablemente redactadas de manera más enrevesada- y que tenían por objetivo retirar al partido de la lucha armada, pero no de forma brusca sino de una manera ordenada (Peñaloza, 2012 y Gall, 1973).

Explican Velázquez et al (1976) que la línea pecevista de la “paz democrática”, no tuvo una buena acogida en el MIR, ya que la interpretaban como el retiro del partido comunista de los frentes guerrilleros, así como una manera de iniciar el camino para la conciliación con el enemigo. Tal postura ampliaba cada vez más las graves divergencias entre los dos partidos abocados a la lucha armada. Pocos meses después de ese pleno, Héctor Pérez Marcano alto dirigente del MIR se embarcó a La Habana con la finalidad de “convencerlos [a los cubanos]

de que la línea de paz democrática no era más que la vestidura engañosa del repliegue del PC, y de que tarde o temprano ese repliegue se mostraría en toda su brutal manifestación: con la ruptura del partido con todos aquellos que continuaron en los frentes guerrilleros y su expulsión del partido.” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 63). Señala este dirigente que tales gestiones no tuvieron el éxito esperado por los miristas, así que el gobierno cubano continuó brindando su apoyo al PCV. Tal relato demuestra que para ese momento, no existía ninguna confianza entre los dos partidos que en el papel aún permanecían embarcados en la lucha armada, lo cual imposibilitaba el desarrollo de actividades o planes conjuntos y resaltan una línea constante de ejecución de “intrigas palaciegas” por parte del MIR contra el PCV.

Como se mencionó previamente, si bien todavía existían en el PCV adherentes de la lucha armada, los principales líderes de este partido ya visualizaban que se hacía harto difícil lograr el cambio revolucionario con la estrategia de la “lucha prolongada”. Pero en el MIR, por otro lado, para mediados del año 1965, aún estaban convencidos de las posibilidades de éxito de esa empresa. En realidad no se conocen cuáles fueron los argumentos que tomaron en consideración para llegar a esa conclusión, sí desde el inicio de la insurgencia la izquierda únicamente había cosechado fracasos. Un recuento del estado de los principales frentes guerrilleros en ese momento, sirve para apoyar tal aseveración. Un documento que presenta la “Historia del Partido de la Revolución Venezolana”, el cual ingresó en la escena política venezolana en abril de 1966, describe la situación de los insurgentes para ese momento:

“El movimiento popular y revolucionario había recibido algunos golpes sensibles. La guerrilla urbana en Caracas ha quedado seriamente quebrantada. El frente “Ezequiel Zamora del llano ha sido dispersado y se le imposibilita la concentración de sus efectivos. Los frentes guerrilleros “Antonio Páez”, “Simón Bolívar” y “José Leonardo Chirinos” reciben la fuerte presión de la ofensiva militar enemiga y pierden algunos de sus dirigentes... El frente “El Bachiller” estaba en proceso de recuperación de los golpes que había recibido en mayo y junio del año 1964.”

Adicionalmente, el PCV recibió otro severo golpe, cuando en abril de ese año los servicios de inteligencia venezolanos, interceptaron el envío de 330.000 dólares provenientes del Partido

Comunista Italiano y que según el Ministro del Interior de Leoni, develaban una “línea de financiamiento Moscú-Roma-Caracas.” (Velázquez et al, 1976, 268). Con respecto al envío de este dinero, Jackson (1969) anota que estaba motivado por la decisión de los soviéticos de apoyar a los comunistas venezolanos, tal como se había establecido en la reunión de noviembre de 1964 en La Habana. Así, la DIGEPOL se anotaba otro éxito contra los insurgentes, pero la hipótesis del gobierno sobre el origen soviético de los fondos no pudo comprobarse. En relación a este episodio, un reporte especial de la CIA denominado “Cuban Subversion in Latin America”, del 23 de abril de 1965, señalaba que este dinero provenía de los cubanos, pero que estos “intentaron utilizar al Partido Comunista Italiano como un enlace seguro para las comunicaciones con los comunistas venezolanos.”

En conclusión, de acuerdo al estadio en que se encontraban las fuerzas insurgentes, las expectativas del triunfo que los revolucionarios venezolanos podían pronosticar para los próximos años eran remotas, tal como lo plantea la CIA en su “National Intelligence Estimate. Venezuela. NIE 89-65” (en adelante, NIE 89-65) del período desde finales de 1965 hasta las elecciones de 1968. Así, este reporte indica que el país “probablemente continuará experimentando estabilidad política y una favorable tasa de crecimiento económico por los próximos años.” (NIE 89-65, 1965, 1). Igualmente expresa que “el gobierno y las fuerzas de seguridad han tratado con razonable efectividad a la insurgencia izquierdista”, pronosticando que “los insurgentes no constituirán una gran amenaza para el gobierno durante el período de este estimado.” (NIE 89-65, 1965, 1).

La situación interna del PCV se complicó más para finales del año 1965 derivado de otro par de percances sufridos en la lucha insurgente. A finales de octubre, el SIFA realizó el allanamiento de una fábrica clandestina de armas controlada por los pecevistas. Según Figueroa (2010) en este centro ilegal se fabricaban morteros, granadas, explosivos y subametralladoras. Por otra parte, Alberto Lovera, alto dirigente del PCV y de las FALN, fue detenido a principios de octubre, apareciendo muerto a finales de ese mes. Lovera pertenecía al Buró Político de los comunistas y era “uno de sus dirigentes más importantes para el momento.” (Heydra, 2013, 137).

Motivado a estos acontecimientos, se realizó en noviembre una reunión del Buró Político donde la alta dirigencia pecevista acordó “el repliegue” del PCV de la lucha armada; así se

señala en el documento titulado la “Historia del Partido de la Revolución Venezolana”. En este escrito, se explica que esa decisión derivó como consecuencia que el grupo más comprometido con la lucha armada, conformado por José Núñez Tenorio, Germán Lairer, Alfredo Maneiro y Douglas Bravo, realizaran un encuentro en el cual conformaron lo que denominaron el “Buro Político provisional”, acordando la reestructuración del FLN y del organismo de dirección de las FALN.

Es así como en el prólogo del libro de Ojeda (1966) se informa que tal Buro decidió en diciembre designar a Douglas Bravo como Primer Comandante de las FALN, así como incluir en el organismo de dirección a todos los comandantes guerrilleros “en razón de que aquellos que hacen la guerra deben participar en la dirección de la misma.” (Ojeda, 1966, 24). Igualmente en la reunión “se nombró como Presidente del Comité Ejecutivo del FLN a Fabricio Ojeda y como Secretario General a Américo Martín.” (Ojeda, 1966, 25). Tales decisiones marcaron el principal hito de la división del Partido Comunista venezolano.

Con respecto a estos eventos un Cable de Información de Inteligencia de la CIA, con el título de “Revolt of hard-line dissidents in the FALN against established leadership”, fechado el 29 de diciembre de ese año, señalaba que “elementos de la línea dura de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) se habían sublevado contra el liderazgo del Partido Comunista de Venezuela (PCV) y han formado su propio Comité Central.” El cable además explicaba que todos los comandantes guerrilleros, con la excepción del “Frente Simón Bolívar” en el Estado Lara, habían apoyado la decisión y señalaba también que los rebeldes notificaron a Cuba, China y la URSS la formación de un nuevo liderazgo en las FALN. No obstante el informe indicaba que el grupo sublevado no contaba con la suficiente fuerza para tomar el control del PCV, pero que los comunistas iban a una división de grandes proporciones.

Tal como pronosticaba ese cable de la CIA, los días 22 y 23 de abril de 1966, un importante grupo de miembros del PCV se reunieron en la Primera Conferencia Nacional del Partido de la Revolución Venezolana (PRV) en donde se ratificaba la vigencia de la lucha armada. Se daba pues la primera división del Partido Comunista en sus 35 años de existencia. El Buro Político de la nueva organización política quedó integrado por Douglas Bravo, como Secretario General y Fabricio Ojeda, Luben Petkoff y Francisco Prada entre sus integrantes. Según el

documento que narra su historia, el PRV aprobó una línea de internacionalismo proletario y se afirmó el carácter continental de la revolución en América. Además, se autorizó la reorganización del FLN-FALN. Así, el FLN quedaba presidido por Fabricio Ojeda, mientras que Douglas Bravo ocuparía el cargo de Comandante en Jefe de las FALN con Luben Petkoff en el rol de Segundo Comandante.

La respuesta del PCV ante tales hechos, según Márquez (2011), fue la de suspender en mayo de 1966 a Douglas Bravo de su Comité Central, ya que: “había usurpado los nombres de las FALN y el FLN y establecido un centro paralelo que dividía al partido.” (Jackson, 1969, 103). Explica Romero (1992), que en el PRV “decidieron buscar la ayuda cubana y envolvieron a ese gobierno y al Partido Comunista cubano en la discusión, Radio Habana y el periódico Granma comenzaron a radiar y publicar información a favor de los disidentes. El día 11 de junio Granma publicó una carta firmada por Douglas Bravo, Fabricio Ojeda y Américo Martín que anunciaba la reorganización del FLN-FALN y la decisión de continuar la guerra.” (Romero, 1992, 150). Por cierto, es conveniente señalar, que pocos días después de la aparición de esta misiva, Fabricio Ojeda, que había sido capturado por el SIFA, apareció ahorcado en su celda, lo que constituyó un “gran golpe para el movimiento guerrillero”. (Gott, 1970, 175).

El PCV respondió esas comunicaciones en julio con dos documentos: uno dirigido a la opinión pública y otro para el Partido Comunista Cubano. Pero además de la división interna del PCV, su política de repliegue derivó otra consecuencia lógica como lo fue su rompimiento con el MIR. En ese sentido, plantea Storm (2012) la relación entre los pecevistas y el MIR llegó a su fin “y en su lugar varios grupos de izquierda compitieron por el liderazgo de un movimiento fracturado. El amanecer de 1966, por tanto, cerró la segunda fase de una lucha de guerrillas iniciada con tanto optimismo en los primeros meses de 1964.” (Storm, 2012, 263).

Pero previo a esos acontecimientos decisivos, en enero de 1966, se había celebrado en La Habana, la I Conferencia Tricontinental, donde el dirigente comunista Luben Petkoff informó a Fidel Castro sobre la decisión del repliegue de la lucha armada del PCV. Explica Petkoff que él le planteó al líder cubano la necesidad de que los ayudara, no a través del PCV, sino “directamente a los que llevábamos adelante la lucha armada.” (Blanco, 1981,

138). Castro a los pocos días accedió a la petición y prepararon una expedición de quince cuadros militares en la que fueron incluidos comandos de la talla de Arnaldo Ochoa. La operación se mantuvo en secreto, al extremo de que ni Douglas Bravo estaba enterado de la misma.” (Heydra, 2013, 66).

Explica el General Carlos Peñaloza que la maniobra se ejecutó en junio bajo el comando de Petkoff, y consistió en desembarcar por las costas del Estado Falcón, un selecto grupo de combatientes, todos oficiales cubanos. La operación concluyó con éxito y los cubanos se unieron a un grupo insurgente en la Sierra de Falcón, específicamente al frente “José Leonardo Chirinos” (Heydra, 2013). No obstante “esta pequeña inyección de fuerzas frescas (con apenas 15 hombres), todos oficiales no tuvo mayores consecuencias.” (Peñaloza, 2012, 374).

Son varios los aspectos relevantes que se desprenden de esos acontecimientos. En primer lugar se verifica una nueva intromisión de Cuba en los asuntos internos del país, con la arriesgada acción de enviar a un grupo de sus nacionales para incorporarlos a un frente guerrillero local; en segundo lugar, el convencimiento de Fidel Castro, ya para enero de 1966, de que el PCV no representaba un aliado confiable en su empresa de exportar la Revolución a Venezuela y, en tercer lugar, la circunstancia del secretismo de la operación para con Douglas Bravo, cabeza del grupo disidente del PCV.

Volviendo a la I Conferencia Tricontinental, desarrollada en pleno apogeo de la guerra de Vietnam, en la misma se encontraban representantes de los partidos, grupos y movimientos revolucionarios de todo el mundo. Explica Barcia (2009) que participaron más de 500 delegados de 83 grupos provenientes de los continentes asiático, africano y de Latinoamérica. La principal idea esta reunión era que “Asia, África y América Latina, debían convertirse en una hoguera revolucionaria. La Habana se había convertido gracias al empuje de su revolución y al entusiasmo, la fuerza, la inteligencia y el carisma de Fidel -sin olvidar su gigantesco esfuerzo financiero- en la capital mundial de la revolución.” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 73).

Según Storm (2012) el objetivo trazado por Castro consistió en arrebatar el liderazgo de la Unión Soviética, como adalid en la diseminación de la ideología izquierdista a nivel regional e internacional, así como sentar las bases para crear una ola revolucionaria que involucrara

latinoamericana, como una forma de abrumar a los Estados Unidos y a sus aliados. El ampliamente conocido lema de Ernesto “Che” Guevara, de “Crear dos, tres...muchos Viet-Nam, es la consigna”, fue el aporte de este líder guerrillero a la Tricontinental, en la forma de un mensaje enviado desde Bolivia en donde se encontraba apoyando a la subversión local. En su mensaje, Guevara ensalzaba al movimiento insurgente latinoamericano y señalaba que: “la movilización activa del pueblo crea sus nuevos dirigentes; César Montes y Yon Sosa levantan la bandera en Guatemala, Fabio Vázquez y Marulanda lo hacen en Colombia, Douglas Bravo en el occidente del país y Américo Martín en El Bachiller, dirigen sus respectivos frentes en Venezuela.”

De esta manera, Castro colocó de un lado su acuerdo de 1963 con los soviéticos, en cuanto a respetar la decisión de cada partido comunista local con respecto a la estrategia a seguir para lograr la imposición del socialismo en cada país. En lo que toca a Venezuela, con el apoyo a Américo Martín y al movimiento disidente de Douglas Bravo, Cuba no respetaba la política del repliegue impuesta por el PCV, que de facto significaba el retiro de la lucha armada. Para Jackson (1969) la realización de la Tricontinental significó un duro golpe para el PCV en sus esfuerzos de retirarse de la insurgencia armada. Explica este autor que los pecevistas habían logrado el apoyo de varios partidos comunistas del mundo, pero con la publicidad y el prestigio que se le dio en esa conferencia a los propulsores de la línea dura del FLN-FALN, esas ganancias se habían debilitado.

Pero el escenario de la Tricontinental, fue además, según los representantes del MIR en La Habana, el momento en que se planificó otra invasión a Venezuela, con las mismas características que la efectuada por Luben Petkoff en las costas del Estado Falcón, pero bajo el liderazgo de esa organización.” (Blanco, 1981). La idea, según, Héctor Pérez Marcano, era “recabar todo el apoyo de Fidel para incrementar el número de militantes del partido que venían a prepararse para la lucha armada y seguir alimentando el frente guerrillero de El Bachiller.” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 75).

Sin ánimos de ser repetitivos, pero es relevante señalarlo, con este tipo de acciones Fidel Castro impulsaba la división de la insurgencia venezolana, además de desviar la atención de sus líderes hacia la meta de obtener sus favores, sobre el objetivo fundamental de lograr el cambio revolucionario en el país. Asimismo, tales decisiones apuntaban a la falta de cohesión

y coordinación interna entre los líderes insurgentes. De igual manera, el líder cubano despreciaba tanto el análisis y la decisión tomada por el PCV de replegarse de la lucha armada, por lo que se verificaba su voluntarismo en cuanto a su visión del problema político en Venezuela. Además, relacionado con este último aspecto, el pensamiento y concepción de la lucha revolucionaria que tenía Castro se reavivaba o potenciaba por esa fecha, a raíz de la publicación, a partir de setiembre de 1965, de una serie de artículos del filósofo francés Régis Debray en donde, según Storm (2012) “canaliza el pensamiento de Castro y del Che Guevara en la guerra de guerrillas, en una teorización del foco como un instrumento de liberación nacional. Además, se articula la creencia de Castro de Venezuela como la arena crucial para demostrar la validez del modelo del foco.” (Storm, 2012, 284).

Pero, como era de esperarse, después de la división del PCV, la lucha insurgente, según Blanco (1981) perdió intensidad. Luben Petkoff lo explica de la manera siguiente: “a medida que va pasando el tiempo y que la situación se va estancando, y se van perdiendo las perspectivas reales de victoria, la gente se va desgastando físicamente y entonces hay por una parte más posibilidades de que haya gente que caiga en manos del enemigo y que se les quiebre la moral.” (Blanco, 1981, 168). Tales apreciaciones vienen dadas por los éxitos que continuaba cosechando el gobierno venezolano en la lucha contrainsurgente y sobre todo a nivel de inteligencia, que les permitió capturar a los subversivos y sobre todo los del MIR. Un miembro del partido comunista, integrante de un grupo guerrillero explica en su obra que: “los compañeros del MIR se escondieron todos, pero eran detenidos con extrema facilidad.” (Ríos, 2013, 289).

Así entonces, explica Heydra (2013) desde el desarrollo de la Tricontinental, comenzó una fuerte polémica entre Fidel Castro y el PCV, motivado a la decisión de estos últimos de replegarse de la lucha armada, en contra de los deseos del líder cubano de continuar con la misma. Esta controversia se presentaba en el país entre el PRV y los pecevistas, quienes batallaban por el control de las FALN/FLN, mientras libraban una pelea mediática en la forma de cartas y comunicados en la prensa. Fidel Castro y otros líderes cubanos, como por ejemplo su hermano Raúl, utilizaban los medios a su disposición para diseminar aquellos discursos en donde atacaban directa o indirectamente al PCV, mientras por otro lado también apoyaban a Douglas Bravo y a las FALN. Fidel Castro, entonces, no aceptaba otra forma de intentar el cambio revolucionario en Venezuela sino a través de la lucha armada.

Uno de esos ataques indirectos, ocurrió en el discurso de Fidel Castro durante la conmemoración del decimo segundo aniversario del ataque al Cuartel Moncada, el 26 de julio de 1966, en donde el líder cubano señaló:

“Si a mí me preguntaran cuáles son los más importantes aliados del imperialismo en América Latina, yo no diría que son los ejércitos profesionales, yo no diría que es la Infantería de Marina yanqui, yo no diría que son las oligarquías ni las clases reaccionarias, yo diría que son los pseudorrevolucionarios. Y pseudorrevolucionarios hay muchos, charlatanes hay muchos, farsantes, embaucadores, de todos los tipos, no voy a hacer definiciones porque sería larga la enumeración. Pero revolucionarios, revolucionarios de convicción, que sienten profundamente una causa, una idea, que conocen una teoría y son capaces de interpretar esa teoría acorde con las realidades, esos desgraciadamente son muy pocos. Pero siempre y cuando haya hombres con esas convicciones -aunque sea un puñado de hombres- allí donde se dan las condiciones objetivas para la Revolución, habrá revoluciones. Porque las condiciones objetivas las hace la historia; pero las condiciones subjetivas las crea el hombre.”

Tal discurso, además de las críticas e insultos velados contra el PCV, señalaban el objetivo de Castro de imponer su modelo revolucionario sobre todos los movimientos izquierdistas de la región y reforzaba la validez de la teoría del foco revolucionario. Los comunistas venezolanos en la medida que Cuba elevaba los decibeles de la disputa, fueron progresivamente expresando sus puntos de vista sobre la materia y enviaron en setiembre una carta al Partido Comunista Cubano, que también se publicó en la prensa venezolana, donde los acusaban de suministrar apoyo a grupos anti-partidistas venezolanos (Jackson, 1969). Además, el PCV también denunció que sus legítimos delegados en la Conferencia Tricontinental, fueron desplazados por miembros de las FALN, esto es por adherentes al proyecto de Douglas Bravo. Los pecevistas, según el último autor señalado, le solicitaron a sus pares antillanos que detuvieran estas acciones y esgrimieron como principal argumento la necesidad de cumplir con los acuerdos suscritos por los partidos comunistas en la Conferencia de La Habana de 1964 y en particular el que estableció que las relaciones entre los

revolucionarios debían mantenerse entre tales partidos.

Poco después, los líderes del PCV arremetieron contra el grupo de Douglas Bravo publicando una dura crítica contra el “grupo fraccionalista”, al mismo tiempo efectuaban un llamado a los comunistas cubanos para que “aclararán toda esta confusión en la cual utilizan a los grupos anti-partidos en toda América Latina con el objetivo de desacreditar al partido comunista [venezolano].” (Jackson, 1969, 109). Más importante aún fue la declaratoria del PCV que señaló que no había paralelo entre la Revolución de Castro y la situación en Venezuela y que las decisiones sobre las políticas a seguir por los comunistas se realizaban sólo en el país. Así entonces, parecía claro que en el pasado durante todo el proceso de insurgencia en Venezuela, la injerencia cubana era la norma en las resoluciones de los revolucionarios criollos, al contrario a lo que ahora planteaban los comunistas.

Tal sentencia la confirma, Américo Martín, quien se encontraba comandando el frente guerrillero en el cerro El Bachiller. Es así como Martín rememora, ubicándose temporalmente luego del episodio de la división del PCV, “mi deseo de desvincularme de la tutela y de las orientaciones de Fidel es ya muy alto.” (Martín, 2013, 173). Este líder guerrillero evoca tal cuestión, después de relatar que había logrado la proeza técnica de comunicarse por radio con La Habana, cuestión que según él ni los pecevistas ni Douglas Bravo pudieron hacer.¹³

Entrando en el año de 1967, el Presidente Leoni, en su mensaje del 1º de enero, predijo que el nuevo año, sería de gran trascendencia. Así, tenemos que en febrero se fugaron del “Cuartel San Carlos”, los líderes comunistas Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Guillermo García Ponce, “que se encontraban prisioneros acusados de ser los directores de la insurrección guerrillera” (Velázquez et al, 1976, 278). El primer día del mes de marzo, relata Gott (1970) ocurrió el secuestro de Julio Iribarren Borges, quien apareció muerto dos días después. Este personaje se desempeñaba como director del Instituto Venezolano de los Seguros Sociales, y era hermano del canciller venezolano Ignacio Iribarren Borges. El PCV por medio de un comunicado se desligó de tal acción a la vez que la condenaba. Por otro lado, en el periódico

¹³ El asunto de la comunicación con La Habana no es relevante dado el estadio en que se encontraban las fuerzas insurgentes para ese momento, por eso llama la atención que aún después de transcurridos cincuenta años se presenten en una obra elementos de esa naturaleza. Tal cuestión sí, hace que se infiera una intensa competencia entre quienes supuestamente eran aliados en un proyecto político.

oficial cubano “Granma” apareció un comunicado del FLN-FALN, donde esta organización asumió la responsabilidad del hecho denominándolo como “justicia revolucionaria.” El asesinato de Iribarren Borges causó un gran impacto en la sociedad venezolana y el gobierno de Leoni, suspendió las garantías constitucionales, mientras Carlos Andrés Pérez, el ex ministro del Interior de Betancourt y jefe de la fracción parlamentaria de AD responsabilizó al gobierno cubano.

Fidel Castro, en el discurso de conmemoración del décimo aniversario del asalto al Palacio Presidencial, el 13 de Marzo de 1967, dio respuesta a tales acusaciones, pero además realizó un análisis retrospectivo de la lucha insurgente venezolana. Castro comenzó su discurso explicando que se había desatado una campaña contra Cuba en razón de la muerte de Iribarren Borges, en donde el gobierno venezolano lo acusaba de intervención en los asuntos internos del país, mientras que la dirección derechista del PCV hacía lo propio con el Partido Comunista Cubano en relación con los temas internos de su par venezolano.

El análisis de Fidel Castro comenzó desde la caída de Pérez Jiménez e indicó que dada la represión contra el pueblo, en el Tercer Congreso del Partido Comunista de Venezuela se aprobó “el camino de la lucha armada para la revolución en Venezuela.” Anotó también que otras fuerzas disidentes de distintos partidos iniciaron también los preparativos para la lucha armada, en referencia al MIR y un grupo de urredistas como Fabricio Ojeda. Continuó el líder cubano, diciendo que “en esto han transcurrido varios años y sin duda que los revolucionarios venezolanos, al igual que todos los revolucionarios en todas partes del mundo, cometieron diversos errores, diversos errores de concepción de la lucha, diversos errores de tipo estratégico y errores de tipo táctico.”

Dijo Castro que “a esos errores contribuyeron distintos factores”, como el hecho de que el movimiento revolucionario era muy fuerte en la ciudad y en cambio era muy débil en el campo, dado que los partidos marxistas concentraron preferentemente su atención a las ciudades, esto es su atención al movimiento obrero, pero subestimaron la importancia que tiene el campesinado como fuerza revolucionaria. Explicó el líder cubano: “Como el partido oficial de Venezuela [AD] era fuerte en el campo y en cambio los partidos de izquierda eran débiles, si bien fuertes en la capital, durante mucho tiempo en el pensamiento de la dirección del movimiento revolucionario de Venezuela hubo una sobrestimación de la importancia de la

capital y de la lucha en la capital y una subestimación de la importancia del movimiento guerrillero.”

A continuación Castro indicó que Venezuela fue el país en donde en los últimos tiempos “el movimiento revolucionario alcanzó mayor penetración en las filas del ejército profesional; numerosos oficiales jóvenes del ejército de Venezuela demostraron sus simpatías de manera abierta por el movimiento revolucionario, incluso en su forma más radical, inspirados en las concepciones marxistas”. Y según Castro eso “condujo a otro error de concepción: a la minimización del movimiento guerrillero y a afincar gran parte de las esperanzas en el levantamiento de tipo militar.” Uno de los objetivos de Fidel Castro con su discurso, consistió en negar su injerencia en los asuntos de Venezuela, como promotor y director de la subversión y del movimiento revolucionario criollo, por lo que expresó: “si los cubanos hubiésemos tenido que ver con la dirección de ese movimiento revolucionario jamás habríamos caído y jamás habría caído ese movimiento revolucionario en esos dos grandes errores de concepción en que incurrió.”

Continuó Fidel Castro señalando que tales concepciones erróneas generaron fallas de tipo práctico tales como el abandono de las guerrillas y la decisión de dirigir las desde la capital, indicando que tal cosa debió hacerse desde las propias montañas. Concluyó en ese sentido diciendo que se habían subestimado a las guerrillas. Después el líder cubano se refirió al punto de la política de paz democrática implementada por el PCV, señalando que en Cuba nunca se entendió en que consistió y que realmente tras esta política estaba el engaño, ya que en el fondo se encontraba la intención de abandonar la lucha armada y simplemente se estaba preparando el camino.

Luego se refirió a una serie de análisis realizados por Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Freddy Muñoz, en donde se justificaba el repliegue de la lucha armada, señalando que tenían una actitud cobarde y oportunista; que repugnaba, y que se habían sumado “al coro de la histeria contrarrevolucionaria y contra Cuba.” También aprovechó la ocasión para enaltecer a Douglas Bravo y Américo Martín. Finalizó Fidel Castro diciendo que: “Nuestra posición con respecto a los partidos comunistas se basará en principios estrictamente revolucionarios. A los partidos que tengan una línea sin vacilación y sin claudicación, los partidos que a nuestro juicio tengan una línea consecuentemente revolucionaria, los apoyaremos por encima de

todo.” Así entonces, en estos términos, finalizaban las relaciones entre el PCV y Fidel Castro.

Si bien el líder cubano omitió varios aspectos de la subversión en el país, su análisis acertaba en cuanto a los errores con las estrategias de las revueltas en Caracas y del “putsch”, si bien no se conoce si en su momento Fidel Castro, o bien había apoyado estas tácticas o bien se había opuesto a las mismas, y ahora, rotas las relaciones con el PCV, se deslindaba de esta etapa del proceso insurgente. Además, también reconoció que los revolucionarios estaban perdiendo la guerra, que los focos guerrilleros no habían tenido éxito, mientras remarcaba su voluntarismo de apoyar a quienes él consideraba verdaderamente revolucionarios. En ese sentido, puede mencionarse lo que relata Peñalosa (2012) con respecto a la celebración en enero de 1967, del octavo aniversario del triunfo de la Revolución, en donde se colocaron dos gigantescas fotografías: una de Ernesto “Ché” Guevara y otra de Douglas Bravo. Tal cuestión fue catalogada por el MIR como “una clara intromisión en los asuntos internos de nuestro país y un atropello inaceptable al MIR y a Américo Martín.” (Pérez Marcano y Sánchez, 2007, 84).

Con este panorama tan claro, se realizó en abril el VIII Pleno del PCV, en donde este partido decidió “dejar a un lado la lucha armada y participar activamente en las próximas elecciones.” (Alexander, 1969, 106), Según este autor, el cambio en la línea pecevista contó con el respaldo de 54 de los 75 miembros del Comité Central. En ese pleno se encontraban los principales dirigentes del partido, incluyendo a los recién fugados Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff y Guillermo García Ponce. (Heydra, 2013). El PCV que se encontraba ilegalizado, contó con la venia del gobierno para reinsertarse en el juego político nacional. Es así como los comunistas crearon un movimiento político que llamaron “Unión Para Avanzar” (UPA) con el cual participaron en las elecciones del año 1968. Así entonces, finalizaba la participación del PCV en la lucha insurgente, al respecto, Alexander (1969) expresa que el experimento del Partido Comunista Venezolano con el camino violento hacia el poder fue un desastre.

No obstante, la lucha de los insurgentes venezolanos, que si bien estaban muy debilitados aún no había concluido. Es así como ocho de mayo de 1967, un grupo de miembros del ejército cubano y guerrilleros venezolanos, que habían sido entrenados en Cuba, desembarcaron en las playas del Cocal de los Muertos. Se trataba de la operación que se había esbozado entre Fidel

Castro y el MIR en los días de la I Conferencia Tricontinental. En el desembarco, explica Héctor Pérez Marcano quien participó en esa acción, estaba al mando el capitán cubano Antonio Briones Montoto, también estaban presentes Moisés Moleiro y Américo Silva, dirigentes de ese partido. La idea consistió en introducir al país solo una docena de hombres en una lancha, aun cuando venían doce más en otra embarcación adicional, que tenían por misión asegurar el asalto de los guerrilleros y regresar al barco que los había acercado a las costas venezolanas. Los subversivos posteriormente debían dirigirse al cerro El Bachiller (Pérez Marcano y Sánchez, 2007).

Pero la operación falló cuando cuatro de los hombres de la lancha de apoyo, decidieron, en vez de regresar al barco, también desembarcar, pero una ola los arrastró y les volteó la lancha, llevándolos a las cercanas Playas de Machurucuto, en donde dos cubanos luego de internarse en tierra firme fueron capturados por las autoridades venezolana, mientras que el capitán Briones murió en el enfrentamiento y el restante hombre falleció ahogado. No obstante, los integrantes de la primera lancha si lograron cumplir con su cometido. (Pérez Marcano y Sánchez, 2007). El gobierno venezolano recuperó parte de la embarcación y de los pertrechos que traían y junto con el testimonio de los aprehendidos presentó al país y a la comunidad internacional pruebas materiales de la injerencia del gobierno cubano en los asuntos internos del país.

Las debacles para los insurgentes venezolanos continuaron cuando en mayo agentes de inteligencia del gobierno, apresaron a Américo Martín, quien se disponía a viajar a Cuba en un barco español. Los movimientos revolucionarios en el continente recibieron ese año un duro golpe moral cuando en octubre fue capturado y asesinado en Bolivia Ernesto “Che” Guevara. Posteriormente, presionado por la URSS, Fidel Castro extrajo del país a sus nacionales que se encontraban incorporados a las guerrillas venezolanas, lo que generó enormes fricciones con Douglas Bravo. Poco tiempo después el líder cubano cesó de apoyar al movimiento insurgente nacional, ya que en concordancia con los soviéticos se fijó como objetivo prioritario el soporte a los revolucionarios africanos (Peñaloza, 2012).

Explican Velázquez et al (1976) que ese año se estaban discutiendo las candidaturas presidenciales para las elecciones de 1968, resultando seleccionado por COPEI su fundador Rafael Caldera. A finales de 1966, AD tuvo severos problemas con ese proceso que resultó

posteriormente en su tercera división. Así, Gonzalo Barrios fue escogido como su candidato, mientras que el grupo disidente fundó en diciembre de 1967 el partido “Movimiento Electoral del Pueblo” (MEP) y proclamaron a Luis Beltrán Prieto como su abanderado, quien también contó con el apoyo de los comunistas a través de la UPA. Rafael Caldera se impuso en las elecciones de diciembre de 1968, y desde la Presidencia de la República lanzó la tesis de la “pacificación democrática” que consistió entre otras acciones en legalizar nuevamente al PCV y al MIR y decretar en abril de 1969 el sobreseimiento de las causas que sus líderes tenían por rebelión militar. (Heydra, 2013). Si bien Douglas Bravo continuó la lucha armada con un pequeño grupo, este episodio puede considerarse el fin del proceso de la insurgencia armada en Venezuela.

9. Conclusiones.

El objetivo general de este trabajo consistió en analizar los roles y las implicaciones del apoyo de Cuba y del Partido Comunista de Venezuela a la insurgencia venezolana durante el período comprendido entre los años de 1960 y 1969. En la investigación se detalló ampliamente la actuación del PCV durante el proceso subversivo, incluyendo su incorporación y el desarrollo de las principales actividades realizadas dentro de la insurgencia a lo largo del período en estudio. De igual manera, se analizó la interrelación del PCV, tanto con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), partido que actuó como su principal socio en el proyecto insurgente, así como con el gobierno cubano, quien fungió como su patrocinante externo, entrometiéndose en los asuntos internos del país.

En conveniente aclarar, que el MIR, se formó de una escisión del gobernante Acción Democrática, y según uno de sus fundadores como lo fue Domingo Alberto Rangel es producto de la revolución cubana (Rangel, 2003). En el trabajo también se pormenorizó la polémica entre el PCV y Fidel Castro durante el desarrollo del complejo retiro de este partido de la lucha armada, quien precisamente había sido el modelo e inspiración de los comunistas para abrazar la lucha revolucionaria en el país. En el desarrollo del trabajo se enlazaron las actuaciones del PCV y del gobierno de Fidel Castro, dentro del proceso insurgente, con el fracaso de la lucha subversiva en Venezuela. Los insurrectos venezolanos fallaron en su intento de emular a la Revolución Cubana, motivado a una serie de reveses, derivados, entre otras razones, a la desunión o falta de cohesión organizacional entre sus fuerzas, quienes se enfrentaron contra un enemigo unificado y coherente, representado por los gobiernos de Rómulo Betancourt y Raúl Leoni.

Como se desprende del desarrollo del proceso insurgente y en particular del comportamiento del PCV, éstos emprendieron su intento revolucionario, sin estar presente en el país la denominada “causa por la cual luchar”, que concite un amplio apoyo popular hacia las fuerzas rebeldes. Tal aspecto es considerado por estudiosos del tema, por ejemplo Galula (1964) y O’Neill (1980), como un prerrequisito para que un grupo insurgente pueda tener éxito en su empresa.

En el trabajo, se demuestra que los subversivos nacionales presionaron al recién electo gobierno de Rómulo Betancourt en el año 1959, para que ejecutará una transformación

radical de la estructura económica nacional y dada su negativa, así como por el encandilamiento generado por Fidel Castro y la Revolución Cubana, decidieron rebelarse para imponer por la fuerza su modelo político. En conclusión, los revolucionarios criollos carecieron de una causa que justificara su alzamiento contra el gobierno y por el contrario no tomaron en consideración el fervor popular hacia la democracia, la existencia del Pacto de Punto Fijo y otros acuerdos sociales entre las fuerzas vivas de la sociedad que funcionaban como soporte al gobierno.

En relación con lo anterior, y además asociado con el objetivo particular de la investigación de explicar la concepción del gobierno cubano sobre la lucha insurgente en Venezuela, se tiene que la misma procedía de la actitud empeñada de Fidel Castro, quien estaba convencido de que la revolución podía generarse a través de la conformación de los llamados focos guerrilleros, quienes crecerían hasta tomar irremediablemente el poder, independientemente de las condiciones objetivas que existieran en un país dado. De tal manera, como explica Duncan (1971), Castro destacaba la importancia de los elementos subjetivos para precipitar el cambio, en lugar de tener que esperar a que las condiciones "objetivas" maduraran para impulsar la revolución. Tal postura, que se describe en la obra de Guevara (1961), se aplicó solo parcialmente en Venezuela en los primeros años de la insurrección, ya que los comunistas más bien apostaron por la subversión urbana para derrocar a Betancourt.

Los focos guerrilleros aparecieron en el país entre finales del año 1961 y principios de 1962, como una decisión poco meditada de algunos líderes del PCV y el MIR, la cual no estaba alineada con la estrategia de esos años, consistente en propinar un golpe de Estado por cualquier medio. Así entonces, además, esto presenta las primeras visiones contrapuestas que Castro y los venezolanos tuvieron con relación a la revolución en el país.

Pero, además, tal situación presenta dos contradicciones, la primera del PCV, que en principio no siguió los lineamientos de su guía revolucionario, quien apostaba por estos focos como método insurreccional y la segunda, y más relevante, la conjunta de Fidel Castro y los subversivos venezolanos, quienes ignoraron totalmente varias de las recomendaciones de la citada obra de Guevara, la cual se supone presenta la teoría que deben considerar los revolucionarios en América Latina. Por ejemplo, a continuación se mencionan dos

importantes advertencias de Guevara (1961), desdeñadas por Castro y los insurrectos venezolanos. La primera señala lo siguiente: “Donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado las posibilidades de la lucha cívica.” (Guevara, 1961, 4). Y la segunda que expresa que: “nunca puede surgir por sí misma una guerrilla suburbana. Tendrá nacimiento después de que se creen ciertas condiciones necesarias para que pueda subsistir, y esto mismo indica que la guerrilla suburbana estará directamente a las órdenes de jefes situados en esas zonas.”(Guevara, 1961, 21)

El hecho de que el PCV se decantara entre 1960, 1961 y parte de 1962, básicamente por la subversión urbana, en vez de los focos guerrilleros, se explica por el cálculo errado sobre la fuerza que tenían en los centros urbanos del país y en especial en la capital. Los comunistas interpretaron desatinadamente como un apoyo a su causa política radical, una serie de factores como la simpatía por la Revolución Cubana y su omnipresencia en la política nacional, el antiamericanismo de parte del país consecuencia del apoyo de los Estados Unidos al dictador Pérez Jiménez y las manifestaciones que realmente buscaban reivindicaciones sociales para mitigar la crisis económica, así como para protestar contra la falta de empleo y algunas medidas antipopulares del gobierno.

Así, es como el PCV determinó que la agitación callejera se podía escalar, hasta derrocar a Betancourt. Tal aseveración se rescata de un análisis estratégico realizado por los comunistas a mediados de 1962, en el cual evaluaron retrospectivamente su actuación hasta esa fecha, y donde se puntualizaba que las revueltas de esos años formaban parte de un plan que buscaba desalojar a Betancourt del poder con una “victoria rápida”, ya que consideraban que el gobierno estaba muy débil. El documento con tal análisis llegó a las manos de las autoridades venezolanas en 1963, resultado de los allanamientos que efectuaron los cuerpos de seguridad del Estado a varias sedes de ese partido. Es relevante resaltar que la referencia a tal escrito es importante, ya que hasta donde se conoce no se ha presentado en otro trabajo sobre el tema, además que se encuentra en una fuente primaria como lo es la “Memoria y Cuenta que el Ministro de Relaciones Interiores presenta al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1964”.

El PCV, además, tampoco consideró que existían escenarios distintos en las zonas urbanas y en el interior del país, donde las políticas del gobierno, entre ellas la reforma agraria, tuvieron un gran impacto positivo en el nivel de vida de la población y en particular en el campesinado. Pero tal cuestión, sumado con lo expuesto previamente, se potenciaba desde los desencuentros internos del partido, donde el denominado liderazgo histórico se oponía al camino de la lucha violenta, en concordancia con los postulados emanados desde Moscú. Pero la mayoría del Buro Político idealizaba a Fidel Castro y a la revolución cubana e intentaba buscar puntos intermedios con ese liderazgo que condujeron a resoluciones harto contradictorias y muy difíciles de interpretar por sus cuadros.

Así se tiene que el PCV, por ejemplo, pedía un viraje en la política del gobierno, mientras también hablaba de la necesidad de un nuevo régimen y de insurrección popular, cuestión que ratificó en su III Congreso en marzo de 1961, sin declarar todavía que abrazaban la lucha armada. Tan confusas eran sus resoluciones, que aún hasta el propio Fidel Castro comentó en un discurso de marzo del año 1967 que los comunistas habían decidido en ese evento partidista emprender la vía de la lucha armada para la revolución en Venezuela. Realmente, la selección formal de este camino, ocurrió en el V Pleno del partido, en diciembre de 1962, y cuando se encontraban prácticamente ilegalizados, por haber reconocido su participación en dos fallidos golpes militares de mediados de ese año. Resultado de estos y otros yerros, los comunistas junto con sus colegas del MIR, decidieron crear una instancia de coordinación político-militar, en la forma del “Frente de Liberación Nacional” (FLN) y las “Fuerzas Armadas de Liberación Nacional” (FALN).

Tal decisión se fundamentó en un acertado análisis que concluyó en la necesidad de realizar importantes mejoras en la organización y coordinación de los diversos grupos insurgentes, a saber las llamadas Unidades Tácticas de Combate (UTC), que eran las encargadas de la subversión urbana, el grupo de militares desertores que participaron en las asonadas de 1962 y los focos guerrilleros. Por cierto, este análisis está plasmado en el documentó que se cita previamente en la memoria y cuenta del Ministro del Interior del año 1963.

Es importante señalar, entonces, que de acuerdo a lo antes expuesto, aparentemente las fuerzas de izquierda estaban bastante claras en cuanto a su falta de cohesión y de un liderazgo único en sus filas, aspectos que O’Neill (1980) considera como necesarios para el éxito de un

proceso insurgente. La existencia de dos partidos entregados a la lucha armada, sin duda que complicaba los procesos de toma de decisiones y de coordinación, resultando en la carencia de planes conjuntos con objetivos claros.

Pero dándole la espalda a la visión de Fidel Castro sobre el camino a seguir en la lucha revolucionaria, los comunistas descartaron la recomendación del análisis antes mencionado, que llamaba a adoptar una guerra prolongada de guerrillas en las zonas rurales del país. Es así como la izquierda insistió con la estrategia de la “victoria rápida”, apartando a un segundo plano a los focos guerrilleros. Pero, ahora, el PCV postulaba la estrategia de “abstención militante”, que básicamente consistió en intentar sabotear con acciones terroristas las elecciones de diciembre de 1963. Paralelo a todo esto, el gobierno obtenía una serie de victorias sobre los insurgentes, bien sea deteniendo a sus principales líderes y desarticulando algunos de los focos guerrilleros; mientras, por otro lado, de igual manera, continuaba el apoyo cubano a los insurrectos.

En realidad, tales organismos, es decir las FALN/FLN, en términos prácticos nunca funcionaron correctamente, por lo que siguieron coexistiendo dos estructuras militares paralelas, sin una sola dirección política. Sumado a lo anterior, se tiene que a lo interno del PCV, tampoco existía coordinación político-militar, es decir, además de la ausencia de cohesión entre los grupos insurgentes, había que agregar una carencia de ligazón entre los comunistas. Es así como a pesar de la tremenda ola de terrorismo ejecutada por las FALN, que por cierto alejaba cada vez más a la población de los insurgentes, se celebraron con éxito las elecciones de diciembre de 1963, donde resultó electo Presidente Raúl Leoni, copartidario de Betancourt. A estos comicios concurrió más del 90% de los convocados, con lo cual se le daba un gran espaldarazo al proceso democrático, se rechazaba el llamado a abstención de los insurgentes y de alguna forma también al gobierno de Betancourt.

Pero previó a las elecciones, en setiembre, producto precisamente de la falta de cohesión entre los insurgentes y dentro del propio PCV, las unidades militares de estos últimos, asesinaron miserablemente a seis efectivos de la Guardia Nacional en un tren recreacional, generando una repulsa nacional, la cual aprovechó el gobierno nacional para ilegalizar a los comunistas y al MIR, así como para encarcelar a sus diputados, quienes eran los conductores políticos de la lucha insurgente.

Ahora bien, uno de los objetivos de este trabajo es identificar las principales actuaciones del gobierno de Cuba en cuanto a su apoyo a la insurgencia venezolana. Con respecto a este aspecto, debe decirse que como parte de la estrategia de impedir las elecciones de diciembre de 1963, se había ideado un plan subversivo, consistente en ejecutar una serie de ataques de envergadura contra tropas del gobierno. Para ello, a su vez, se realizó un plan junto con Fidel Castro para dotar desde Cuba a los insurgentes venezolanos con armamento pesado. Esta operación, fue coordinada desde La Habana por un dirigente pecevista, pero, increíblemente, no era del conocimiento del Buro Político Comunista (Martínez, 2013, 11).

La operación se abortó estando la embarcación con la carga militar cerca de las costas venezolanas. Semanas después, sin el conocimiento del coordinador del PCV, se introdujeron las armas al país, pero estas fueron enterradas en las costas del Estado Falcón y finalmente los pertrechos militares -tres toneladas en total- fueron encontrados por la Guardia Nacional. Luego, cuando se rastreó su origen se verificó su procedencia cubana, confirmándose la intromisión de La Habana en los asuntos internos de Venezuela. Tal acción demostraba el voluntarismo de Fidel Castro con respecto al proceso venezolano, así como el desconocimiento por parte del liderazgo insurgente criollo de algunas acciones que este último ejecutaba.

Relevantes al estudio de la injerencia cubana en relación con el fracaso del proyecto insurgente en Venezuela, son los hechos no directamente correspondientes con la acción antes mencionada, que salen a la luz pública tras la aparición de la obra del coordinador pecevista de esa operación, los cuales a la fecha no han sido desmentidos. Si bien se conocía que los insurgentes venezolanos contaban con dos representantes de su movimiento en La Habana, que tenían por objetivo coordinar con el gobierno cubano el apoyo a los rebeldes, no era del discernimiento que existía una fuerte tensión entre ambos y que batallaban por direccionar el apoyo de Castro hacia sus propias filas.

Así, ahora se sabe que en principio el apoyo financiero cubano era manejado totalmente por el PCV y dado el esfuerzo del representante del MIR, tal soporte el líder cubano decidió finalmente dividirlo en dos partes. Esto, además de otros elementos, permite concluir que el MIR venía intentando lograr que Fidel Castro volcara su apoyo a ese partido por encima del PCV, socavando las bases de la unidad insurgente venezolana. Además, se piensa que la

decisión del líder cubano es contraproducente para el proyecto revolucionario ya que va en contra de la unidad de acción, además que dispersa los recursos financieros.

En ese orden de ideas, se tiene que Fidel Castro apoyó dos desembarcos con insurgentes en el país, los cuales incluían a nacionales cubanos. Uno de ellos en 1965, tuvo la finalidad de alimentar un frente guerrillero del PCV y otro en 1967, con el objetivo de incorporar doce de sus nacionales a un foco dirigido por el MIR. Este último resultó en un fracaso, ya que fueron capturados dos cubanos lo cual demostraba una vez más la tremenda injerencia de Cuba en el país, pero, aún más relevante, que algunas acciones de Castro más bien potenciaban la ausencia de cohesión en las filas subversivas nacionales.

Siguiendo con el PCV, este partido realizó en abril de 1964 su VI reunión plenaria, en donde decidieron abrazar la estrategia de la guerra prolongada como medio revolucionario para tomar el poder. Resultaba pues que, contradictoriamente, el PCV en poco más de un año, pasaba del inmediatismo de la estrategia de la búsqueda de la “victoria rápida”, a la estrategia de guerra de guerrillas prolongada. Mientras tanto, el gobierno nacional aprovechaba los resultados de la cooperación con Washington, en cuanto a la preparación de venezolanos para la lucha contrainsurgente. En 1965, dadas las continuas derrotas sufridas, ya dentro del partido existían además del grupo que postulaba intensificar la lucha armada, liderizado por Douglas Bravo, dos facciones más que consideraban su retiro de la misma: uno inmediatamente y otros que recomendaban un retiro progresivo hasta reinsertarse en el juego político legal.

Es así como en el VII Pleno del partido, efectuado en abril de ese año, resultó triunfante la opinión de este último grupo, cuya propuesta se conoció como la política de la “paz democrática”. Pero en la tradición del PCV de formular de forma poco clara y contradictoria sus resoluciones, ésta estableció una dualidad que combinaba la lucha legal e ilegal, pacífica y armada de manera simultánea. Pocos meses después, tras otra serie de éxitos de la contrainsurgencia, se realizó en noviembre de 1965 una reunión del Buró Político del PCV que acordó su “repliegue” de la lucha armada. Tal decisión derivó como consecuencia la separación del PCV de su ala más radical, comandada por Douglas Bravo, quienes fundaron el Partido de la Revolución Venezolana (PRV), acordando la reestructuración del FLN y del organismo de dirección de las FALN.

Es precisamente a partir de este momento cuando se verifican las diferencias más grandes entre el PCV y Fidel Castro sobre el camino revolucionario en el país, ya que simplemente el líder cubano no aceptaba el retiro de los comunistas de la lucha armada. Esto a pesar de que en 1964, se había acordado en una reunión de partidos comunistas en la propia Habana, que la decisión de emplear la vía pacífica o la lucha armada como estrategia para lograr la imposición del socialismo, la debía tomar cada pueblo y en función de las realidades locales de cada país. Castro seguía sosteniendo que la guerra de guerrillas, era el único instrumento para la liberación nacional y además consideraba a Venezuela como el principal escenario para demostrar la validez del modelo del foco (Storm, 2012).

El líder cubano, continuó apoyando tanto a Douglas Bravo como al MIR, pero la contrainsurgencia venezolana mantuvo a raya a los sublevados, quienes dejaron de constituir una amenaza para la estabilidad del gobierno. Posteriormente, el propio Castro retiró su apoyo al PRV. EL PCV de la mano de Leoni, participó en las elecciones de 1968 con una organización creada para tal fin, en donde triunfó Rafael Caldera, quien implantó en 1969 la llamada “política de pacificación”, legalizando al PCV y al MIR, así como retirando las causas legales contra sus líderes.

Los hallazgos de esta investigación pueden ser de interés para analistas políticos y académicos que buscan comprender cabalmente tanto el proceso como el resultado de la insurgencia en Venezuela en particular y en América Latina en general.

Referencias.

Alexander, R. (1965), Democratic Revolution in Venezuela. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 358, 150-158.

Alexander, R. (1969), *The Communist Party of Venezuela*. Stanford: Hoover Institution Press.

Barcia, M. (2009), 'Locking horns with the Northern Empire': anti-American imperialism at the Tricontinental Conference of 1966 in Havana. *Journal of Transatlantic Studies*, (7)3, 208-217

Blanco, A. (1980), *La lucha armada: hablan cinco jefes: Gustavo Machado, Pedro Ortega Díaz, Pompeyo Márquez, Teodoro Petkoff, Guillermo García Ponce*. Caracas: Ediciones UCV.

Blanco, A. (1981), *La lucha armada: hablan seis comandantes: Elegido Sibada, Luben Petkoff, Anselmo Natale, Luis Correa, Juan Vicente Cabezas, Alfredo Maneiro*. Caracas: Ediciones UCV.

Blanco, A. (1982), *La lucha armada: hablan tres comandantes de la izquierda revolucionaria: Lino Martínez, Moisés Moleiro, Américo Martín*. Caracas: Ediciones UCV.

Brands, H. (2010), *Latin America's Cold War*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

Byman, D., Chalk, P., Hoffman, B., Rosenau, W. y Brannan, D. (2001), *Trends in outside support for insurgent movements*. Santa Monica: RAND Corporation.

Callanan, E. (1969), Terror in Venezuela. *Military Review*, 49(2),49-56.

Castillo, H. (2013), *Militares y Control Civil en Venezuela*. Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes ULA.

Cockcroft, J. and Vicente, E. (1965), Venezuela and the FALN since Leoni. *Monthly Review*, 17(6), 29-40.

Connable, B. y Libicki, M. (2010), *How Insurgencies End*. Santa Monica: RAND Corporation.

Conde, J. (2012). *La Conjura Final. Octavio Lepage: 60 años de lucha política*. Caracas: Editorial Alfa.

Consalvi, S. (2010), *La Revolución de octubre, 1945-1948: la primera república liberal democrática*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.

Cortina, E. (2010), Del Foco a la lucha electoral. Aproximación a la historia de la Organización de Revolucionarios (OR) y la Liga Socialista (Venezuela, 1969-1979). En Eduardo Rey y Patricia Calvo (Eds.) *Congreso Internacional 1810-210:200 años de*

Iberoamérica Actas del XIV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles. (pp.1577-1597). Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

De la Pedraja, R. (2013), *Wars of Latin America, 1948–1982. The Rise of the Guerrillas.* North Carolina: McFarland & Company, Inc.

Duarte, A. (2005), *El Carupanazo.* Caracas: Ediciones del Ministerio de Comunicación e Información.

Duncan, R. (1971), Castro's New Approach Toward Latin America. *World Affairs*, 133(4), 275-282.

Jackson, B. (1969), *Castro, the Kremlin, and Communism in Latin America.* Maryland: The John Hopkins Press.

Galula, D. (1964), *Counter-Insurgency Warfare. Theory and Practice.* New York: Frederick A. Praeger, Inc.

Gall, N. (1972), Teodoro Petkoff: The Crisis of the Professional Revolutionary. Part I: Years of Insurrection. *East Coast South America Series*, 16(1), 1-19.

Gall, N. (1973), Teodoro Petkoff: The Crisis of the Professional Revolutionary. Part II: A New Party. *East Coast South America Series*, 17(9), 1-22.

García, G. (1977), *Relatos de la lucha armada; la insurrección 1960–1967.* Valencia: Vadel Hermanos Editores.

Garrido, A. (1999), *Guerrilla y Conspiración Militar en Venezuela: testimonios de Douglas Bravo, William Izarra, Francisco Prada.* Mérida: Editorial Venezolana.

González-Peréz, M. (2006), Guerrilleras in Latin America: Domestic and International Roles. *Journal of Peace Research*, 43(3), 313-329.

Guevara, E. (1961), *La Guerra de Guerrillas.* Librodot.com:
http://www.armada.mil.ve/portal/biblioteca/documentos/otras_public/Guerra_Guerrillas.pdf
(consultado el 22 de agosto del 2014).

Halperin, E. (1963), Castro and Latin America Communism. *Center for International Studies.* Massachusetts Institute of Technology.

Halperin, E. (1965), The Peaceful and the Violent Road. A Latin America Debate. *Center for International Studies.* Massachusetts Institute of Technology.

Hassan, M. (1967), The Second Four-Year Plan of Venezuela. *Journal of Inter-American Studies*, 9(2), 296-320.

Heydra, P. (2013), *El “Comandante Elías”. Leyendas y realidades. Las mutaciones de la violencia revolucionaria.* Caracas: MAGE.

Kapcia, A. (2008), *Cuba in Revolution. A History since the Fifties*. London: Reaktion Books Ltd.

Kantor, H. (1959), The Development of Acción Democrática de Venezuela. *Journal of Inter-American Studies*, 1(2), 237-255.

Levine, D. (1974), Venezuela después de 1958: Restauración y consolidación de la política democrática. *Desarrollo Económico*, 14(55), 441-480.

Linárez, P. (2006), *Lucha Armada en Venezuela. Apuntes sobre guerra de guerrillas venezolanas en el contexto de la Guerra Fría (1959-1979) y el rescate de los desaparecidos*. Caracas: Universidad Bolivariana de Venezuela.

Lievesley, G. (2004), *The Cuban Revolution. Past, Present and Future Perspectives*. New York: Palgrave Macmillan.

López, M. y Lander, L. (2008), Venezuela: protesta popular y lucha hegemónica reciente. En M. López Maya, N. Iñigo y P. Calveiro (Eds.), *Luchas contrahegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Macaulay, N. (1961), Castro's Threat to the Hemisphere, *Marine Corps Gazette*, 45(3), 20-27.

Marín, C. (2013), *Dos islas, un abismo AD a MIR (1948-1960)*. Caracas: Fundación CELARG.

Márquez, P. (2011), *Contado por sí mismo: parte primera: 1922-2002*. Caracas: Fundación Gual y España.

Martín, A. (2013), *La terrible década de los 60. Memorias II. 1960-1970*. Caracas: Editorial Libros Marcados.

Martínez, R. (2013), *Conversaciones Secretas. Los Primeros Intentos de Cuba por Acabar con la Democracia en Venezuela*. Caracas: Editorial Libros Marcados.

Maza, D. (1967), La Economía de Venezuela: Una Sinopsis General. *Caribbean Studies*, 6(4), 5-36.

Moreno, E. (2009), *Documentos del Movimiento Revolucionario Venezolano 1960-1979*. Caracas: Fundación Imprenta de la Cultura.

Figuroa, A. (2010), Memorias de Venezuela. *Lucha armada venezolana en los 60*. Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Centro Nacional de Historia. Nro. 16.

Ojeda, F. (1966), *Hacia el Poder Revolucionario*. Caracas: Ediciones de la Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela.

Oliveros, E. (2012), *La Lucha social y la Lucha Armada en Venezuela*. Caracas: Editorial El perro y la Rana.

- O'Neill, B. (1980), *Insurgency in the Modern World*. Boulder: Westview Press Inc.
- Paul, C., Clarke, P. y Grill, B (2010), *Victory Has a Thousand Fathers: Sources of Success in Counterinsurgency*. Santa Monica: RAND Corporation.
- Peña, A. (1978), *Conversaciones con Douglas Bravo*. Caracas: Editorial Ateneo.
- Peña, A. (1979), *Conversaciones con Carlos Andrés Pérez*. Caracas: Editorial Ateneo.
- Peñaloza, C. (2012), *El Imperio de Fidel. Petróleo e injerencia cubana en Venezuela*. Caracas: Ediciones de la Revista Zeta.
- Pérez, R. (2003) Venezuela 1958-1999: el derecho en una democracia renqueante. En H. Fix-Fierro, L. Friedman y R. Pérez (Eds.) *Culturas jurídicas latinas de Europa y América en tiempos de globalización*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez Marcano, H. y Sánchez, A. (2007), *La Invasión de Cuba a Venezuela. De Machurucuto a la Revolución Bolivariana*. Caracas: Editorial CEC, S.A.
- Presutto, F. (1993), *Lesson learned by Venezuela fighting in low intensity conflict*. Carlisle: US Army War College.
- Rangel, D. (2003), *Alzado contra todo (Memorias y desmemorias)*. Valencia: Vadell Hermanos Editores.
- Ríos, M. (2013), *Insurgencia. 1960. Frente Simón Bolívar*. Caracas: Editorial Galac.
- Robledo, R. (1971), El Partido Comunista de Venezuela. Sus tácticas políticas de 1964 a 1969. *Foro Internacional*, 11(4), 531-551.
- Romero, C. (2001), Las relaciones entre Venezuela y Cuba. 1958-1984. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Tomo. LXXXIV, pp. 276-289.
- Romero, C. (1992), *Las relaciones entre Venezuela y Cuba. la URSS: diplomacia o revolución*, Caracas: UCV, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico
- Storm, A. (2012), *Precarious Paths to Freedom: The United States, the Caribbean Basin, & the New Politics of the Latin American Cold War, 1958-1968*. Tesis de Doctorado no Publicada.
- Taber, R. (2002), *War of the Flea: The Classic Study of Guerrilla Warfare*. Washington, DC: Brassey's Inc.
- Tarver, H. (2001), *Venezuelan Insurgency 1960-1968: A Successful Failure*. USA: Xlibris
- Tarver, H. y Frederick, J. (2005), *The History of Venezuela*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.

Velásquez, R., Calvani, A., Silva, C. y Liscano, J. (1976), *Venezuela Moderna. Medio Siglo de Historia 1926-1976*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.

Weitz, R. (1986), Insurgency and Counterinsurgency in Latin America, 1960-1980. *Political Science Quarterly*, 101(3), 397-413.

Wickham-Crowley, T. (1992), *Guerrillas & Revolution in Latin America. A Comparative Study of Insurgents and Regimes since 1956*. Princeton: Princeton University Press.

Woodley, R. (1964), Exchange Measures in Venezuela. *Staff Papers - International Monetary Fund*, 11(3), 337-366.

Zimmerman, F. (2007), *Why insurgents fail: Examining post-world War II failed insurgencies utilizing the prerequisites of successful insurgencies as a framework*. Tesis de Maestría no publicada. Naval Postgraduate School. Monterey, California.

Zucha, K. (2007), *Incomplete Developmental Counterinsurgency: The Case of the Shining Path of Peru*. Tesis de Maestría no publicada. Texas State University, San Marcos, Texas.

Documentos de entes gubernamentales.

“Castro-Communist Insurgency in Venezuela: A Study of Insurgency and Counterinsurgency Operations and Techniques, 1960-1964”. Atlantic Research Corporation. Marzo de 1970.

“Cuban Subversion in Latin America”, Intelligence Agency. Special Report. 23 de abril de 1965.

“Cuban Subversive Activities en Latin America: 1959-1968”, Central Intelligence Agency. Directorate of Intelligence. 16 de febrero de 1968.

“Foreign and Domestic Influences on the Venezuelan Communist Party, 1958-Mid-1965”. Directorate of Intelligence. Office of Current Intelligence. Central Intelligence Agency. Diciembre de 1965.

“Fourteen points: A Framework for the analysis of counterinsurgency”, The BDM Corporation. Julio de 1984.

“Guide to the Analysis of Insurgency 2012”, Published by the US Government.

“Memoria y Cuenta que el Ministro de Relaciones Interiores presenta al Congreso Nacional en sus sesiones ordinarias de 1964”, Ministerio de Relaciones Interiores, Caracas-Imprenta Nacional, 1964.

“Possible Cuban Involvement in Subversive Activities in Venezuela”, Central Intelligence Agency. Central Intelligence Bulletin. 6 de setiembre de 1960.

“Revolt of hard-line dissidents in the FALN against established leadership”. Intelligence Information Cable. Central Intelligence Agency, 29 de diciembre de 1965.

“The Situation in Venezuela”, National Intelligence Estimate. Number 89-61. Central Intelligence Agency. 21 de noviembre de 1961.

“Venezuela”, National Intelligence Estimate. Number 89-65. Central Intelligence Agency. 16 de diciembre de 1965.

Otras fuentes.

“Banda Armada asaltó el tren de El Encanto”, El Nacional, 30 de setiembre de 1963, pp.1

“Castro Communist Subversion in the Western Hemisphere”. Hearings before the Subcommittee on Inter-American Affairs of the Committee on Foreign Affairs, House of Representatives. 1963

“Comunicado de Relaciones Interiores en Torno a Actividades Subversivas”, El Nacional, 13 de setiembre de 1962, pp. 20.

“Descubrieron Enterradas Cuantioso Lote de Armas de Guerra en Paraguaná”, El Nacional, 3 de noviembre de 1963, pp. A1.

“Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Magna Asamblea Popular celebrada por el pueblo de Cuba”, en la Plaza de la República. El 2 de setiembre de 1960. (I Declaración de La Habana). <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f020960e.html> (consultado el 8 de julio del 2014)

“Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario de la Dirección Nacional de las ORI y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Segunda Asamblea Nacional del Pueblo de Cuba”, celebrada en la Plaza de la Revolución, el 4 de febrero de 1962. (II Declaración de La Habana <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1962/esp/f040262e.html> (consultado el 20 de julio del 2014)

“Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en el Acto Clausura de la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de Asia, Africa y America Latina (Tricontinental)”, en El Teatro Chaplin, La Habana, el 15 de Enero de 1966. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f150166e.html> (consultado el 20 de julio del 2014)

“Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Conmemoración del XII Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada”, en Plaza de La Revolución, La Habana, el 26 de julio de 1966. <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1966/esp/f260766e.html> (consultado el 20 de julio del 2014)

“Discurso pronunciado por el Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y Primer Ministro del Gobierno Revolucionario, en la Conmemoración del X Aniversario del Asalto al Palacio Presidencial”, en la Escalinata de la Universidad de La Habana, el 13 de marzo de 1967.

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1967/esp/f130367e.html> (consultado el 23 de julio del 2014)

“Mensaje a la Tricontinental: crear dos, tres... muchos Viet-Nam, es la consigna”, Ernesto Guevara, Cuadernos de Ruedo Ibérico, abril-mayo 1967, número 12, páginas 94-101. En:

<http://www.filosofia.org/hem/dep/cr/ri12094.htm> (consultado el 2 de agosto del 2014)

“The Tricontinental Conference of African, Asian, and Latin American Peoples”, A Staff Study, Prepared for the subcommittee to investigate the administration of the Internal Security Act and other security laws of the Committee on the Judiciary United States Senate., Washington, DC: Government Printing Office, 1966.

En: <http://www.latinamericanstudies.org/tricontinental.htm> (consultado el 2 de agosto del 2014)